

**CONTROL SOCIAL PARAMILITAR EN GUARNE, UNA HISTORIA DE
TERROR**

Daniel Vélez Cuartas

daniel.velezc@udea.edu.co

Trabajo de grado para optar por el título de antropólogo

Asesora:

Irene Piedrahita Arcila

Magister en Ciencia Política

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Antropología

Medellín

2020

Tabla de contenido

Lista de figuras	2
Agradecimientos	4
Profe, ¿Usted es guerrillero?.....	5
Resumen y Abstract	6
Introducción	7
Capítulo I	10
Conflicto armado y paramilitarismo en Colombia. La irrupción paramilitar en el Oriente antioqueño.....	10
1.1 Violencia política en Colombia y conflicto armado	11
1.2 El paramilitarismo en Colombia, la quimera del terror.....	14
1.3 Oriente Antioqueño, territorio en disputa. La avanzada paramilitar.....	17
1.3.1 El avance guerrillero en el oriente antioqueño	19
1.3.2 La disputa por el control: la ocupación paramilitar	22
Capítulo II.....	29
Sentipensar las preguntas: hacia otros caminos para indagar por la violencia	29
2.1 Aprender a preguntar y no preguntar el porqué	33
2.2 Quién es quién en esta dinámica macabra de la guerra: “Quién va a saber mijo esos quiénes eran”	37
2.3 Secretos y memorias en disputa: “Pero yo no le voy a decir quiénes son”	43
Capítulo III.....	48
Anclajes conceptuales y marcos de referencia.....	48
3.1 La violencia paramilitar, una estrategia dirigida.....	49
3.2 El control social de las poblaciones: pedir permiso para poder vivir	61
3.3 Miedo y terror, los mecanismos de parálisis.....	69
Capítulo IV	74
Violencia paramilitar en el municipio Guarne.....	74
4.1 “Y entonces llegó esa gente”	84
4.2 “Esa gente mandaba aquí”	90
4.3 “Eso era un tendal de muertos”	99
4.4 “Nosotros por allá no subimos”	104
Capítulo V.....	109
Memoria y dignidad.....	109
5.1 Resistencias y duelos.	112
5.2 La posibilidad de una vida en paz	120
Bibliografía	124

Lista de figuras

Figura 1. Presencia paramilitar en los municipios del oriente Antioqueño 1998-2006. Fuente: ODECOFI-INER en García y Aramburo, 2011).....	20
Figura 2. Histórico de cifras de víctimas del conflicto armado interno en Antioquia. Fuente: Unidad de Víctimas.....	23
Figura 3. Acciones armadas 2001. Banco de datos noche y niebla, CINEP.....	24
Figura 4. Imagen tomada del periódico El Colombiano, 11 de enero de 1998. Tomada originalmente en la vereda Yolombal del municipio de Guarne.....	39
Figura 5. Distribución de masacres por grupo armado 1980-2012. GMH 2013.....	40
Figura 6. Legislación de autodefensa en Colombia. Elaboración propia. (2020).....	53
Figura 7. Finca de la señora M. E. Elaboración propia.....	78
Figura 8. Las zanjas. Finca de la señora M. E Elaboración propia (2019).....	79
Figura 9. “El Hospital”. Elaboración propia (2020).....	80
Figura 10. Mapa que ilustra la división política del municipio de Guarne. (Fuente: Alcaldía de Guarne, planeación municipal. 2019).....	82
Figura 11. “El acopio”, vereda La Mejía. Elaboración propia (2019).....	88
Figura 12. Finca “Casa Verde”, base de operaciones del Bloque Metro. Límites entre las veredas La Enea, Yolombal y El palmar. Elaboración propia (2020).....	89
Figura 13. Mapa de Guarne. En azul, los puntos referenciados como bases militares del Bloque Metro. La curva negra en la base a la derecha del mapa, representa la zona identificada como de tránsito de los grupos paramilitares. Elaboración propia (2020).....	98

Figura 14. Mural en Guarne, sector Casa de la Cultura. Elaboración propia (2020).....	117
Figura 15. Mural en Guarne, sector Casa de la Cultura. Elaboración propia (2020).....	118
Figura 16. Mural en Guarne, sector Casa de la Cultura. Elaboración propia (2019).....	119

Agradecimientos

A mi madre por todo. La palabra libertad en sumerio antiguo, significa “volver con mi madre”, a ella gracias por impedirme su ausencia. A mi padre, por su ejemplo de tenacidad y por haberme mostrado los libros. A Mile, por darme todo su apoyo y por recordarme vivir con alegría, y por leer estos párrafos casi tantas veces como yo. A Valen, por su confianza, paciencia y amor infinito. A Irene, por haber creído en este proyecto, por su paciencia y todas sus enseñanzas. A Pacho, por haberme enseñado todo lo que es importante y por su ejemplo de resistencia. A mis amigos, ellos saben quiénes son. A Álvaro, por su entusiasmo con este trabajo y conmigo. A las aulas y los pasillos de la Universidad, por regalarme el asombro. Por último, gratitud infinita a las personas que colaboraron con este trabajo, no sólo no habría sido posible sin ellas, además, sus testimonios dignifican a otros y le dan nombres a la memoria tan necesaria para nuestro pueblo.

A la memoria de mi abuelo, Mario Cuartas González, a quien nueve balas paramilitares disparadas el 14 de noviembre de 1988, me impidieron conocer.

Profe, ¿Usted es guerrillero?

Recovecos, uno tras otro, hay que echar reversa, viene otro colectivo bajando.

Luego, trescientas setenta y ocho escalas, y de allí, la escuela, el barrio, una ciudad que olvida al que la mira desde lo alto, pero sigue estando abajo, en el averno.

Finalmente, logra subir *el profe de sociales*, ese que afirma y reivindica el discurso del amor, la resistencia, la justicia social, los derechos humanos, la libertad, el libre pensamiento.

Pronto llega Camilo, hijo del destierro, el abandonado del Estado, el adoptado de las plazas de vicio del Bloque Metro, el que dejó los cuadernos por el 38 largo cache anti huellas, y cuestiona: “Profe, ¿usted es guerrillero?”. Con esto, la sentencia ha sido establecida.

Y así, otro desplazamiento forzado toma su forma y el corazón del profe deja de agitarse a la subida. Su latir lento y silencioso, extrañará perpetuamente a doña Graciela, a doña Judit, a doña Alba, esas estudiantes, madres y abuelas de la nocturna que ahora pierden otra esperanza.

Dedicado a las barriadas de Medellín que miran hacia abajo cuando ven volar un avión.

Francisco Luis Lopera Moreno.

Resumen:**Palabras clave:**

Paramilitarismo, violencia, miedo, terror, control social

El presente trabajo es el producto de un proyecto de grado de Antropología y su posterior trabajo de campo en el municipio de Guarne. Versa sobre el control social paramilitar al que fueron sometidas las personas que habitaron esta municipalidad del año 1997 al 2006. Esta monografía trata de escudriñar en la memoria de las víctimas de la violencia paramilitar y también de algunos habitantes, sobre aquella época de violencia, recordada como la “época brava”, tiempo en que los paramilitares se asentaron en varios puntos de Guarne y dirigieron sus operaciones antsubversivas contra los grupos guerrilleros y la población civil. Se pregunta también por los métodos para ejercer violencia, donde por medio del miedo y del terror se buscó controlar social, militar y moralmente a la población.

Abstract:**Key words:**

Paramilitarism, violence, fear, horror, social control.

This work is the product of a degree project in Anthropology and its subsequent field work in the municipality of Guarne. It is about the paramilitary social control to which the people who habited this municipality from 1997 to 2006 were subjected. This monograph tries to scrutinize the memory of the victims of paramilitary violence and also of some habitants, about that time of violence, remembered as the “brave epoch”, time in which the paramilitaries settled in various points of Guarne and directed their anti-subversive operations against the guerrilla groups and the civilian population. It also asks about the methods of exercising violence, where through fear and terror it was sought to control the population socially, militarily and morally.

Introducción

“Cualquier hombre o institución que trate de despojarme de mi dignidad, fracasará”

Nelson Mandela

Este trabajo es el producto de un proyecto investigativo realizado en el municipio de Guarne, que versa sobre el control social paramilitar al que fueron sometidas las personas que habitaron el municipio entre 1997 y el 2006. Se busca mostrar cómo el terror y el miedo fueron mecanismos para establecer un orden moral, político, económico y militar en las poblaciones, y que estos métodos fueron fundamentales para romper el tejido social y generar desarticulación de los movimientos sociales, iniciativas comunales y, en general, socavar cualquier intento de interpelación a la soberanía paramilitar y al dominio armado.

La violencia es un tema central en este trabajo, como lamentablemente lo ha sido por muchos años en Colombia. La acepción de Camilo Escobar Villegas, historiador colombiano, es una definición muy acertada para nuestro contexto nacional:

El encierro, la exclusión, la marginalización, la discriminación, son todas formas de ejercer, a mi modo de ver, la violencia. Formas que pueden combinarse con lo físico, pero que de todas maneras llevan al mismo objetivo: **acallar la palabra del otro**. Si pudiera haber un común denominador de todas las violencias-políticas, socioculturales, judiciales, etc.- este sería, fundamentalmente, el silencio que ocasionan, la mudez que generan, y la incapacidad consiguiente de construirse un espacio social, que históricamente se defina, de general acuerdo como justo. (1990, pp. 11-12)

Ese acercamiento al concepto de violencia será trágicamente certero y, además, fungirá como un vaticinio para el truncado y difícil proceso de memoria, duelo y comprensión de lo que pasó y

sigue pasando en estas tierras, por cuenta de intereses políticos que se encuentran más cómodos con el silencio y la desinformación.¹

Este trabajo entonces cuenta con varios capítulos, algunos de ellos dedicados a ofrecer al lector una suerte de contexto temporal y espacial, para finalmente situarlo en el municipio de Guarne, entre 1997 y el 2006, época que se destaca por la intensidad del conflicto armado en esta localidad. De la misma manera, se intenta ofrecer un esbozo teórico de los conceptos que son usados aquí para ahondar y explicar un fenómeno de violencia. Conceptos como paramilitarismo, control social, miedo, terror, soberanía y, por supuesto, la misma violencia dentro del conflicto armado. Esos conceptos sirven de guía a quien investiga y también a quien dialoga con la investigación cuando la lee. También se mostrará cómo se desarrolló metodológicamente este trabajo y algunas reflexiones sobre el trabajo de campo y, en general, sobre el ejercicio antropológico cuando se enfrenta al estudio de procesos de violencia.

A pesar de que el paramilitarismo que aquí se intenta abordar ya no existe en los mismos términos, bien sea porque ha mutado, se ha reconfigurado o porque se trata hoy día de un fenómeno completamente diferente, es importante decir que sobreviven grupos armados pos desmovilización que siguen ejerciendo control territorial y siguen confinando y amenazando a las comunidades en diversos puntos de la geografía nacional. También sobrevive un ideario político de estigmatización y sectarismo heredado de esa violencia política de ultraderecha, que muchos nos seguimos negando a aceptar como parte de la agenda política nacional, y que esperamos seguir combatiendo con el talante de mujeres y hombres que han ofrendado sus vidas por hacer de esta nación un proyecto históricamente viable. Cabe anotar que, lastimosamente, existe en la actualidad un recrudecimiento de una violencia marcadamente paramilitar² en contra de líderes y lideresas sociales, que amenaza de nuevo con exterminar sectores enteros de la población colombiana, todo esto bajo una actitud solapada del gobierno nacional y un silencio cómplice de los medios masivos de comunicación.³ Se hace necesario entonces, rescatar la

¹ La violencia política en Colombia continúa arceciando, ya con otras formas, con desarrollos territoriales específicos, pero sobre todo, con una complejidad mayor, porque existe un desconocimiento generalizado de los actores armados, los territorios donde operan y sus objetivos estratégicos.

² Estas formas de violencia retoman elementos de lo que fue el terror paramilitar y presentan no sólo sistematicidad en el accionar, sino también, en el silencio, la complicidad del estado y la impunidad de los hechos.

³ Otros medios alternativos y críticos han hecho denuncias de estos asesinatos y amenazas en contra de los líderes sociales. Sin embargo, aún hoy hay silencios en los grandes medios sobre aquello que sucede de modo cotidiano en contra de este sector político y también en contra de excombatientes de Farc.

memoria colectiva y hacer evidentes los procesos de duelo y resistencia de nuestros coterráneos que han sufrido en carne propia la violencia y que, como decía Eduardo Galeano, esperan desde hace siglos en la cola de la historia.

Por último, quisiera mencionar que este proyecto se formuló y se intentó ejecutar en todo momento con base en el profundo respeto que debe mediar entre la producción académica y las comunidades con las que se construye y obtiene el conocimiento. El respeto es aún más elemental cuando una investigación, como es este el caso, toca la vida y la memoria de las personas sabiendo que esas memorias son escenarios de dolor. Pero también, esas memorias pueden ser el punto de partida de imaginarios colectivos que permitan repensar el presente y construir un futuro donde la no-repetición sea la garantía.

Capítulo I

Conflicto armado y paramilitarismo en Colombia. La irrupción paramilitar en el Oriente antioqueño

“El mundo se divide, sobre todo, entre indignos e indignados, y ya sabrá cada quien de qué lado quiere o puede estar...”

Eduardo Galeano

Este primer capítulo busca un acercamiento al paramilitarismo en general, la violencia política de la que este fenómeno hace parte y, sobre todo, busca aterrizar ambos conceptos a un espacio muy concreto: el Oriente antioqueño y el municipio de Guarne. Todo esto en forma de recorrido tanto conceptual como histórico, que busca recabar en fuentes primarias y secundarias, así como traer voces de personas que han dedicado su labor profesional a estos campos del conocimiento.

El capítulo también contiene alusiones a la insurgencia armada, esto porque las guerrillas de las FARC y el ELN tenían presencia en el territorio, y sin las cuales probablemente la dinámica del conflicto, al menos por estas tierras, hubiese sido totalmente distinta. Así mismo, el capítulo va de lo general a lo particular; es decir, pretende explicar el fenómeno desde un punto de vista que involucra la geopolítica internacional, a la vez que lo conecta con intereses políticos o económicos regionales y con dinámicas de la guerra muy particulares. Perdonará entonces el lector, que toda esa complejidad se haya tratado de amasar en estas pocas páginas.

1.1 Violencia política en Colombia y conflicto armado

“La violencia sólo puede ser disimulada por una mentira y la mentira sólo puede ser mantenida por la violencia.”

Aleksandr Solzhenitsin

La violencia política es un concepto usado ampliamente en las ciencias sociales y en las ciencias políticas. Refiere a todo tipo de violencia ejercida contra una institución, una persona o grupo de personas y que posee un trasfondo político. La violencia política intenta modificar conductas, generar coerción, forzar la aceptación de demandas e ideas, o reducir, y en casos extremos eliminar físicamente, a los contendores políticos. La violencia política ejercida en el marco del conflicto armado colombiano, ha sido en su mayoría una violencia que busca la eliminación del contendor político. El uso de este tipo de violencia ha sido habitual en Colombia incluso antes del conflicto armado, y se ha usado amparada en ideales políticos desde todos los bandos que se han disputado el poder, algunos con intenciones contestatarias al régimen estatal, otros con intenciones reaccionarias que buscan impedir que se trastoque el orden establecido. Así pues, la nación colombiana ha atravesado marcados periodos de violencia política donde se ha perseguido, amedrentado y eliminado de manera sistemática a sujetos que sostenían la posibilidad de una versión distinta de sociedad o de Estado.

Tras las guerras de independencia libradas en el continente americano, los habitantes de lo que hoy en día es Colombia, se enfrascaron durante todo el siglo XIX en confrontaciones armadas de carácter civil por asuntos políticos (Alonso, 2014). El final de ese siglo y el nacimiento del siglo XX, se vieron enmarcados forzosamente en otro conflicto civil conocido como la Guerra de los Mil Días, que sería la antesala perfecta para una rencilla histórica entre conservadores y liberales.

A mediados del siglo XX, varios hechos políticos y sociales desencadenarían en un periodo conocido como “La Violencia” (Roldán, 2003), que dejaría un saldo de entre 200.000 y 300.000 muertos y la migración forzosa de más de dos millones de personas, equivalente casi a una quinta parte de la población total de Colombia, que para ese entonces alcanzaba los 11 millones de habitantes (Rueda, 2000). Esta época sería también el laboratorio para un nuevo periodo de violencia que se estaba cocinando, dejando armas, resentimientos y hombres curtidos por la guerra.

Ciertos grupos armados que operaron durante “La Violencia”, no se acogieron a la amnistía ofrecida por el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, quien había asumido el poder en 1953, mediante un golpe de Estado que por sus características atípicas, sería denominado como un

golpe de opinión⁴ (Valencia, 2010). A dicha amnistía no se acogieron las guerrillas comunistas, que por aquella época actuaban como grupos de autodefensa, porque el partido que recogía estas banderas había sido declarado ilegal y pasó a ser perseguido por el Estado colombiano. De igual manera, algunos grupos armados que habían logrado acumular capital y propiedades mediante el despojo, continuaron ejerciendo violencia armada. Tras la dimisión de Rojas, y luego de una junta militar de transición; entraría en vigor el frente nacional, un pacto político entre los partidos que habían protagonizado e instigado el enfrentamiento civil: conservadores y liberales.

Alberto Lleras Camargo, primer mandatario del Frente Nacional, solicitaría asesoría del gobierno norteamericano en 1959 (CNMH, 2013), para intentar solucionar militarmente un problema de inequidad social y principalmente de la distribución de la tierra que era el motor de la violencia en el campo colombiano. Todo esto sucedía en medio de la confrontación ideológica internacional denominada como la Guerra Fría⁵, en la que el Estado colombiano se asoció con el Estado norteamericano y su proyecto ideológico y económico capitalista, que veía en toda forma de disidencia política una conspiración comunista internacional. La coordinada histórica era más que clara, cualquier disidencia civil o armada era una señal de comunismo, que para la época, con la paranoia desatada a nivel internacional en contra del bloque soviético, se trataba de un asunto de vital importancia política. Los Estados Unidos de América estaban decididos a impedir el ascenso al poder de facciones comunistas o de proyectos ideológicos afines al marxismo o contrarios a la influencia estadounidense en América latina.

Es así como, en medio de esta alianza se ejecutaría el Plan Laso (Latin American Security Operation)⁶ financiado por Estados Unidos. Este plan fue la plataforma para la Operación Marquetalia⁷, que se puso en marcha en 1964 y provocó la reacción que llevó a la creación de las

⁴ Históricamente, los golpes de Estado se han caracterizado por ser sucesos sumamente violentos, que dejan cientos de personas heridas o muertas y que generan un conflicto civil posterior y una fragmentación institucional importante en medio de la pugna por la toma del poder. El golpe de Estado que encabezó Gustavo Rojas Pinilla es atípico por la aparente calma en que transcurrió y por la escasa oposición que tuvo.

⁵ El término “Guerra fría” empezó a ser usado con frecuencia luego de las publicaciones del escritor británico George Orwell que referían a la situación política internacional posterior a la segunda guerra mundial. George Orwell usó «guerra fría» como un término general en su ensayo «You and the Atomic Bomb» (en español, «La bomba atómica y tú»), publicado el 19 de octubre de 1945 en el periódico británico Tribune.

⁶ Inicio de la aplicación práctica del Plan LASSO. Portal Web EcuRed. https://www.ecured.cu/Inicio_de_la_aplicaci%C3%B3n_pr%C3%A1ctica_del_Plan_LASSO Revisado el 29/11/2019

⁷ La Operación Marquetalia consistió en un despliegue militar adelantado por el ejército colombiano que buscaba desalojar a los llamados “bandoleros” de zonas como Marquetalia (corregimiento de Gaitania, en el municipio de

Farc.⁸ Así también, un informe de recomendaciones a las Fuerzas Armadas, preparado por la Escuela de Guerra Especial de Estados Unidos, fue el punto de partida de la incorporación de civiles a la confrontación, que sería la génesis del paramilitarismo colombiano. Ese informe del general William Yarborough, suscrito desde Fort Bragg en Carolina del Norte, cobró forma en la expedición del decreto 3398 de 1965, dictado al amparo del Estado de Sitio en el gobierno de Guillermo León Valencia. Como una respuesta del Estado para enfrentar a las Farc o el Eln, entre otras organizaciones insurgentes; la disposición determinó que las Fuerzas Armadas podían utilizar civiles para sus actividades y que, cuando lo estimara viable, el Ministerio de Defensa podía “amparar armas consideradas como de uso privativo de las Fuerzas Armadas”. (Velásquez, 2007)

Muy a su modo, y antes de la expedición del decreto, el entonces presidente León Valencia, decía en una declaración a la opinión pública luego de la “Operación Marquetalia”:

...Algunas áreas apartadas del país, en las cuales los violentos habían establecido su dominio -refiriéndose a comunidades campesinas comunistas al margen del Estado-, sin sujeción a ninguna clase de autoridad y que la opinión pública ha llamado repúblicas independientes, fueron ocupadas por tropas del ejército en estrecha colaboración con *miembros de otras fuerzas* restableciendo el principio de autoridad...⁹

¿Se refería entonces a grupos paraestatales que coadyudaban al Estado a imponerse en los territorios donde dicho Estado no tenía control?

La Doctrina de Seguridad Nacional y la coyuntura geopolítica de la época, terminarían por producir una paranoia comunista y del enemigo interno, que las clases dominantes a la cabeza del Estado colombiano veían materializada en las insurrecciones armadas y también en las formas de protesta pacífica o en movimientos ciudadanos que se disputaban la vocería de los problemas sociales. Las fuerzas armadas fueron mutando hacia un fortín contrarrevolucionario a tal punto

Planadas, Tolima), Riochiquito (Cauca), El Pato (Huila) y Guayabero (Guaviare). Aquellos “bandoleros” eran, en su mayoría, campesinos que venían de fracasados procesos de amnistía.

⁸ Para ampliar la información sobre la Operación Marquetalia, se recomienda la siguiente página web del proyecto Guerra Sorda. Ver: <https://guerrasorda.verdadabierta.com/operacion-marquetalia-bajo-la-mirada-de-archivos-de-inteligencia/> Consultado el 12/07/2020.

⁹ Señal memoria. La “Operación Marquetalia” en 1964, discurso de León Valencia. <https://www.senalmemoria.co/index.php/home/archivo-sonoro/item/1900-la-%E2%80%9Coperaci%C3%B3n-marquetalia%E2%80%9D-en-1964> Consultado el 12/07/2020.

de usar su capacidad bélica para obstaculizar el ascenso de los partidos políticos de izquierda y de los movimientos sociales en Colombia.

Después del Golpe (militar), no compitieron corporativamente (las FFAA) por copar espacios del Gobierno que no les correspondían pero, al convertirse en salvaguarda del pacto cortando los canales participativos, la evidente consecuencia es que emparentaron las reivindicaciones y protestas sociales con el comunismo a secas, como enemigo a exterminar (Villegas, 2013, p.31)

En adelante, no sólo se impondría una ideología de extrema derecha en las Fuerzas Armadas, sino que también, se crearían lazos entre los agentes armados del Estado colombiano y grupos armados ilegales paraestatales, como así lo evidencian los trabajos de Medina & Téllez (1994), Rodríguez, Grajales & Marín, (2016) Zelik, (2015), las publicaciones de Noche y Niebla (2004), o de la Corporación Arcoiris (2007).

El paramilitarismo como concepto que pretende englobar varios grupos armados de autodefensa, escuadrones de la muerte y ejércitos paraestatales, coincidieron, en suma, en una ideología política de extrema derecha y con ideal que apuntaba al aniquilamiento del enemigo más que a su derrota, y que, por tanto, se trató y se trata de uno de los ejemplos más claros de violencia política en Colombia. Ese fenómeno de violencia política y sus múltiples aristas se abordarán a continuación.

1.2 El paramilitarismo en Colombia, la quimera del terror.

“...Usar tanta violencia como sea menester”

General Mola¹⁰

El paramilitarismo en Colombia hace referencia a un fenómeno político-militar, relacionado con la aparición y el accionar de grupos armados paraestatales de extrema derecha, que surgieron a principios de la década de los ochenta como respuesta armada a las guerrillas, pero también a los movimientos políticos y sociales que amenazaban el orden socioeconómico imperante, en el marco de una construcción del enemigo signada por el contexto internacional y por la idea de que la protesta y la movilización social eran susceptibles de ser eliminadas.

¹⁰ General español que luchó por el bando nacionalista en la guerra civil española, en referencia a cómo derrotar socialistas y anarquistas.

Este fenómeno llevó a un escalamiento del conflicto armado colombiano en la década de los noventa y principios del nuevo milenio. En la génesis y desarrollo histórico de los grupos paramilitares estuvieron involucrados agentes del Estado como policías y militares (Velázquez, 2007), así como también empresarios, ganaderos y políticos (Behar & Ardila, 2012).

El fenómeno paramilitar en Colombia es sumamente complejo y se fue complejizando aún más por el tiempo que permanecieron en contienda, por las alianzas que hicieron con otros actores armados y sectores políticos y económicos; y en últimas, por el escalamiento del conflicto armado interno a niveles nunca antes vistos¹¹. Este fenómeno paramilitar, ha tenido como condición fundamental la multicausalidad de sus orígenes, y sin dicha condición no se puede entender la configuración de estos grupos armados en el territorio nacional. El caso colombiano reúne todos los tipos de paramilitarismo descritos por Stathis Kalyvas y Ana Arjona (2005), a saber: grupos armados de extrema derecha como escuadrones de la muerte, ejércitos irregulares, y grupos armados de autodefensa y vigilancia. Todos tienen en común un carácter marcadamente contrainsurgente, diferenciándolos entonces el número de miembros, la capacidad de control social y territorial, el accionar armado, la postura política y los objetivos estratégicos de cada organización. Lo que hizo más confusa la situación del paramilitarismo colombiano fue el aglutinamiento de diferentes grupos de autodefensa, escuadrones de la muerte¹², vigilantes y ejércitos paramilitares en torno a un proyecto paramilitar de carácter nacional que emprendería un arco de guerra más ofensivo, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en 1997.

Como los grupos paramilitares fueron abiertamente antisubversivos y contrarrevolucionarios, combatieron no solamente a las guerrillas revolucionarias, sino también a movimientos sociales, sindicales, estudiantiles y cualquier forma de pensamiento disidente, que en su momento fueron consideradas como las bases sociales de las guerrillas colombianas. Estas ideas se ampararon en las tácticas contrainsurgentes diseñadas en los Estados Unidos y fueron di-

¹¹ Según el Centro Nacional de memoria histórica (2013), Un total de 94.754 muertes son atribuidas a los paramilitares, 35.683 a la guerrilla y 9.804 a agentes del Estado.

¹² Muerte a Secuestradores (MAS), el Escuadrón de la Muerte, Muerte a Abigeos (MAOS), Castigo a Firmantes o Intermediarios Estafadores (CAFIES), Alfa 83, Prolimpieza del Valle del Magdalena, Tiznados, Movimiento Anticomunista Colombiano, los Grillos, el Escuadrón Machete, Falange, Muerte a Invasores, los Comandos Verdes, Terminador, Menudos, Mano Negra y Plan Fantasma, los Grises y Black Flag (Velázquez, 2007, p.138); las Cooperativas de Vigilancia –Convivir- impulsadas por el gobierno de César Gaviria; y los ejércitos irregulares como las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, conocidos inicialmente como Muerte a Revolucionarios del Nordeste; o las Autodefensas Campesinas de Magdalena Medio, en un principio denominadas Los escopeteros.

fundidas por el continente en la Escuela de las Américas al amparo de la Doctrina de Seguridad Nacional, en la que se formaron 100.000 militares latinoamericanos, entre ellos 4.629 colombianos (Velásquez, 2007, p.136).

El paramilitarismo colombiano posee un origen multicausal y escalar, pero en su génesis y desarrollo coexisten razones que atañen exclusivamente a Colombia, como la acumulación de tierras en pocas manos y la necesidad de las élites terratenientes de contar con seguridad privada para defenderlas, esto es, grupos especializados en la administración, despliegue y uso de la violencia organizada (Romero, 2003), que actuaban como mercenarios. El desarrollo del narcotráfico y su irrupción en todos los escenarios de orden nacional (Melo, 1990), también incidió en este fenómeno impulsándolo económicamente, y unas cúpulas militares radicalmente anticomunistas y bajo la lógica del enemigo interno (Ronderos, 2014), que fortalecieron militar y estratégicamente a los paramilitares.

Existen también razones históricas y globales, como el desarrollo de la guerra fría y la influencia ideológica y militar recibida desde los Estados Unidos y su Doctrina de Seguridad Nacional y las tácticas de guerra no-convencional o Guerra de Baja Intensidad (Barbosa, 2018), que se pueden definir como formas de hacer la guerra a una intensidad diferente de la habitual, que involucra a menudo luchas prolongadas y se desarrolla a través de una combinación de medios políticos, económicos, de información y militares. Según Klare, Michael y Peter Kornbluh (1990) la Guerra de Baja Intensidad, es una lucha con fines políticos, sociales, económicos y psicológicos que incluye presiones diplomáticas y económicas, como también operaciones psicosociales, terrorismo o insurgencia con objetivos selectivos.

Los autores del libro *Elementos para una genealogía del paramilitarismo en Colombia*, ofrecen una visión sobre el fenómeno paramilitar desde un abordaje de intereses políticos:

El paramilitarismo puede ser leído como reacción armada de una alianza política, económica y militar de grupos de poder local en defensa del statu quo; con un marcado interés en evitar, por medio de la violencia armada, la redefinición del sistema político y de reformas sociales como la redistribución de la tierra. (Rodríguez, Valencia y Marín, 2016, p. 43)

Esa forma de abordar el paramilitarismo implica que élites locales, gamonales políticos y gremios comerciales, financiaron y promovieron la barbarie que significó el avance paramilitar en todo el territorio colombiano.

Los grupos paramilitares emprendieron nuevas formas y modalidades de violencia encaminadas a minar la moral, romper el tejido social y generar terror en las poblaciones. Este fenómeno se considera sumamente violento porque se nutre de la sospecha, la paranoia y la “deshumanización” del adversario/enemigo. El modus operandi del paramilitarismo, sobre todo a mediados de la década del 90 y principios del 2000, era el de penetrar por la fuerza regiones de influencia guerrillera y realizar masacres selectivas que aterrorizaran a la población, generando un desplazamiento forzoso (Rodríguez et al. 2016, p. 40). Los paramilitares con 20 años menos de guerra, ocasionaron el triple de muertos que las guerrillas en el conflicto armado colombiano y “construyeron una reputación de violencia a través de las masacres, los asesinatos selectivos y la desaparición forzada” (GMH, 2013, p. 55), reputación apoyada en la sevicia, el exceso y la arbitrariedad de muchos hechos. Para Eric Lair, “atacar a la población civil es, para los actores armados, una forma de debilitar al adversario y, al mismo tiempo de acumular fuerzas” (2003, p. 93). En su mayor expansión, “el paramilitarismo sometió a su dominio de terror a casi toda la Costa Caribe y parte de la costa Pacífica, de Antioquia, del Eje Cafetero, Los Santanderes, Los Llanos Orientales, Tolima, Caquetá y Putumayo” (Ronderos, 2014, p. 26).

1.3 Oriente Antioqueño, territorio en disputa. La avanzada paramilitar

“El sistema no castiga a sus hombres: los premia. No encarcela a sus verdugos: los mantiene”

Rodolfo Walsh

El paramilitarismo arribó al oriente antioqueño como respuesta armada al Movimiento Cívico¹³, que había surgido a raíz de los incidentes en Guatapé y El Peñol a causa de la construcción de la hidroeléctrica el Embalse Peñol-Guatapé y “la imposición de esta megaobra por encima del querer de la comunidad” (Olaya, 2017, p. 131).

¹³ El movimiento cívico del oriente antioqueño fue un movimiento ciudadano que surgió como respuesta a los megaproyectos hidroeléctricos que se estaban proyectando sobre el oriente antioqueño y que además de intervenir el territorio de las poblaciones, no traía beneficios para sus habitantes.

Este megaproyecto, junto con la construcción de la autopista Medellín-Bogotá y el aeropuerto internacional José María Córdova, afectó social y económicamente a los pobladores que en su mayoría eran pequeños comerciantes y agricultores (García y Aramburo, 2011).¹⁴

Para 1984, el Movimiento Cívico del Oriente antioqueño ya había organizado tres paros generales, logrando la liquidación de la Electricadora De Antioquia, poniendo en jaque la estabilidad política de la región y disputando la capacidad de control del Estado sobre la población de varios municipios del oriente. Al concluir el tercer paro cívico convocado desde el movimiento, empezaron a llegar amenazas a los líderes, quienes fueron tildados en el periódico *El Colombiano* como “extremistas, subversivos, anarquistas, revoltosos y agitadores profesionales”¹⁵.

Habiendo sido rotulado de subversivo, y denotando una gran capacidad organizativa y, por tanto, de consecución de resultados políticos, el movimiento cívico empezó a ser perseguido por sectores sociales apáticos a sus reclamos, que se apoyaron en paramilitares provenientes del Magdalena Medio. El 23 de octubre de 1983 fue asesinado el primero de muchos líderes del movimiento, Julián Conrado en San Carlos, seguido de los asesinatos de Jaime Giraldo e Iván Castaño el 19 de agosto de 1984. A partir de ahí, seguiría una ola de persecución y asesinato sistemático a manos de sicarios provenientes del Magdalena Medio, apoyados por el ejército, la policía y algunos pobladores locales (Olaya, 2017). En total, según el Portal Web Verdad Abierta, fueron asesinados alrededor de 250 líderes del movimiento cívico en todos los municipios del Oriente antioqueño en una matanza que se sostuvo por más de dos décadas¹⁶

En un principio los grupos paramilitares no llegaron al Oriente antioqueño con el objetivo de atacar directamente a los grupos guerrilleros que operaban en la zona, sino más bien, bajo una lógica de “quitarle el agua al pez”, es decir, debilitar las “bases sociales” de las guerrillas para menguar así su accionar armado. En otras palabras, atacar la revolución antes de que naciera. Los

¹⁴ “**Las Farc cosecharon odios en el Oriente antioqueño**” Artículo de la página Web de Verdad Abierta. Tomado de <https://verdadabierta.com/las-farc-cosecharon-odios-en-el-oriente-antioqueno/> Consultado el 28/05/2019.

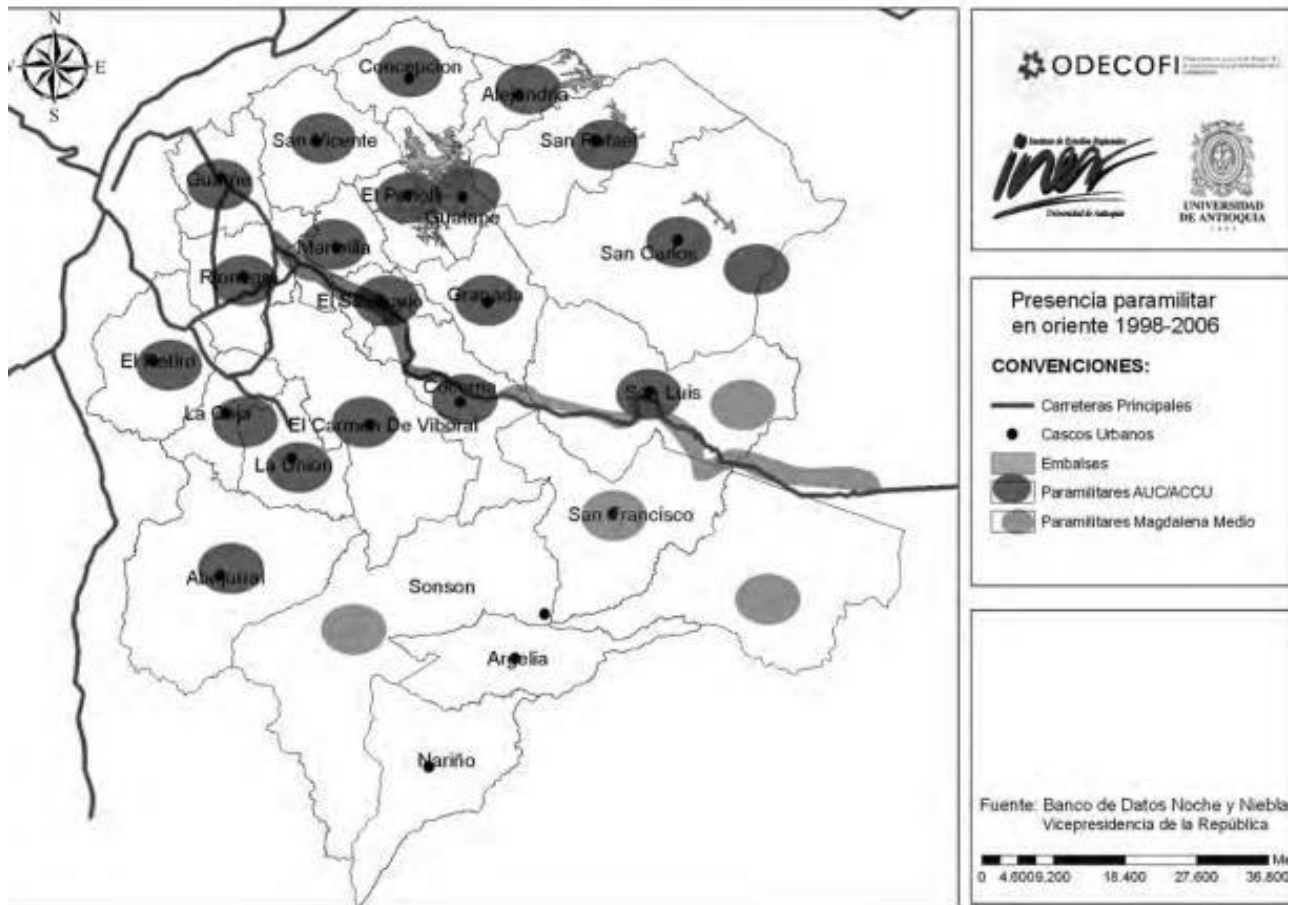
¹⁵ Citado por Carlos Olaya (2017) *El Colombiano*, 22 de febrero de 1984 pp 5-6

¹⁶ “**Movimiento Cívico del Oriente Antioqueño: una persecución que será resarcida**” Artículo de la página Web de Verdad Abierta. Tomado de: <https://verdadabierta.com/movimiento-civico-del-oriente-antioqueno-una-persecucion-sera-resarcida/> Consultado el 28/05/2019

enfrentamientos directos entre grupos paramilitares y guerrillas por el control de los municipios del Oriente antioqueño y las vías de acceso, se darían más adelante a finales de los años 90.

El paramilitarismo como fuerza de choque, más que como oficina sicarial, -como fue en sus inicios en esta región-, llegó al Oriente Antioqueño en 1996, cuando las autodenominadas Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá –ACCU- incursionaron en el municipio de La Ceja y en el corregimiento El Jordán en San Carlos cometiendo masacres en ambos escenarios. A dichas incursiones les seguiría un posicionamiento militar y político del Bloque Metro de 1997 a 2003 y posteriormente del Bloque Cacique Nutibara, de 2001 a 2003, y del Bloque Héroes de Granada de 2002 a 2006. Esta sucesión de bloques paramilitares puede ser entendida por las dinámicas de la guerra en aquella época, por el papel que jugaron las negociaciones entre estos grupos armados y el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, y por la negación dentro de la organización a la disidencia del Bloque Metro.

¿Por qué entonces atacar primero contra el movimiento cívico? ¿Por qué este movimiento terminó atrayendo a los paramilitares a este territorio? Porque los ejércitos paramilitares, como se explicará después, fungieron también como mercenarios, y porque se formaron alianzas con sectores políticos y económicos importantes para defender los megaproyectos económicos y el modo de producción capitalista que se daba y se da en Colombia. Porque los movimientos ciudadanos que interpelan este tipo de proyectos como el Movimiento Cívico del Oriente antioqueño que reclamó en su momento a EPM, terminan siendo un “estorbo” para quienes pretenden imponer su agenda económica. También, porque el Movimiento Cívico estaba creciendo en números y popularidad y eso representó un problema incluso más profundo, la capacidad de unión para la resistencia de los habitantes del Oriente (Verdad Abierta, 2019).



Presencia paramilitar en los municipios del oriente Antioqueño 1998-2006. Fuente: ODECOFI-INER en García y Aramburo, 2011).

1.3.1 El avance guerrillero en el oriente antioqueño.

Según Ariel Ávila, en un artículo de El Espectador, en la VII Conferencia de las Farc, realizada entre el 4 y el 14 de mayo de 1982 en la quebrada La Totuma, Meta, en la región del Guayabero¹⁷, se constituyeron nuevos frentes que operarían en Antioquia y Chocó. Un artículo de Verdad Abierta, profundiza en el hecho y explica que a partir de esta conferencia surgieron el frente 34, en los límites con el Chocó entre el Atrato y el Darién; y los frentes 35, 36, 37, en el

¹⁷ Artículo de El Espectador. *Séptima conferencia de las Farc: de guerrilla a ejército del pueblo*. Redacción: Ariel Ávila. Tomado de: <https://www.elespectador.com/noticias/paz/septima-conferencia-de-farc-de-guerrilla-ejercito-del-p-articulo-655755> consultado el: 05/06/2019

Nordeste antioqueño. Del Frente 5 surgieron el 9 y el 58; y del 18, salió el Frente 47, que en un principio operó en el Magdalena Medio y luego, en la década del noventa, se asentó en el Suroeste y Oriente lejano de Antioquia.¹⁸

En ese mismo artículo se menciona que en 1997 se realizó una reunión del Bloque Iván Ríos, hoy conocido como José María Córdova, en Urrao, Antioquia, a la que asistieron los comandantes de los frentes 5, 18, 34, 36 y 57. Allí decidieron arreciar la ofensiva en Antioquia y delegaron la responsabilidad de las incursiones en los frentes 9 y 47. Dichos frentes de guerra, se instalaron en el oriente antioqueño; el Frente 9 operó en San Luis, Cocorná, Concepción y Alejandría, y el Frente 47, en Argelia, Nariño, Sonsón y San Francisco.

Por su parte, el Ejército de Liberación Nacional –ELN-, hacía presencia en la zona desde mediados de los años 80. Posteriormente, se fundó una cuadrilla insurgente con el nombre del sacerdote Bernardo López Arroyave, la cual hizo aparición en 1984. Según la redacción del periódico El Tiempo, sus primeras acciones fueron en la zona de los municipios de San Luis, San Carlos, Puerto Nare, San Francisco, la vereda La Cumbre y el sitio Monteloro, cerca de la Autopista Medellín-Bogotá.¹⁹ En 1985, esta cuadrilla se convirtió en frente y adoptó el nombre de Carlos Alirio Buitrago, en memoria de dos hermanos catequistas asesinados por los paramilitares de Henry Pérez de Puerto Boyacá, en una masacre de varios jóvenes que integraban una cooperativa veredal con el Sacerdote Bernardo López. A este frente le encargaron la misión de rodear las hidroeléctricas San Carlos y Calderas; controlar la autopista Medellín-Bogotá y sabotear la producción de cemento en Rioclaro y Nare, así como aproximar estructuras subversivas al aeropuerto José María Córdova (Redacción El Tiempo, *La historia del Carlos Alirio*).

De acuerdo con las versiones de los pobladores, el modo operacional de los grupos subversivos en el Oriente, difirió en número y formas; en palabras del profesor Bladimir Ramírez, miembro del Movimiento Social por la Vida y la Defensa del Territorio del Oriente antioqueño –MOVETE-, “el ELN operaba como una guerrilla societal, y las FARC como un ejército de ocupación” (Conversación personal, abril de 2019). Es decir, los frentes del ELN se formaron

¹⁸ Artículo del portal web VerdadAbierta.com. *Las Farc cosecharon odios en el Oriente antioqueño* <https://verdadabierta.com/las-farc-cosecharon-odios-en-el-oriente-antioqueno/> Consultado el 05/06/2019

¹⁹ Artículo de El Tiempo: *La historia del Carlos Alirio*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1294718> Consultado el 05/06/2019

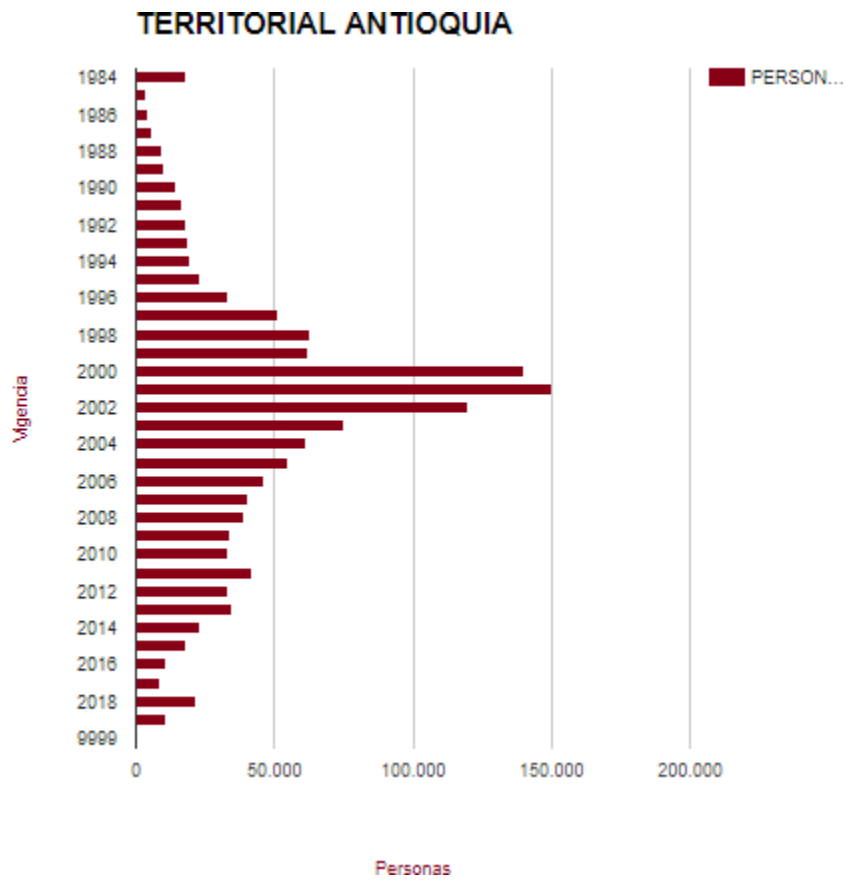
con gente de la zona e intentaron acumular alianzas y apoyos entre los pobladores campesinos; mientras que las FARC llegaron a la zona irrumpiendo de manera violenta en la vida de los lugareños y sus combatientes eran oriundos de otras zonas del país.

La presencia guerrillera en el Oriente antioqueño apuntaba entonces a varios objetivos de alto valor estratégico, entre ellos, el control de las zonas asociadas a los nacimientos de agua que abastecían las centrales hidroeléctricas, el control militar de varios tramos de la autopista Medellín-Bogotá que ha sido una arteria vial fundamental para el país, y el acercamiento de sus estructuras armadas a los centros urbanos que iban sumando importancia económica y demográfica en el Oriente como Rionegro y el aeropuerto José María Córdova. Esos objetivos de las insurgencias en el Oriente antioqueño, aunque en un sentido opuesto, coincidieron con los objetivos paramilitares, lo que explica por qué fue tan vehemente la disputa militar por el control de este territorio. Esa disputa se expondrá a continuación.

1.3.2 La disputa por el control: la ocupación paramilitar

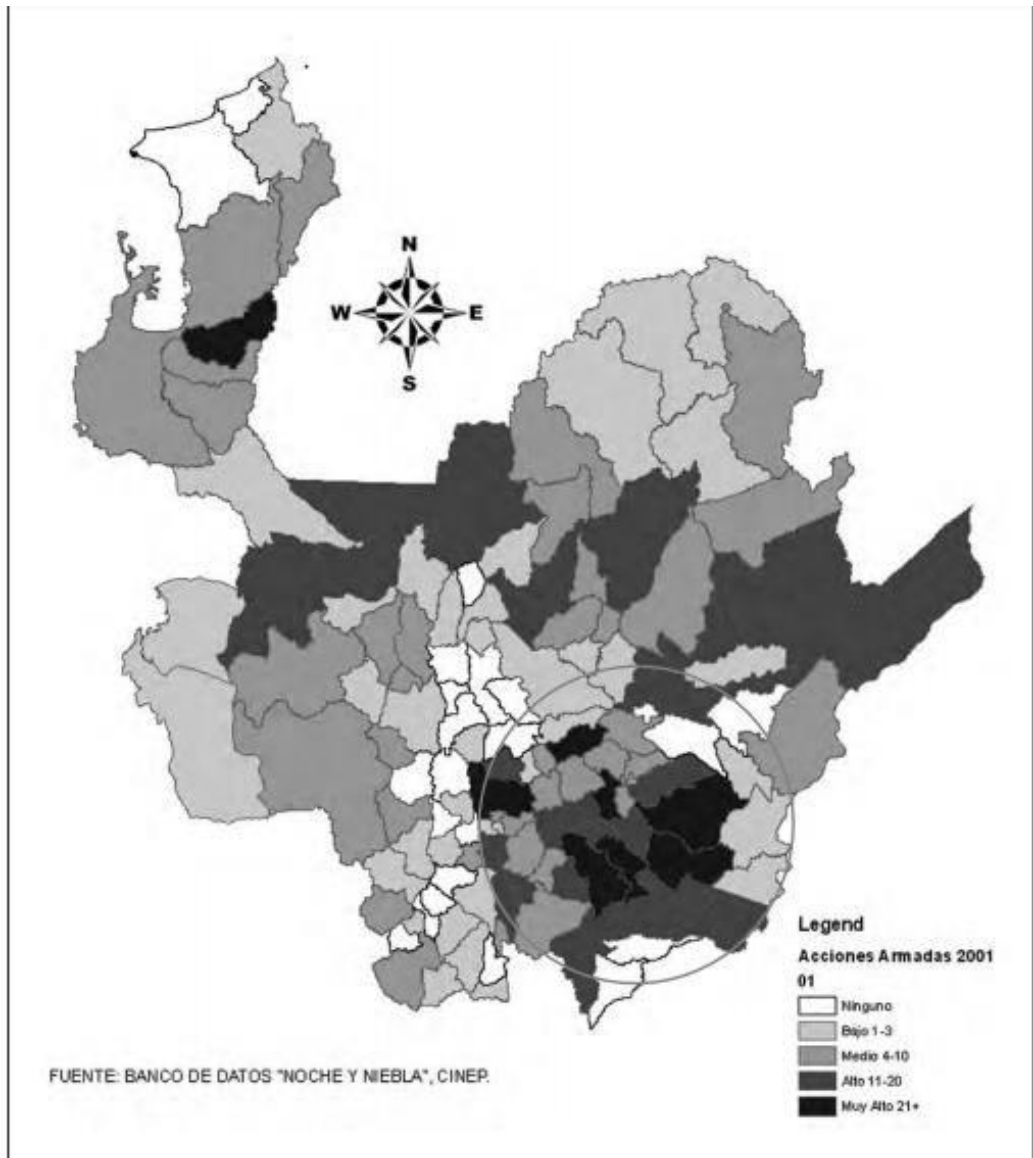
A pesar de la presencia de grupos armados y de la tensión existente por amenazas y asesinatos selectivos, fue en 1997 cuando las cosas cambiaron, cuando la guerra que se libraba en Colombia “incluye de manera frontal y decidida al Oriente antioqueño” (García y Aramburo, 2011, p.57). La disputa por el control social y territorial en el Oriente, fue escalando en intensidad, hasta que se convirtió en el escenario principal de la guerra en el departamento en el año 2001, relegando a otras subregiones y siendo el punto que protagonizaba los combates, los desplazamientos forzosos, las masacres y los asesinatos selectivos. En general, para esa época el conflicto armado se agudizó a lo largo y ancho del territorio nacional, especialmente en el departamento de Antioquia. Según la Unidad para las Víctimas,²⁰ en Antioquia para el año 1996 se presentaron distintos hechos violentos que dejaron 33.476 víctimas. El contraste es bastante evidente cuando se compara con el año 2001, donde la unidad de víctimas reporta 150.455 víctimas.

²⁰ Cifras de víctimas del conflicto armado, Unidad de Víctimas, Portal Web: http://cifras.unidadvictimas.gov.co/Home/Vigencia_ocurrencia?vvg=1



Histórico de cifras de víctimas del conflicto armado interno en Antioquia. Fuente: Unidad de Víctimas.

La situación para el año 2001 en las subregiones del departamento, se puede leer en el mapa de Antioquia que proporciona el Centro de Investigación y Educación Popular –CINEP-, sobre las acciones armadas adelantadas en los municipios del departamento por aquella época. Allí se muestran los “puntos calientes”, donde varios municipios del Oriente antioqueño son protagonistas de las acciones violentas.



Clara Inés García y Clara Aramburo, en su trabajo *Geografías de la guerra el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*, dan pistas sobre la situación en el Oriente antioqueño para finales de los años noventa y principios del nuevo milenio:

El área rural aledaña al eje vial estuvo dominada por el ELN -1998-2002- extensas superficies del sur y los cascos urbanos de Nariño y Argelia -1999-2002- fueron controlados por las FARC; varios de los cascos urbanos del altiplano y los embalses,

aunque con presencia militar cercana y estancia policial en las cabeceras, fueron objeto de control persistente y ostensible de los paramilitares -1999-2004-. (2011, p.62).

Para el año 2002, entraría también en escena el ejército nacional, que con las operaciones Meteoro y Marcial, intentaría retomar el control militar de la autopista Medellín-Bogotá y los municipios de lo que se conoce como Oriente Lejano (Sonsón, Nariño, Argelia y Abejorral). Sin embargo, lo que es un hecho según el periódico Mioriente²¹, es que las fuerzas militares en ningún punto entraron en confrontación directa con los paramilitares que hacían presencia en la región y que, además, dejaron tras de sí ejecuciones extrajudiciales, denominadas por la prensa nacional con el eufemismo de “falsos positivos”, es decir, la ejecución de civiles para hacerlos pasar como bajas efectuadas en combate. En algunas entrevistas realizadas en el trabajo de campo que nutre esta monografía, se pudo notar la confusión que generó esta política militar en la población, puesto que no hubo combates con las fuerzas paramilitares, quienes eran los que tenían presencia efectiva en el territorio, por el contrario, cuando se presentaban homicidios, los agentes estatales no hacían presencia en la zona.

¿Por qué se dio una confrontación armada de ese calibre en el Oriente antioqueño? ¿Por qué los actores armados priorizaron la disputa por esta zona? El territorio en sí mismo brinda pistas para dilucidar posibles respuestas:

La guerra en el Oriente ha sido por el sometimiento de los recursos estratégicos del territorio, la guerra en el Oriente ha sido por el agua. El Oriente antioqueño, como usted muy bien sabe, son veintitrés municipios, siete mil veintiún kilómetros cuadrados, una extensión considerable, tiene uno de los índices de biomasa más importantes de Latinoamérica... hay unos cultivos endógenos que sólo se dan ahí, en algún punto de Venezuela y en alguna zona del Perú... Alguna vez hablaba con un campesino de Sonsón, y esto también me lo habían dicho los campesinos en Granada, que qué era el oriente antioqueño, es una enorme despensa de agua; el parteaguas, de ahí salen las aguas que van a dar al Cauca y al Magdalena” (Bladimir Ramírez, Conversación personal, 2019).

²¹ Artículo del periódico Mioriente. *La barbarie de los falsos positivos en el Oriente* <https://mioriente.com/sin-categoria/la-barbarie-de-los-falsos-positivos-en-el-oriente.html> Consultado el: 10/06/2019

Posterior a la primera oleada paramilitar en este territorio que se dio en los años ochenta con la persecución y exterminio del Movimiento Cívico, en los años noventa arribaron tropas al servicio de la casa Castaño, como es el caso de Ricardo López Lora, alias “La Marrana” miembro del Bloque Bananeros de las ACCU, que llegó al municipio de la Ceja y cometió la primera masacre el 28 de septiembre de 1996, donde asesinaron a seis personas. Según el portal web Rutas del Conflicto, “La Marrana” declaró en versión libre haber recibido la orden directa de Vicente Castaño no sólo de combatir a la guerrilla, sino también de generar “limpieza social”.²²

Ignacio Orrego Delgado, abogado adscrito a la defensoría del pueblo comenta que:

Alias “La Marrana” confesó ochocientos homicidios en el Oriente antioqueño en versión libre. Ellos operaban con unas listas que les entregaban, en donde aparecía gente señalada de ser drogadictos, auxiliadores de la guerrilla o cualquier otra sindicación que se les hiciera, entonces ellos iban y mataban las personas. El señor Ricardo López Lora, en sus declaraciones afirmó de manera clara que ellos tenían el apoyo directo del batallón Juan del Corral... ellos participaban en operaciones conjuntas con la policía y el ejército (Conversación personal, 2019).

Además de los hombres de “La Marrana”, dirigidos en últimas por Vicente Castaño, el Bloque Metro también tendría incidencia en el Oriente antioqueño. Fue fundado en 1996 por Carlos Castaño, y presuntamente, según versiones de algunos desmovilizados, también estarían vinculados el narcotraficante Santiago Gallón Henao y el expresidente Álvaro Uribe Vélez en la creación de este grupo.²³ Castaño nombró como jefe a Carlos Mauricio García, Alias “Rodrigo Dobletero”, un excapitán del Ejército. Este bloque paramilitar, según la redacción de *El Espectador*, estaba especialmente destinado a hacer “inteligencia urbana antsubversiva”. Para el año 2002, reconocía tener presencia “en un 70 % de la geografía antioqueña”, con una “influencia preponderante en el control de las comunas populares en Medellín”.²⁴ Según Diego

²² Rutas del Conflicto, La Ceja. <https://rutasdelconflicto.com/masacres/la-ceja>

²³ Bloque Metro: el fantasma que ronda a Álvaro Uribe Vélez. <https://verdadabierta.com/bloque-metro-el-fantasma-que-ronda-a-alvaro-uribe-velez/>

²⁴ Artículo del periódico El Espectador. *El Bloque Metro de las AUC, un asunto que poco se ha indagado*. <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-bloque-metro-de-las-auc-un-asunto-que-poco-se-ha-indagado-articulo-740276> Consultado el: 08/06/2019

Fernando Murillo, alias “Don Berna”, en un testimonio recogido por Verdad Abierta, estos grupos armados arribaron a Medellín por solicitud de industriales y comerciantes a Carlos Castaño en 1997²⁵ y establecieron alianzas con las bandas criminales y oficinas sicariales de la ciudad con el fin de obtener el control total de la capital antioqueña y frenar el avance de las milicias urbanas que las guerrillas tenían allí.

El Bloque Metro llegó al Oriente antioqueño en 1998, estableciendo un control social, político y militar principalmente en los cascos urbanos de los municipios más cercanos a Medellín, como fue el caso de Guarne, Marinilla, Santuario, La Ceja y Rionegro, que según el portal web Verdad Abierta, se saldó con decenas de muertos, entre campesinos, funcionarios, dirigentes políticos de izquierda y defensores de Derechos Humanos.²⁶

Entre tanto, la autopista Medellín – Bogotá, desde el Carmen de Viboral hasta Puerto Triunfo, fue la zona de guerra del Frente paramilitar José Luis Zuluaga de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio. Alias ‘MacGuiver’, fue quien estuvo al frente de esta estructura paramilitar entre los años 2000 y 2006, y a quien se le dictaron cargos por homicidios, descuartizamientos, degollamientos, desapariciones forzadas y desplazamientos masivos. Este comandante es uno de los más reconocidos por la población civil en el municipio de Sonsón.

Para el año 2000, los corregimientos aledaños a esta carretera fueron tomados en repetidas ocasiones por los frentes 9 y 47 de las Farc, y el Carlos Alirio Buitrago y el Bernardo López Arroyave del ELN. La redacción de Verdad Abierta, expone razones estratégicas de las tomas guerrilleras: “de un lado, el Oriente antioqueño generaba en sus hidroeléctricas la tercera parte de la energía que consumía el país y cualquier atentado al sistema de distribución afectaba a buena parte de la nación; de otro, estaba cerca al Valle de Aburrá, lo que facilitaba no sólo su cadena de abastecimiento y logística, sino la obtención de recursos por la vía de la extorsión y el secuestro”.²⁷ Así también, se vislumbran intereses parecidos desde el bando paramilitar, aunque a diferencia de

²⁵ Artículo del portal web VerdadAbierta.com. La alianza entre el Bloque Metro y las bandas de Medellín <https://verdadabierta.com/la-alianza-entre-el-bloque-metro-y-las-bandas-de-medellin/> Consultado el: 08/06/2019

²⁶ Artículo del portal web VerdadAbierta.com. *El hombre que creó el bloque Metro y lo exterminó.* <https://verdadabierta.com/sotelo-acabo-con-el-frente-que-creo/> Consultado el: 08/06/2019

²⁷ Artículo del portal web VerdadAbierta.com. *La batalla entre ‘paras’ y guerrilla por la Autopista Medellín – Bogotá* <https://verdadabierta.com/la-batalla-entre-paras-y-guerrilla-por-la-autopista-medellin-bogota/> Consultado el: 09/06/2019

los movimientos subversivos, no estaban interesados en sabotear la infraestructura, sino más bien en evitar el sabotaje a la misma.

Según registros del Instituto Popular de Capacitación (IPC), los paramilitares del Bloque Metro y de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio –ACMM-, obligaron a más de 8 mil campesinos a dejar sus parcelas y desplazarse a los cascos urbanos de Santuario, Cocorná, San Luis, El Carmen de Viboral y San Francisco y a permanecer en ellos por más de tres meses, generando una crisis humanitaria de grandes proporciones,²⁸ mientras se disputaban zonas de influencia y el control social de las poblaciones.

Las cosas se verían complicadas todavía más, esta vez, entre los mismos bloques paramilitares que entrarían en disputa y posteriormente en confrontación armada por diferencias internas. En un artículo de El Espectador, de redacción judicial, se explica que en el año 2002, y en medio de un proceso de paz con el gobierno colombiano, el Bloque Metro se declara en disidencia de las AUC y comienza a ser perseguido por éstas. El Bloque Cacique Nutibara dirigido por “Don Berna” le disputaría el control de las comunas de Medellín y paulatinamente iría arrinconando la estructura armada de “Rodrigo Doblecer” hasta finalmente replegarlo a la zona rural del municipio de San Roque en el nordeste antioqueño en el año 2003²⁹. Los hombres que no murieron en el tiempo de persecución, pasaron a engrosar las filas de “Don Berna” quien dio la orden de asesinar a “Doblecer” que fue ultimado en el 2004 en la ciudad de Santa Marta, donde intentaba esconderse.

Al frente del Bloque Cacique Nutibara en el Oriente antioqueño estuvo Alias “Rogelio”, ex miembro del CTI, quien también pertenecía a la Oficina de Envigado.³⁰ Todo indica que, el BCN no tuvo mayor incidencia en el Oriente, y su misión principal había sido la guerra en contra del Bloque Metro. Cumplida la misión, “pacificadas” las poblaciones y bajo un dominio militar claro y un control social paramilitar ostensible, el BCN se desmoviliza en el 2003, entregando 497 armas por 868 combatientes dejando muchas dudas acerca de su desmovilización; no sólo por el

²⁸ Artículo del portal web Agencia de Prensa IPC. *Retornos de desplazados en Oriente antioqueño no pasan de ser buenas intenciones* <http://www.ipc.org.co/agenciadeprensa/index.php/2010/03/17/retorno-de-desplazados-en-oriente-antioqueno-no-pasan-de-ser-buenas-intenciones/> Consultado el: 11/06/2019

²⁹ Artículo del periódico El Espectador. Las guerras del Bloque Metro, el frente paramilitar erradicado por “Don Berna” <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/las-guerras-del-bloque-metro-el-frente-paramilitar-erradicado-por-don-berna-articulo-907001>

³⁰ Artículo del portal web VerdadAbierta.com <https://verdadabierta.com/bloque-cacique-nutibara-/#sdfootnote7sym> Consultado el: 13/06/2019

número de armas respecto a los integrantes, sino también por denuncias que apuntaban a una sustitución de los verdaderos combatientes por jóvenes de barrios marginados, mientras los verdaderos combatientes siguieron delinquiendo (Valencia & Espinal, 2007).

Tras haber sido derrotado el Bloque Metro, “Don Berna” dispuso la creación de un nuevo bloque para el Oriente antioqueño: el Bloque Héroes de Granada. La nueva estructura armada que nació por los años 2002 y 2003 y se nutrió de hombres y mandos medios del antiguo Cacique Nutibara hasta su desmovilización en el 2005. Contrario a sus predecesores armados, el bloque Héroes de Granada no realizó grandes operaciones militares más allá de actos sicariales y formas de control social como las denominadas “limpiezas”, amenazas y extorsiones. Sin embargo, se mantendría el carácter profundamente violento de la superestructura paramilitar, como lo demuestra una audiencia de imputación de cargos a varios de sus miembros, donde además de homicidio y extorsión, se les atribuyen los delitos de tortura, terrorismo, actos de barbarie y utilización de métodos de guerra ilícitos (Sala de Justicia y Paz, Tribunal Superior de Medellín, 19/10/2015).

El Oriente antioqueño fue, como se puede apreciar, un territorio en constante disputa por los actores armados: grupos guerrilleros, grupos paramilitares y agentes del Estado. Este trabajo hace énfasis en los grupos paramilitares porque considera que existen unas formas de violencia marcadamente paramilitares, es decir, modalidades usadas sólo por éstos o que han sido repetitivas en su accionar, como desplazamientos, asesinatos selectivos, masacres, desapariciones forzadas, torturas, sevicia y exposición de los cuerpos. Todas estas son formas encaminadas a generar terror en las poblaciones, y, además, imprimieron un sello distintivo en el conflicto armado por parte de estos grupos, involucrando cada vez más a la población civil y llevando el horror de la guerra a niveles espeluznantes.

Este trabajo busca hacer énfasis, por supuesto, en el municipio de Guarne como ente territorial en donde ocurrieron estos hechos, y en las preguntas que permitan comprender por qué se generó un control social paramilitar en el municipio, por qué se usaron métodos que generaron miedo y terror en las poblaciones, y por qué la necesidad de establecerse en un territorio como este y pretender tener un dominio armado general sobre la población, y la soberanía sobre las vidas cotidianas de las personas.

Guarne es un municipio que integra la subregión del Oriente antioqueño y que es

comúnmente conocido como “la puerta del oriente”. Limita por el norte con los municipios de Copacabana Girardota y San Vicente, por el este con San Vicente, por el sur con el municipio de Rionegro y por el oeste con el municipio de Medellín. Su cabecera dista 25 kilómetros de la ciudad de Medellín, capital de Antioquia y una de las ciudades más importantes del país. El municipio posee una extensión de 151 kilómetros cuadrados. Estos datos no son sólo curiosidades geográficas, sino que poseen una relevancia superlativa en el desarrollo del conflicto armado en este territorio, puesto que sus particularidades topográficas y su ubicación socio-espacial lo convierten en un punto estratégico en la disputa de los grupos armados que operaron en la zona. Este trabajo busca hurgar en los asuntos relacionados con la violencia paramilitar en Guarne desde una perspectiva antropológica, puesto que se trató de una violencia que impuso normas conductuales en las poblaciones, porque generó un control social con base en la omnipotencia de las armas; porque se produjo una ruptura del tejido social; por el miedo y las memorias del miedo que sobreviven en las poblaciones, y por el trauma cultural diseñado y aplicado con base en el terror que allanó la entrada y posterior consolidación de las estructuras paramilitares.

Capítulo II

Sentipensar las preguntas: hacia otros caminos para indagar por la violencia.

“Las preguntas no cambian la verdad. Pero le dan movimiento.”

Gianinna Braschi

Este trabajo fue posible porque confluyeron factores de diversos órdenes. Entre ellos, mi curiosidad particular por todo lo relacionado con el conflicto armado colombiano, por el impacto que me generaron las lecturas sobre la violencia paramilitar y por el descubrimiento casi fortuito de la historia de mi municipio de residencia con el paramilitarismo. También porque en los primeros acercamientos encontré varios aportes valiosos: personas dispuestas a colaborar, entre ellas familiares y amigos, la profesora Irene que mostró su interés por el tema de este trabajo y quiso asesorarlo, y también, la inexistencia de investigaciones previas sobre la problemática aquí abordada en el municipio de Guarne. Con la motivación resultante de tantos eventos, emprendí el diseño del proyecto que resultaría en este trabajo. Posteriormente, el trabajo de campo con sus encuentros y desencuentros, sus enseñanzas sobre el afán y la paciencia, y las reflexiones que debe producir todo trabajo de campo en Antropología. Por último, como un final sin fin, la escritura de semejante proyecto que habíamos pensando: el control social paramilitar en Guarne entre 1997 y el 2006, mostrando que el terror y el miedo fueron mecanismos para establecer un orden moral, económico y militar en las poblaciones.

Este capítulo aborda los asuntos metodológicos propios de esta investigación, desde su concepción, su diseño como proyecto y su trabajo de campo. Aborda también el problema del investigador como sujeto en disputa constante con su propia subjetividad y con la pretendida objetividad académica, y, por supuesto, de la relación compleja entre el investigador y las personas que prestan sus voces y apoyos para que la investigación social resulte. Toda investigación social, pero particularmente en antropología, tiene discrepancias entre la metodología cuando esta se concibe y cuando se pretende aplicar. La realidad siempre resulta ser mucho más compleja y

mucho más difícil de abarcar y de comprender. Además, en trabajos de este tipo, donde se reviven memorias y escenarios de dolor, donde las personas que han vivido situaciones traumáticas y eventos que representan una ruptura en sus vidas, todo es más complejo y, en palabras francas, difícil.

La metodología de este proyecto está basada en el enfoque cualitativo de la investigación social, que podría definirse de la siguiente manera:

{...} una aproximación global de las situaciones sociales para explorarlas, describirlas y comprenderlas de manera inductiva; es decir, a partir de los conocimientos que tienen las diferentes personas involucradas en ellas y no deductivamente, con base en hipótesis formuladas por el investigador externo. Esto supone que los individuos interactúan con los otros miembros de su contexto social, compartiendo el significado y el conocimiento que tienen de sí mismos y de su realidad (Bonilla, 1997, p. 34).

Por su parte, podemos aproximarnos a las técnicas de la metodología cualitativa desde la propuesta de Manuel Canales (2006) que expone la capacidad innata de esta metodología de explorar la visión de los otros desde sus propias concepciones:

Todas las técnicas cualitativas trabajan en ese mismo lugar como disposición a observar el esquema observador del investigado. Por ello rehúyen la pregunta, y no pueden trabajar con respuestas. En cada caso, se trata de un intento de “comprensión” del otro, lo que implica no su medida respecto a la vara del investigador, sino propiamente la vara de medida que le es propia y lo constituye. (p.20).

Lo que hace especial al enfoque cualitativo es precisamente que *intenta* priorizar la visión del otro y de sus propios códigos socio-culturales. Explica entonces Canales, que con el enfoque cualitativo se abandona la pretensión de objetividad como propiedad intrínseca de una observación externa y asume la subjetividad como condición inherente (p.21). Sin embargo, se debe tener en cuenta que el antropólogo, según la visión de Clifford Geertz (1989), es un narrador de segundo o tercer orden, el interlocutor sería el narrador de primer orden, puesto que es su cultura, su sociedad, lo que él piensa o cree que piensa, y cómo lo cuenta para ser contado.

Así pues, la etnografía -que se desprende del enfoque cualitativo de la investigación social- es hermenéutica o interpretativa, porque interpreta el discurso social, por tanto, depende en gran medida del intérprete; es decir, el investigador.

Esta investigación estuvo centrada en las técnicas de investigación etnográfica como el diario de campo, la observación participante, los grupos focales y las entrevistas a profundidad o conversaciones con víctimas de la violencia paramilitar o testigos directos de los hechos. Los testigos indirectos también fueron importantes para este trabajo, aquellas personas que no fueron víctimas, pero que escucharon sobre eventos violentos o que sabían que no debían salir, o por dónde no debían pasar, por ejemplo. Esas personas al igual que las víctimas directas, estuvieron sometidas al control social impuesto por medio de las armas y la amenaza cotidiana de violencia letal y no letal.

Esas técnicas componen el método etnográfico, que ha sido el gran aporte de la antropología a las ciencias sociales, y es ese método con sus técnicas el que se intentó replicar aquí. El método etnográfico se nutre también de reconfiguraciones específicas y diferentes miradas que pueden orientar el trabajo de campo. Para este trabajo, los conceptos de *textura* y *textualidad*, usados por Nicolás Espinosa (2010), se presentaron en su momento, como un enfoque metodológico que fue usado en este trabajo para sostener un equilibrio entre el conocimiento que produce el investigador y el conocimiento que construyen las comunidades:

{...} la textura, que me ha permitido definir aspectos físicos y sociales que estructuran la región, y en segundo lugar la textualidad, o sea las representaciones y significados con los cuales se les dota de sentido (p. 23)

Cabe anotar que al ser la violencia un eje estructural de este trabajo, las sensibilidades estuvieron siempre aflorando, por tanto, se intentó tener especial cuidado con el tratamiento de expresiones de dolor. Por supuesto, al verse la violencia reflejada en la escritura de los resultados, es un deber metodológico y ético tener en cuenta qué se escribe y cómo se escribe, máxime, porque es decisión del investigador lo que se escribe o se publica.

Por estar este trabajo enfocado en explorar aspectos sociales que ocurrieron en el pasado, pero que se pueden rastrear a través del testimonio de personas vivas, se apoyó fundamentalmente de la memoria, con lo que se buscó conocer las percepciones sobre lo que la gente comprende que ha ocurrido en un contexto particular. En este trabajo, la memoria se entiende como el escenario

por naturaleza en el que se confrontan las versiones del pasado y se reviven los hechos que marcaron la vida de una comunidad. Las memorias individuales, según Elizabeth Jelin están siempre enmarcadas socialmente (2002, p. 20) y son por tanto, caminos al pasado de una comunidad. Como las memorias no apuntan en la misma dirección ni permiten una visión objetiva del pasado, se hace necesario generar una pluralidad de voces (GMH, 2013), puesto que permite acceder a una “disputa” social por el pasado y la verdad.

Se propuso también una revisión de fuentes secundarias, tanto bibliográfica como de archivos; con la intención de cumplir los objetivos del trabajo y complementar las memorias de las personas entrevistadas, tal como se sugiere en los enfoques que trabajan la construcción de memoria histórica (GMH, 2013). La revisión bibliográfica estuvo presente durante todo el proceso, puesto que siempre se trató de tener una idea general de la problemática en los espacios y la época que aquí interesa. La revisión de archivo se usó para recolectar datos de diversas fuentes, como de prensa local, departamental y en algunos casos nacional. Se buscaron informes de personería municipal y departamental sobre la situación espacio-temporal delimitada en este trabajo; así mismo, los informes de ONG que trabajan en la zona y las bases de datos estadísticas oficiales y no oficiales. Las sentencias judiciales sobre paramilitares que operaron en la zona, ayudaron dando pistas sobre lo sucedido; y las versiones libres de ex paramilitares en el marco de la desmovilización, brindaron, además, un punto de vista alterno sobre los hechos, que no sólo es útil para la obtención de resultados investigativos, sino también, e igual de importante, para la confrontación política y ética de quienes estamos involucrados en la búsqueda de verdad.

A continuación, presento una serie de viñetas etnográficas o de reflexiones metodológicas que me suscitó el trabajo de campo y la escritura de este trabajo de grado. Se trata de tres puntos de discusión que tuve frente a cómo indagar por violencias pasadas, cómo preguntar por el dolor de otros y cómo comprender silencios, secretos y complicidades cuando se exploran las memorias de las víctimas y los testigos desde la antropología de la violencia. Estas viñetas tienen como objetivo ilustrar algunos de los retos del trabajo de campo, enunciar los dilemas a los que me enfrenté como investigador, y posicionar también reflexiones de índole metodológico cuando se trabajan memorias asociadas a la violencia política y al conflicto armado colombiano.

2.1 Aprender a preguntar y no preguntar el porqué

*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico
museo de formas inconstantes, ese montón de
espejos rotos.*

Jorge Luis Borges

Para un estudiante de pregrado de cualquier área, siempre existen más dudas que certezas. También son más las preguntas, pero ese debería ser el espíritu siempre: preguntas, curiosidad y capacidad de asombro. Particularmente, los métodos en antropología social no son de manual, ni existen instrucciones precisas sobre cómo desenvolverse en “campo”. El campo es como se ha denominado desde la disciplina al espacio real o imaginado en donde se desarrollan las relaciones sociales o los fenómenos socioculturales que el antropólogo intenta explorar y, posteriormente, analizar y explicar. En la mayoría de investigaciones sociales, el trabajo de campo involucra relaciones con otros seres humanos, relaciones que pasan no sólo por lo estrictamente académico, sino que, además, involucran, como en toda relación personal, sentimientos, solidaridades, encuentros y desencuentros.

El trabajo de campo, contrario a lo que se planea, resulta ser caótico. Se hace un cronograma que nunca se va a cumplir a cabalidad porque los tiempos no coinciden, se planean entrevistas que desembocan en asuntos totalmente diferentes a lo que el investigador intentaba proponer, los funcionarios no siempre están prestos a colaborar, y para completar el círculo de calamidades, el investigador no puede extrapolar su vida personal, sus problemas, su falta de tiempo, o sus necesidades económicas. Sin embargo, el trabajo de campo es un tipo especial de entrenamiento para el investigador, puesto que lo obliga a desenvolverse en medio de posibilidades escasas y a reinventar constantemente sus métodos y formas.

Lo más difícil de todo siempre será sentarse a hablar, pero sobre todo a escuchar. Porque escuchando es como se pueden hacer las preguntas correctas. Las preguntas correctas, a mi modo de ver, son aquellas que abren espacio a nuevas preguntas y que, por supuesto, permiten ampliar la información que se está escuchando. Además, debe existir siempre un tacto especial, una

forma de entablar la conversación que produzca una confianza en doble vía: entre quien pregunta y quien responde. De todas formas, ese ejercicio de interlocución nunca se presenta en una sola vía, porque existen preguntas que no se hacen y respuestas que no se emiten, o una complicidad entre quienes conversan que permite concluir temas o historias sin necesidad de palabras. Esto es especialmente cierto porque cuando una investigación social se plantea con preguntas cerradas y previamente calculadas impiden las condiciones ideales para el levantamiento del contexto, como explica Manuel Canales

... es particularmente más relevante -la dificultad de comunicación- en las preguntas cerradas, en las cuales el sujeto encuestado sólo puede escoger su respuesta de las alternativas provistas por el investigador. Adicionalmente, esta estrategia “cerrada” disminuye radicalmente las posibilidades de obtener información no prevista en el estudio. (2006, p.53).

Por motivos metodológicos que permitieran un mejor análisis de la información, la mayoría de las conversaciones de este trabajo fueron grabadas, pero también cabe anotar que siempre existe “información” mucho más allá de las palabras dichas, también existen cosas no dichas, gestos, sonidos, pausas, ritmos, miradas o ausencia de miradas y silencios, resumiendo, un sinnúmero de expresiones del lenguaje humano que no quedan consignadas en una máquina que capta el sonido y, por tanto, se debe estar siempre atento. Si se pudiera resumir el trabajo de campo en dos palabras, estas serían empatía y atención.

Así como titula este apartado, los trabajos de campo son básicamente cursos para aprender a preguntar, pero sobre todo, lo que no se debe preguntar. Durante los cursos de investigación en el pregrado de antropología, se tocan muchos aspectos éticos relacionados con el trabajo de campo y la interlocución entre el investigador y las personas, muchos de ellos advierten sobre la intimidad de las personas, sobre el cuidado con el tratamiento de la información, sobre la importancia de mantener a la gente informada sobre la investigación en la que están participando, y sobre el autocuidado y el tratamiento adecuado de los datos personales. Pero,

¿Qué sucede por ejemplo, cuando una investigación como esta, escarba en memorias tan íntimas y dolorosas de las personas? ¿Qué pasa cuando las conversaciones traen al presente viejos rencores y recuerdos sobre traiciones, intrigas y demás? ¿Cómo transmitirles a las personas que las preguntas van mucho más allá de la intromisión en la vida personal? ¿Cómo enmarcar la

investigación en un ambiente de reconciliación y de memoria para la construcción de futuro más que para la venganza?

Las investigaciones en contextos de violencia, de conflictos armados o de transiciones debido a procesos de paz, siempre estarán en una línea delgada y peligrosa, tanto para las personas como para el investigador. Además, se hace sumamente complejo explorar un conflicto armado como el colombiano que ha mutado tanto. Como lo expresa Mary Sandoval:

Las transformaciones del conflicto provocan una desactualización permanente de sus interpretaciones, las variables tiempo y espacio se superponen y juegan como variables omitidas en algunos de los análisis. Su profunda degradación y persistencia en el tiempo ha penetrado en todas las dimensiones de la vida pública y privada (...) Ese proceso ha creado una interrelación cada vez mayor entre la violencia intrafamiliar, violencia de barrio y violencia política. (2014 p.101)

Esas preguntas y esas dificultades como muchas otras, lejos de entorpecer la labor antropológica en contextos de violencia, la enriquecen, porque cuestionan permanentemente las actitudes y las formas del trabajo de campo e invitan a una revisión permanente tanto en el plano metodológico como en el plano teórico. De la misma manera, cada trabajo de campo presenta un reto para cada investigador y cada quien va encontrando por medio de la experiencia del contexto, lecciones valiosas. En este caso se trató fundamentalmente de preguntar sin sugerir respuestas implícitas en la pregunta y no preguntar nunca el porqué.

Sucede que, en conversaciones con víctimas de la violencia, que tuvieron familiares asesinados o desaparecidos lo común es ir escuchando un relato sobre cómo operaban los actores armados, cómo llegaban las amenazas o quiénes eran habitualmente sus víctimas. Por ejemplo, en una conversación con una señora que trabajaba en las veredas del municipio de Guarne en la época de presencia paramilitar, me narró: “(...) Ese día se llevaron tres muchachos, a esos se los llevaron, los torturaron... eso fue un viernes... los torturaron, los volvieron una nada y los dejaron tirados por la carretera antigua para Medellín” (conversación personal, 2019). Si uno sucumbe a la curiosidad morbosa, y pregunta por qué los mataron, o por qué se los llevaron y los torturaron, la persona en cuestión probablemente dirá algo como esto: “Es que esos muchachos eran drogadictos” o “Esos muchachos eran ladrones”. La pregunta y la inevitable respuesta son sumamente delicadas, primero porque no se podrá constatar nunca si eso era cierto; segundo y no

menos importante, porque esa respuesta, naturalizada por algunas poblaciones víctimas de violencia, es en realidad la versión y también la justificación macabra de los perpetradores. Entonces, como investigador y como responsable de mis preguntas, debo pensar qué voces debo reproducir. La reproducción de esos discursos de la muerte justificada, tienen también en el fondo, una pretensión clara de generar control social, porque es un mensaje coercitivo que obliga a las personas a “controlarse” para no entrar en el espectro de los sujetos asesinables.

La muerte violenta en Colombia siempre ha sido un mensaje, como lo expresa Elsa Blair, “Además de la dimensión física, fruto de una violencia sobre los cuerpos, del “orden de la evidencia”, la muerte violenta tiene otras dimensiones simbólicas que deben ser interpretadas” (2005, p.17); y esa muerte violenta y los ritos funerarios que la suceden son un hecho social de suma importancia, pues es donde se genera el aleccionamiento que los violentos desean; es decir, en palabras simples, “lo matamos por esto y eso le va a pasar a los que sigan siendo o haciendo eso”. Detrás de homicidios, masacres y desapariciones forzadas, esto es, detrás de las violencias letales, existe un trasfondo político y también moral que pretende, mediante la violencia, configurar un tipo de accionar normal/natural que sirva a los intereses de quienes ejercieron la violencia. Preguntar el porqué, desemboca inevitablemente en la reproducción de esos discursos que se afanan por justificar las muertes y que buscan ampararse en órdenes morales o en la tradición. Las “muertes justificadas” no duelen menos, las madres separadas para siempre de sus hijos señalados de ser drogadictos no sufren menos por sus asesinatos.

Otro de los problemas que encarnan las preguntas, sobre todo en estos temas tan delicados, es el hecho de tener que preguntar sobre modalidades de violencia ejercidas por los paramilitares, puesto que estas son importantes para la investigación. ¿Cómo preguntar sobre modalidades de violencia? Se hace difícil ver una mujer contar sus recuerdos más íntimos y dolorosos al borde del llanto, para luego tener que elaborar una pregunta que permita conocer detalles escabrosos la mayoría de las veces.

La angustia que me generaba el saber que debía de cierto modo forzar la conversación para llegar a ese punto de los detalles, ya fuera a partir de preguntas o direccionando la temática de la conversación, no fue un problema en absoluto. Como se verá más adelante, las personas en la mayoría de las ocasiones contaban todas sus memorias casi sin interlocución, como una suerte de monólogo, porque en realidad nunca hablé demasiado. Quizá porque hablar de estas memorias es

un ejercicio catártico, o tal vez porque lo que me estaban narrando necesitaba contarse hace mucho tiempo. Dejar fluir las narraciones es pues una estrategia que posibilita la empatía y la escucha, es una forma de reflexividad etnográfica que, en contextos de investigación sobre la violencia, permiten que el dolor de los demás sea respetado y que este no se ponga en sospecha. Esta fue la estrategia que intenté mantener en las distintas interlocuciones en campo.

2.2 Quién es quién en esta dinámica macabra de la guerra: “Quién va a saber mijo esos quiénes eran”

“Sólo los tontos creen que el silencio es un vacío. No está vacío nunca.”

Eduardo Galeano

La guerra funciona básicamente generando miedo y confusión. La dinámica en Colombia no ha sido distinta, por el contrario, las confrontaciones armadas han exacerbado las prácticas para producir miedo y la guerra se ha expandido en medio de confusiones, caos y desconcierto. Los actores armados generalmente eligen la noche para sus acciones, puesto que la oscuridad oculta los movimientos y las identidades, también por la posible sorpresa que se pueda ocasionar al enemigo o a las poblaciones. Además, el desconcierto generado por acciones armadas impide el señalamiento de la opinión pública cuando un grupo armado pretende lavar su imagen o reunir alianzas y apoyos en sectores no combatientes. Por estas y otras razones, la confusión ha sido usada como estrategia en medio del conflicto armado colombiano. También es innegable, que muchas veces las personas no tienen la capacidad de distinguir entre grupos, bandas o afiliaciones, y que no necesariamente es el resultado de una estrategia previamente calculada, pero que, en medio del peligro que representan las acciones armadas, o el estado de shock de las personas, se impide una identificación clara de quienes cometieron el hecho.

Según Eric Lair (2003), los ataques directos a la población civil son cada vez más comunes en los conflictos, “para los beligerantes, ubicar a los civiles en el corazón de la lucha armada no es siempre fortuito o el fruto de furias descontroladas. Revela también estrategias de control,

eliminación o desplazamiento” (p.94). Es importante considerar esa apreciación, cuando se está explorando un conflicto armado como este, puesto que habitualmente la población civil fue sometida a experimentos estratégicos y tácticos en medio de la guerra. En este caso, y como se pretende explorar en este apartado, la confusión intencional o no que producían las acciones armadas, terminó generando impunidad histórica y judicial en muchos hechos y también una disputa sobre la memoria que se examinará a fondo más adelante.

En el trabajo de campo que se efectuó para este trabajo, se propuso interrogar a las personas sobre la presencia de hombres o estructuras armadas, primero, para tener una claridad temporal sobre la llegada del conflicto armado a la zona; y segundo, para tratar de identificar a los diferentes grupos o bandos en contienda, es decir, paramilitares, fuerza pública y guerrilleros. No sabía muy bien como preguntar por ambas cosas, así que permitía que el relato fuera lo más libre posible para que desembocara en una explicación sobre quiénes eran esos personajes que protagonizaban las historias. La mayoría de las veces, la gente hilvanaba sus historias con calificativos como “esa gente”, “los de arriba”, “los duros”, “los de camuflado”. Raramente se referían a estos grupos como guerrilleros o paramilitares y en ocasiones sumamente escasas, me mencionaron el grupo específico al que pertenecían, como Bloque Metro (paramilitares) o ELN (guerrilleros). Así fue como pude enterarme de dos cosas: la guerra es más confusa de lo que parece cuando se mira en retrospectiva y, por ello, las personas que viven en territorios en disputa, difícilmente diferencian a los actores armados. Lo anterior presenta entonces un problema metodológico. ¿Cómo saber quiénes eran los grupos armados referidos por las personas? Una estrategia fue el cruce de fuentes, donde exploré también en la prensa de la época, pero se presentaba esta dificultad: la fuente del artículo de prensa eran los mismos habitantes en medio de una evidente confusión; o se trataba de fuentes oficiales como ejército o policía.

¿Cómo saber entonces quién tenía la razón si los grupos armados no se atribuían los hechos, los pobladores no sabían quiénes habían sido, o había denuncias sobre alianzas entre agentes del estado y grupos armados ilegales?

Por suerte, algunos relatos son menos confusos, algunos hechos fueron reivindicados por la facción armada que lo cometió y más adelante, se empezó a esclarecer el mapa de actores armados. Para 1997, entraron los paramilitares al municipio de Guarne a disputar el control de algunas veredas en límites con San Vicente y Copacabana. Ese es el periodo de mayor confusión

porque hasta entonces, los habitantes sólo conocían la presencia efectiva del ELN en la zona. Cuando llegaron los paramilitares del Bloque Metro, comenzaron los enfrentamientos y se incrementaron las acciones armadas, las amenazas y la paranoia de ambos bandos por la existencia de presuntos colaboradores del enemigo dentro de la población civil. Para el año siguiente, 1998, los paramilitares emprendieron una cruzada en contra de la guerrilla y sus supuestos colaboradores, y saltaron a la escena pública atribuyéndose hechos armados e informando a la gente sobre su presencia. “Esa gente llegó diciendo que iba a acabar con la guerrilla y con todo el que le ayudara, que cuidaíto con sapiar porque se les iba hondo” (conversación personal, 2019).

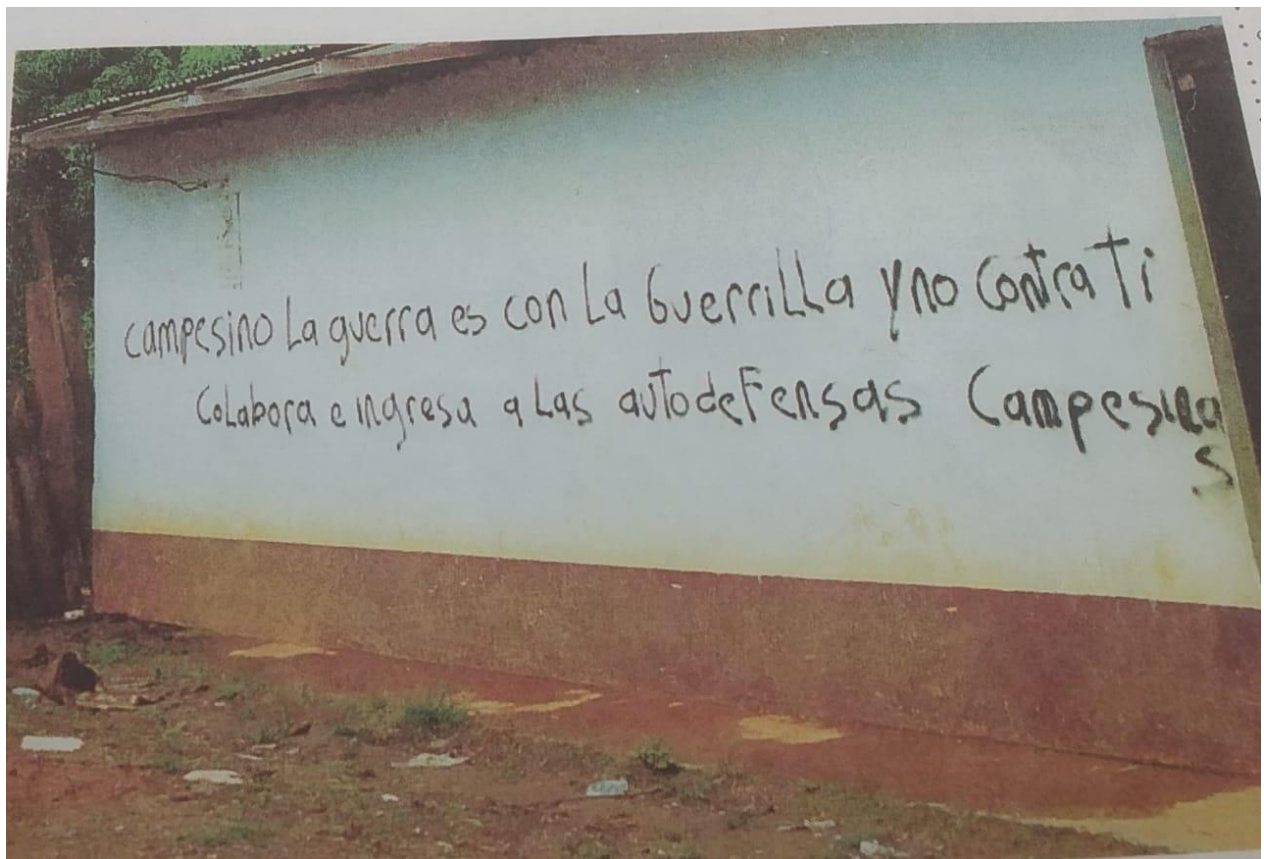


Imagen tomada del periódico El Colombiano, 11 de enero de 1998. Tomada originalmente en la vereda Yolombal del municipio de Guarne.

Lo que se puede evidenciar de esas primeras etapas de investigación social, sobre todo de investigaciones sobre la violencia política y los conflictos armados, es que el primer momento, donde se quiere levantar información que permita recrear el contexto es un periodo complejo, porque las fuentes no coinciden o incluso se contradicen. Es deber de nosotros como

investigadores sobre un tema tan delicado, no apresurarnos por intentar “revelar la verdad”, sino por el contrario, tamizar cada fuente de información y compararla.

El problema con la dificultad para identificar a los grupos armados, impide tener claridad sobre lo sucedido y por qué sucedió. Por ejemplo, en el siguiente esquema se puede evidenciar como de las 1.962 masacres registradas por el Centro Nacional de Memoria Histórica, en el marco del conflicto armado colombiano, 295 de esas masacres permanecen en la incógnita de quién las perpetró. Aquí es importante resaltar que la palabra masacre es un término utilizado para designar a un tipo de asesinato, habitualmente de varias personas, caracterizado por el estado de indefensión de las víctimas.

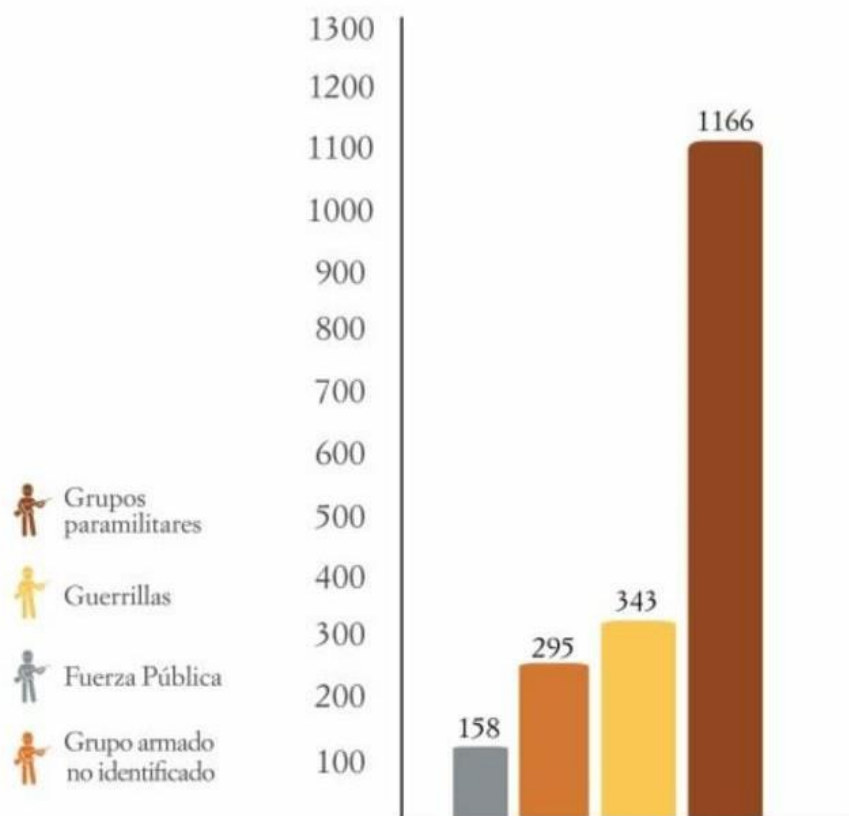


Figura 2. Distribución del número de masacres del conflicto armado por grupo armado, 1980-2012.
Fuente: GMH, base de datos de masacre del conflicto armado en Colombia (1980-2012).

Fuente: GMH, 2013

En este punto se hace necesario ilustrar cómo se vive en una zona de conflicto armado, por supuesto, desde el punto de vista de una persona que vivió aquellas circunstancias en una zona rural perteneciente al municipio de Guarne, municipio que nos atañe; y que con su testimonio me generó un cuestionamiento metodológico que es lo que intento explicar en esta parte del capítulo.

Doña Rosmira es una mujer de mediana edad, que actualmente habita en la vereda Yolombal, en Guarne, una mujer campesina como millones de mujeres en Colombia que han padecido la guerra. Ella accedió a contarme una parte de su historia, no sin antes expresarme que era muy extraño que le preguntara por eso. Yo le pregunté que si vivía en Yolombal a finales de los años noventa como si fuera fácil recordarlo, sin embargo, ella que no ha habitado muchos lugares inmediatamente respondió:

-No, yo no... Yolombal no, sino que digamos, eso pertenece a San Vicente -vereda El Coral- y luego nos pasamos a vivir a Guapante -vereda de Guarne-. Nosotros nos pasamos a vivir a Guapante por esa época cuando sucedió esas balaceras y cuando estuvo toda esa gente...

Doña Rosmira guardó silencio un momento como deseando no tener que explicar a qué balaceras se refería, yo asentí con la cabeza y entonces pregunté, esperando que ampliara su historia:

-¿A usted le tocó ser testiga directa de eso?

Y ella sólo respondió que sí. Entonces pregunté, no sin antes dejarle un espacio por si tenía algo que añadir, ¿Y usted supo reconocer en su momento quiénes eran, si eran guerrilleros o eran paramilitares...? Sin saber cómo desmenuzar la pregunta, prolongué la última palabra esperando que ella me interrumpiera y en efecto lo hizo:

-Estaban revueltos. Estaban los unos y los otros, estaban los guerrilleros y estaban los paramilitares. Cuando eso hubo una... ¿Cómo se dice? Cuando el uno persigue a los otros, que hubo siete muertos... los paramilitares persiguiendo a los guerrilleros eso fue por ahí hace dieciocho o veinte años. Llegaron los paramilitares a El Coral que pertenece a San Vicente, que son límites con Guarne, a nosotros nos desunía a la quebrada; nosotros vivíamos al ladito de allá y al ladito de acá Yolombal. Pero eso era muy difícil al principio uno saber cuál era cuál, ellos andaban por todas partes, pero, ¿quién va a saber mijo esos

quiénes eran?

Esa pregunta cerró de golpe el relato y nos dejó a ambos en silencio unos segundos. Me quedé pensando en esa pregunta, pero también revisé lo que tenía en la memoria para preguntar en base a lo que me estaba contando y dije:

-¿Ellos pasaban permanentemente por ahí?

-¡Sí! Hasta lo visitaban a uno y todo, con uniformes y fusiles, pues, de esas armas grandes. Nos preguntaban que cómo era eso por ahí, que qué había, que si llegaron los unos o los otros y nosotros no podíamos decir quiénes eran, sino estarse uno callado. A nosotros (familia) no nos llegaron a amenazar, pero si hubo mucho muerto por ahí, en ese tiempo mataron mucha gente de la misma vereda -Guapante- que porque digamos si recibían a los unos, llegaban los otros y pam.

Yo la miré como diciéndole que me siguiera contando y ella prosiguió:

-Ya cuando eran los paramilitares los que se quedaron, fue que hubo mucha gente de la vereda que le tocó salir desplazados y a muchos los mataron, por el lado de Yolombal y La Enea llegaron a matar mucha gente. Ellos no eran guerrilleros, ellos eran gente campesina, ellos decían que los mataban por sapos o por atender a los guerrilleros, que no les podíamos dar un trago de agua panela pero nosotros tampoco podíamos decir que no. Después que los paramilitares echaron a los del elene, ¿cómo se dice? quedaron como los dueños de la zona. Ellos le decían a uno que hacer, que no se quedarán por ahí hasta tarde, que no salieran, que no hicieran cosas mal hechas. (Conversación personal, 2019)

Como se puede apreciar, la identificación de los grupos armados por parte de los pobladores no es nunca un asunto sencillo. La mayoría de las veces, la confusión es una táctica de guerra que impide que se relacionen hechos y prácticas con un grupo determinado; otras veces responde a la intención que tienen los actores armados de entorpecer la labor investigativa de la justicia o de los medios de comunicación; y finalmente para que las poblaciones no sepan cómo responder o cómo prepararse. En un momento posterior a las primeras incursiones, el grupo armado suele presentarse ante la población y hacerle saber quiénes son los que están a cargo del control militar territorial y sientan las bases para generar el control social que es el principal objeto de estudio de este trabajo.

2.3 Secretos y memorias en disputa: “Pero yo no le voy a decir quiénes son”.

“Quien controla el presente controla el pasado y quien controla el pasado controlará el futuro”

George Orwell, “1984”.

De acuerdo con algunas narrativas, pareciera que en Guarne, en lo que respecta al conflicto armado, aparentemente no pasó nada. A diferencia de otros puntos de la geografía colombiana, donde el conflicto marcó profundamente a las poblaciones y donde la prensa nacional puso la lupa permanentemente, o que más tarde hicieron de sus memorias colectivas museos, en Guarne pareciera nunca haber sucedido nada. Existe en la mayoría de sus habitantes un desconocimiento total o parcial del historial de violencia política en el municipio, y por otro lado, quienes vivieron esa época de violencia guardan un silencio que refiere dolor por los recuerdos y el miedo de que se repitan aquellos sucesos; mientras que otros guardan un silencio bastante parecido a la complicidad.³¹ Durante todos los años que llevo viviendo en el municipio, jamás escuché en una conversación casual algo relacionado con el conflicto armado que concerniera a estas tierras; sin embargo, cuando uno pregunta por aquella época, la “época brava” como la refieren los oriundos del pueblo, inmediatamente afloran las historias. ¿Por qué no se habla entonces del tema? ¿Por qué simplemente se enterró ese pasado? ¿Por qué nunca ha estado presente en la agenda de políticas públicas? Si la Unidad de Víctimas registra 3.023 personas víctimas del conflicto armado en Guarne, ¿Por qué no es un tema de relevancia?

Una de mis primeras hipótesis fue el grado de complicidad de varios sectores de la población, entre ellas, funcionarios del Estado, que más adelante comprobaría en muchos testimonios y también en sentencias judiciales producto de las versiones libres de los desmovilizados paramilitares por cuenta de la Ley 975 de 2005, que terminaron incriminando en

³¹ Me refiero a algunas personas que auspiciaron de distintas formas el conflicto armado, o bien, a pobladores que no vivieron directamente el conflicto armado, pero que han justificado el asesinato porque “por algo sería”.

el accionar delictivo de sus organizaciones paramilitares a agentes del Estado como alcaldes, senadores, empresarios y miembros del ejército nacional. Lo anterior fue un escándalo que se desató a lo largo y ancho del país, en el cual cada región aportó sus propios colaboradores/financiadores en mayor o menor medida. Para el caso de Guarne, en las versiones libres, se mencionó un exalcalde, algunos funcionarios y varios empresarios y comerciantes, sobre todo del sector transportador. También, en una conversación con una persona que conoció de primera mano la infiltración paramilitar en el gremio transportador del municipio, me contó cómo se llevaron a cabo varias reuniones y cómo éstos recibieron financiación de los transportadores. Esta persona me pidió explícitamente no mencionar detalles y por supuesto, no poner su nombre porque “esa gente todavía está por ahí”.

Por ese tipo de peticiones y por los cuestionamientos que un trabajo de campo como este puede generar, es que este apartado se titula secretos y memorias en disputa. También, porque en la parte metodológica, que es de lo que trata este capítulo, existe un problema de fondo: ¿Cuántos testimonios se quedan por fuera de este trabajo por los secretos que guardan? Y no solamente por fuera de este trabajo, sino también excluidos de la reconstrucción histórica de lo que ha sido el conflicto armado colombiano en general. Esa dificultad que enfrento con este trabajo, es la misma que enfrenta el Estado colombiano y las instituciones públicas para hacer un bosquejo que se aproxime a lo que realmente sucedió.

En una de las varias conversaciones que tuve con diferentes personas sobre lo que pasó en Guarne, doña R empezó su relato de la siguiente manera: “*Vea, yo le voy a contar, pero yo no le voy a decir quiénes son*”. Después, me confesó que habían muchos todavía por ahí, que había muchos “con rabo de paja” y que era peligroso meterse en esos temas, y como allegada de la familia me recomendó que tuviera cuidado. Este asunto de los secretos y las memorias en disputa es tan latente, que cuando pude conversar con un exalcalde del municipio, que gobernó entre 1998 y el año 2000, se quedó pensando sobre mi pregunta por el conflicto armado en el municipio en la época de su gobierno. Con un asomo de incredulidad, y negando con la cabeza me explicaba que “aquí eso no, que en el oriente lejano tal vez, pero que en Guarne era todo muy normal, que había presencia de grupos pero que sólo era de paso” evidentemente, trataba de defender su gestión como alcalde, previamente me había contado de los logros de su administración. Posteriormente me dijo:

En el sector oriental del municipio estaban asentados, o por lo menos, se movían

permanentemente grupos paramilitares y grupos de guerrilla. Esos son las veredas Yolombal el sector de Ovejas, La Enea todo ese sector colindando con San Vicente. Eso es un corredor que viene desde Barbosa y se extiende hasta los municipios del lejano Oriente, san Francisco, San Vicente, San Luis, el Peñol, Guatapé... todos esos de allá del oriente lejano. Por ese corredor se movilizaban esos grupos armados. Se bajó la campaña –electoral- de todos los grupos políticos de ese momento, quedó todo mundo como en shock -por el asesinato del personero municipal, Giovanni Guacci en 1997-. Pero al declinar, por haber sido una declinación provocada por amenazas y todas estas cosas, pues entonces el Consejo Nacional electoral no le dio vía libre a ninguna de esas declinaciones. Pero igual las campañas quedaron paradas y ya no se volvió a salir a ningún lado, no se hizo una campaña tan abierta como las que se pueden hacer hoy debido a las limitaciones de seguridad, debido a que ni la policía, ni el ejército, ni ningún organismo del Estado podían ofrecer garantías a los candidatos.

Lo que él describía, era la situación política que se presentaba de manera generalizada en todo el Oriente antioqueño, en medio de la disputa por el control de alcaldías entre guerrillas y paramilitares o por presiones al electorado. Cuando pregunté cómo fue su gobierno, si se presentaron hechos que alteraran el orden público, o si había en el ambiente una especie de amenaza a los pobladores, me respondió que no, que sí hubo homicidios y robos, pero que eso era delincuencia común. Paradójicamente, continuó su relato sin advertir la contradicción en la que caía:

Yo durante todo el período de gobierno nunca pude subir al sector Oriental del municipio, esos sectores de Mejía, Yolombal, Guapantes, La Enea, todos los límites con San Vicente. Nunca pude subir por esos sectores, porque de alguna manera estaban los grupos armados y al estar allá, pues digamos que la advertencia, de la policía sobre todo, era que subíamos por allá bajo nuestra responsabilidad; entonces yo nunca subí a ese sector.

Cuando noté el sinsentido entre su parte de tranquilidad y la restricción que tenían los funcionarios para deambular su propio municipio, no pude evitar imaginar cómo sería esa misma

situación para pobladores y transportadores; entonces pregunté, como señalándolo de alguna manera:

-¿Y ustedes al ver que no podían ni siquiera transitar por esos sectores, en algún momento no pidieron ayuda del ejército o...?

Me cortó la pregunta, que además pretendía increparlo por la falta de acciones efectivas para la protección de los habitantes, y replicó:

A ver... era complicado porque digamos que el ejército también tenía sus limitaciones para moverse, digamos que hacían patrullajes con helicópteros a través de la fuerza aérea, pero era muy limitado, porque en medio siempre estaba el campesino, entonces subir el ejército a ese sector donde estaban los grupos armados, era casi que poner en medio a los campesinos entonces ellos también se cuidaban mucho de eso, ellos hacían era inteligencia y buscaban que no hubiese atentados contra los civiles. El campesino siempre estaba en medio de esos grupos, el pueblo iba a hablar con uno como alcalde, y pues uno siempre les recomendaba que trataran de no estar en esa disyuntiva porque el que va a salir perdiendo es usted y su familia (refiriéndose a los campesinos); entonces era más que todo darle los consejos a los campesinos y dejar que el gobierno nacional siguiera con su estrategia para mitigar todos los impactos en el Oriente (Conversación personal, 2019).

El alcalde que lo precedió en el cargo, fue mencionado en el periódico El Colombiano del 14 de abril de 2007, en el que se hizo un análisis de lo que sería el debate del entonces senador Gustavo Petro por paramilitarismo en Antioquia. En esa noticia, se cita un informe de la procuraduría que expone que del teléfono de la oficina de la alcaldía de Guarne salieron llamadas para alias La Marrana, comandante paramilitar del Oriente antioqueño. Dicho alcalde había sido denunciado también por el personero municipal días antes de ser asesinado; también su secretario de gobierno terminó en la cárcel. Lo que esto prueba es que existen secretos y probablemente, memorias silenciadas por la fuerza, puesto que aún existen intereses por ocultar hechos y posibles alianzas que puedan enlazar a ciertos personajes. Esto también, presenta un problema teórico, porque existe una hegemonía de la memoria expresada en una historia oficial que omite la memoria de muchas víctimas y las revictimiza al no escucharlas o ignorar sus verdades.

La memoria es un concepto difícil de abordar. Según Elizabeth Jelin (2002) la memoria es un entramado de significados que le brinda sentido al pasado y que se produce entre sujetos que comparten una cultura o son agentes sociales que vivieron acontecimientos y/o situaciones parecidas. En ese sentido, no nos interesa solamente la memoria en forma de secretos y verdades no dichas; sino también, en su forma antropológica más pura: los encuentros culturales alrededor de esas memorias. Así pues, con el trabajo de campo pude descubrir que a pesar de la distancia espacial o temporal entre los sujetos que brindaron sus testimonios, había puntos comunes a la hora de narrar. Nunca deja de sorprender la relación entre el tiempo y los familiares, cuando las personas intentan recordar un época, la relacionan con sucesos como “el niño ya había nacido, entonces eso fue por tal año”; “Papá ya había muerto, entonces eso fue después”; “Eso fue hace mucho, porque yo ni me había casado”. También apelando al parentesco, sobre todo los campesinos, enlazan sus relatos con frases como “ese era el hijo de don José”; o “ese muchacho era novio de la hija de don Argiro”. De esa forma, los seres humanos construimos un mapa mental que nos permita hilvanar los sucesos correctamente en tiempo y espacio.

Otro asunto que me llamó la atención fue la cantidad de cosas en común en los relatos, sobre todo los elementos materiales alrededor de sucesos violentos como la camioneta gris de los paramilitares o los pasamontañas que éstos usaban. También hechos más escabrosos como los pedidos de auxilio de las personas que eran sometidas a tratos degradantes, las marcas en los cuerpos y la forma de tratar con los habitantes que tenían los hombres armados. Todo eso nos indica que, a pesar de la distancia en tiempos y espacios, existieron prácticas y elementos sistemáticos en el accionar paramilitar y que por tanto, se puede hablar de una continuidad en su accionar a pesar del relevo de mandos o el cambio de una estructura armada por otra.

¿Por qué entonces no se ha construido una memoria colectiva que permita tramitar el dolor del pasado y prevenga a futuras generaciones? Evidentemente hay intereses detrás, pero, ¿Por qué no reconocernos si quiera como población profundamente afectada por el conflicto armado? Lo que no se sabe públicamente y que no se alcanza a dimensionar en la actualidad, es el drama que han sufrido cientos de familias que han perdido a sus seres queridos, sus tierras, su forma de sustento y por consiguiente, su tranquilidad y la posibilidad de una vida digna.

Capítulo III

Anclajes conceptuales y marcos de referencia

“La soberanía del hombre está oculta en la dimensión de sus conocimientos”

Sir Francis Bacon

En este capítulo se intenta ofrecer al lector una serie de categorías y conceptos que fungirán de guía para entender un fenómeno político y social tan complejo como lo es el paramilitarismo en Colombia. Aquí se encuentran básicamente, una serie de argumentos que intentan explicar que el paramilitarismo, a pesar de ser un fenómeno multicausal, ha sido funcional como parte de una estrategia dirigida que pretende mantener las cosas en su sitio; es decir, evitar el cambio en los modos de producción y mantener a los propietarios de los medios de producción, sostener las castas políticas que han gobernado el país en alianza directa con los dueños de los medios de producción, que son, en últimas, los que se benefician directamente de la violencia paramilitar, y sobre todo, evitar el cuestionamiento y la posible solución al problema de la concentración de la tierra en pocas personas, que es en suma, el problema de base para la violencia política en Colombia y el conflicto armado interno.

También, se abordan los conceptos que definen esta investigación como son el control social, el miedo y el terror, los cuales dependen unos de otros para explicarse y que, en últimas, sirven para traer un poco de luz a las muchas preguntas que surgen de una temática tan densa como esta. La búsqueda de sentido para tratar de entender el fenómeno paramilitar, nos lleva a la exploración del miedo, el terror y el control social como formas de instalar una serie de normas, pero sobre todo, nos invita a tratar de descifrar no sólo tácticas y estrategias en medio de la guerra, sino también a tratar de separar los medios de los fines, o por lo menos, a interrogarnos.

3.1 La violencia paramilitar, una estrategia dirigida

"Los paramilitares son la clara demostración que entre el estado tradicional y la delincuencia hay un silencioso pacto"

Jaime Garzón.

El paramilitarismo como estrategia contrainsurgente en Colombia ha sido consecuencia directa de una política de Estado, por tanto, no ha sido un hecho aislado, sino que “ha correspondido a una ideología de terrorismo de Estado con sus naturales variaciones dependiendo de las circunstancias de cada momento” (Velásquez, 2007, p.137). Son distintos los múltiples orígenes del fenómeno paramilitar en Colombia, sin embargo, es posible afirmar que todas las formas se han nutrido directa o indirectamente del Estado.

Los Estados modernos se asientan sobre la violencia, se configuran y reconfiguran en el uso que hacen de la fuerza para controlar o someter a una población dentro de un territorio. El uso de la fuerza ha mutado, y hoy, no se entiende por violencia sólo la ejercida físicamente. Aquí me apoyo fundamentalmente en la afirmación de Max Weber (1980), que relaciona al Estado con la violencia y el uso de la fuerza, que para efectos de este capítulo es fundamental.

En última instancia sólo se puede definir el Estado moderno, sociológicamente, partiendo de su medio específico, propio de él así como de toda federación política: me refiero a la violencia física. “Todo estado se basa en la fuerza”, dijo Trotski en Brest-Litovsk. Así es, en efecto. (...)Por supuesto, la fuerza no es el único medio del Estado ni su único recurso, no cabe duda, pero sí su medio más específico. En nuestra época, precisamente, el Estado tiene una estrecha relación con la violencia. Las diversas instituciones del pasado (...) consideraban la violencia como un medio absolutamente normal. Hoy, en cambio, deberíamos formularlo así: el Estado es aquella comunidad humana que ejerce (con éxito) el monopolio de la violencia física legítima dentro de un determinado territorio. (p. 2)

Lo que se desprende de la afirmación de Weber sobre los Estados modernos es que el

proyecto ideológico de un Estado, que rige sus proyectos políticos, económicos y de orden social, no espera verse trastocado o torpedeado por fuerzas sociales que discrepan con esa visión particular. Visión impuesta, generalmente, por la clase política que suele ser la misma élite económica nacional o que tiene alianzas con ella. Visión que en últimas, será defendida por la fuerza en caso de ser necesario.

Se puede afirmar que existe un proyecto desde los sectores más privilegiados y desde la clase política tradicional colombiana, que ha estado a cargo de la administración del Estado, que busca imponer su visión sobre todas las esferas de lo público, que también ha ido escalando a los ámbitos privados o personales. Esta imposición ha generado violencias desde muchos sectores, y estas violencias se han instalado en el seno de la sociedad colombiana, que no ve otra forma de dirimir conflictos políticos. Estas violencias han sido especialmente agresivas contra la población que se inscribe dentro de la disidencia, ya sea armada o no; y que, entre otras razones, esta última distinción no se ha hecho efectiva y se confunden ciudadanos disidentes con grupos armados en franca rebelión por considerarlos igualmente peligrosos para el orden establecido.

Este capítulo intenta demostrar que el accionar paramilitar fue una estrategia dirigida, a pesar de la aparente arbitrariedad de muchos hechos y la dificultad para correlacionar conceptual, temporal y espacialmente diversas modalidades de violencia y tácticas de guerra particulares. Si bien es cierto que los grupos paramilitares no fueron ni son una fuerza homogénea, sus propósitos fundamentales sí coincidían y coinciden en la defensa del *status quo*, la defensa de la propiedad privada, de un modo de producción centralizado y monopolizado por castas políticas tradicionales y en las alianzas con narcotraficantes y terratenientes. Además, pretendían mantener o favorecer un orden moral basado en la fuerza, la homogenización política y cultural, la discriminación de las diferencias sexuales, de género y por supuesto, las disidencias ideológicas.

En el primer capítulo se mencionaron una serie de elementos de la geopolítica internacional que fungieron como detonantes de la situación política interna de Colombia, o al menos, del desarrollo de la misma. Entre ellos, la guerra fría y la disputa ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética; y por supuesto, las alianzas entre el Estado colombiano y el Estado norteamericano para “frenar la expansión del comunismo en América Latina”. De esta manera, se sucedieron una serie de fenómenos políticos sumamente violentos en América Latina, entre ellos golpes de Estado a gobiernos progresistas como el de Salvador Allende en Chile, que había

llegado al poder por la vía democrática, o la intervención directa de las fuerzas militares estadounidenses con apoyo logístico y de inteligencia antisubversiva a gobiernos y dictaduras claramente alineadas con la postura de Washington. Fue así como irrumpieron en la escena grupos de paramilitares en muchos países de América Latina, todos ellos financiados o apoyados en mayor o menor medida por gobiernos nacionales y por alianzas militares con Estados Unidos.

Para el caso colombiano, como ya se ha mencionado, el Plan Lasso (Latin American Security Operation)³² fue la plataforma para la Operación Marquetalia que se puso en marcha en 1964 y provocó la reacción que llevó a la creación de las Farc. La Doctrina de Seguridad Nacional de los Estados Unidos y la coyuntura geopolítica de la época, terminarían por producir la mencionada paranoia comunista y del enemigo interno, que las clases dominantes a la cabeza del Estado colombiano veían materializada en las insurrecciones armadas y también en las formas de protesta pacífica o en movimientos ciudadanos que se disputaban la vocería de los problemas sociales.

Más adelante, para comienzos de los años 80, en medio de una pugna armada por el control de las rutas del narcotráfico que se agudizaban cada vez más, surgió el grupo Muerte a Secuestradores (MAS), un grupo armado paramilitar financiado con dineros provenientes del narcotráfico y con apoyo logístico de miembros del Estado. “Los narcotraficantes de todo el país, con la participación de algunos militares, convocaron a una cumbre en Medellín para crear el MAS, una organización que se dedicaría a combatir a las guerrillas” (Ronderos, 2014, p. 41). El grupo fue creado en 1981 en respuesta al secuestro de Martha Nieves Ochoa por miembros del M-19, quienes pedían 12 millones de dólares por su liberación.³³ Martha era hija de Fabio Ochoa, y hermana de Fabio y Juan David, miembros del cartel de Medellín y conocidos terratenientes.

En abril de 1989, cuando el gobierno de Virgilio Barco expidió el primer decreto concreto (813 de 1989) para “combatir los escuadrones de la muerte, bandas de sicarios o grupos de justicia privada, en sus considerados incluyó esta frase: “equivocadamente denominados paramilitares”, como queriendo decir que una cosa eran los paramilitares y otra muy diferente, estas formas de

³² Inicio de la aplicación práctica del Plan LASSO. Portal Web EcuRed. https://www.ecured.cu/Inicio_de_la_aplicaci%C3%B3n_pr%C3%A1ctica_del_Plan_LASSO Revisado el 29/11/2019

³³ Verdad Abierta: <https://verdadabierta.com/muerte-a-secuestradores-mas-los-origenes-del-paramilitarismo-/> Consultado el 04/06/2018

escuadrones de la muerte. La distinción hecha por el ejecutivo, podría tener uno de dos significados, o los dos: diferenciar a los paramilitares de los escuadrones de la muerte para evitar su relacionamiento con las fuerzas del Estado; o mucho más grave, alivianar la carga simbólica al término paramilitar al diferenciarlo de “formas más sucias” como el MAS.³⁴

A pesar de la urgencia de esa sentencia, en la práctica de los manuales de contraguerrilla del Ejército nunca se eliminaron las manifestaciones de autodefensa. Incluso, en el ámbito político, hacia agosto de 1989, como lo reseñó la Revista Semana, la controvertida Asociación de Ganaderos del Magdalena Medio (Acdegam), encabezada por Iván Roberto Duque, después llamado “Ernesto Báez” en el medio delictivo, no tuvo problema para lanzar su proyecto político Movimiento de Restauración Nacional (Morena)³⁵, un pequeño partido político que anunciaba su odio a las organizaciones sociales y a los sindicalistas y su defensa de los "valores cristianos". En medio del narcotráfico, el terrorismo en las ciudades, y el ascenso paramilitar que se sumaba a una situación fuera de control, el gobierno Barco reconoció, como se cita en El Espectador, la omisión histórica cuando ya no podía reestructurar sus políticas de seguridad.³⁶

Lo paradójico es que no pasó mucho tiempo para que el Estado se volviera a “equivocar” en la misma materia. Fue en febrero de 1994, cuando el gobierno de César Gaviria, con la firma de su ministro de defensa, Rafael Pardo, expidió el decreto ley 356 de 1994, enmarcado como Estatuto de Vigilancia y Seguridad Privada, que sirvió de plataforma para la creación de las llamadas Convivir. Esa norma fue la base para que el gobierno Samper, a través de las resoluciones 368 de 1995 y 7164 de 1997, la reglamentara oficialmente. El gobernador de Antioquia de ese entonces, Álvaro Uribe Vélez, promovió las Convivir en el departamento como un plan que él defendía como proyecto de seguridad legítimo; sin embargo, según la revista Semana, en las actas de constitución de las Convivir en el Urabá antioqueño figuran los nombres de importantes

³⁴ Además de la legislación antes expuesta que permitió el surgimiento y desarrollo de las estructuras paramilitares en Colombia, otra vez el Estado colombiano, por acción y por omisión, terminó avalando el proyecto paramilitar. Las fuerzas armadas actuaron en diversas ocasiones con el MAS. Según el informe de la procuraduría de febrero 20 de 1983, “a la luz de las pruebas recogidas hasta el momento existían cargos suficientes para vincular procesalmente a 163 personas; de ellas, 59 en servicio activo de las Fuerzas Armadas”. Sólo 33 pudieron ser identificados plenamente.

³⁵ “El sucesor de Castaño” Semana. 6 de junio de 2004. Consultado el 05/05/2020 https://web.archive.org/web/20070318081014/http://www.semana.com/wf_InfoArticulo.aspx?idArt=79410

³⁶ “Prohibición del paramilitarismo, una reforma que levanta ampolla” El Espectador. Consultado el 05/05/2020 <https://www.elespectador.com/colombia2020/politica/prohibicion-del-paramilitarismo-una-reforma-que-levanta-ampolla-articulo-855714>

miembros de las AUC³⁷ que luego se desmovilizarían en un proceso también liderado por Uribe Vélez. Las cooperativas de seguridad privada sirvieron entonces de fachada para lo que sería después el proyecto paramilitar de carácter nacional entorno a las Autodefensas Unidas de Colombia en 1997. En la siguiente gráfica se ilustran algunas normas relacionadas con la creación de grupos de autodefensa en Colombia:

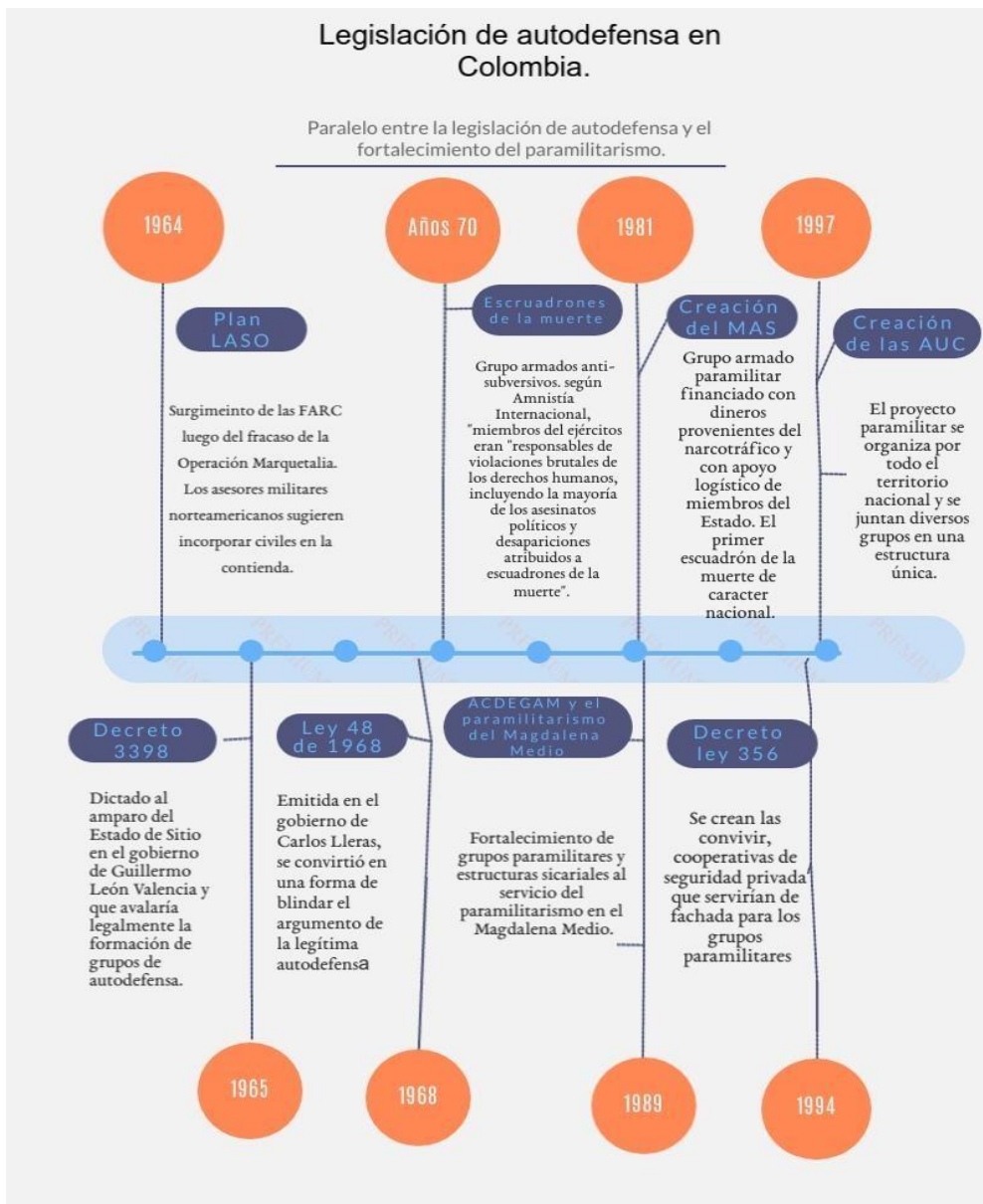


Figura 6. Legislación de autodefensa en Colombia. Elaboración propia. (2020)

³⁷Álvaro Uribe, entre las 'Convivir' y las AUC, Artículo de opinión- Resvita Semana. <https://www.semana.com/opinion/articulo/alvaro-uribe-entre-convivir-las-auc-opinion-juan-diego-restrepo/358144-3> Consultado el 04/06/2018

A pesar de los estragos en materia social, el deterioro notorio de la seguridad por los enfrentamientos y las cifras escandalosas de homicidios, masacres y desapariciones forzadas, no fue sino en agosto de 2017 que se prohíbe el paramilitarismo en Colombia.³⁸ Si bien es cierto que los grupos paramilitares habían atravesado un proceso de desmovilización en la década anterior, no deja de llamar la atención la apatía del poder legislativo y también la indiferencia del ejecutivo frente a la prohibición del paramilitarismo. El Proyecto de Acto Legislativo 015/2017 Cámara-004/2017 Senado, quedó aprobado y a través del mismo "se dictan posiciones para asegurar el monopolio legítimo de la fuerza y del uso de las armas por parte del Estado". Sin embargo, el Consejo Gremial Nacional que aglutina a las principales organizaciones privadas del sector económico le planteó al Congreso abstenerse de continuar el trámite de una reforma constitucional que prohíbe el paramilitarismo en Colombia por considerarlo un proyecto con "fines políticos".³⁹ No sólo se hacen evidentes los apoyos logísticos y económicos a los grupos paramilitares por parte de sectores económicos como empresarios y ganaderos, sino que también existió una fachada legislativa que permitía otro tipo de apoyos y alianzas y, además, servía para ocultar actividades a todas luces ilícitas; pero también, los gremios económicos expresaron su preocupación porque la prohibición del paramilitarismo pueda "tener fines políticos".

Los nexos entre empresarios y paramilitares son bien conocidos; por ejemplo, el mercenario Israelí Yair Klein, traído a Colombia para entrenar grupos paramilitares dijo en una de las entrevistas a Olga Behar y Clara Ardila (2013):

El representante de los bananeros nos recibió en el aeropuerto El Dorado de Bogotá...Me agradeció por venir (el director de los bananeros), me dijo que al otro día me iba a encontrar con el comandante general de las fuerzas armadas (p. 38).

A continuación, también se presenta una situación que en su momento fue denominado por la prensa como "parapolítica", haciendo referencia al copamiento del congreso por parte de los paramilitares. Este fenómeno también se puede entender de forma inversa o mucho más probable

³⁸Cámara aprueba proyecto de ley que prohíbe paramilitarismo en Colombia. Noticias TeleSur. <https://www.telesurtv.net/news/Camara-aprueba-proyecto-de-ley-que-prohibe-paramilitarismo-en-Colombia-20170829-0048.html> Consultado el /26/05/2018

³⁹Prohibición del paramilitarismo, una reforma que levanta ampolla. El Espectador. <https://colombia2020.elespectador.com/politica/prohibicion-del-paramilitarismo-una-reforma-que-levanta-ampolla> Consultado el 15/05/2018

como una alianza que presentaba intereses políticos complementarios entre la clase dominante y los grupos paramilitares, que sirve para comprobar que el paramilitarismo no fue un fenómeno desligado de intereses políticos, de interés estatales o de intereses económicos.

Como ya se ha mencionado antes, en la década de los noventa, diversos grupos paramilitares conformaron de una entidad mayor, de influencia nacional, denominada Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). En la génesis y desarrollo histórico de los grupos paramilitares estuvieron involucrados agentes del Estado como policías y militares,⁴⁰ también figuras políticas y sectores de la sociedad. Dicho apoyo, estallaría luego en forma de escándalo nacional conocido como *parapolítica*.

Para el año 2013, habían sido condenados 60 congresistas por sus vínculos con grupos armados ilegales dentro de este proceso por parapolítica. Igualmente habían sido condenados numerosos funcionarios del Estado así como alcaldes y gobernadores de diferentes regiones del país, después de que se conocieran afirmaciones del jefe máximo de dicha organización, Salvatore Mancuso, en las que aseguraba que un 35 por ciento del Congreso "eran amigos" de su organización.⁴¹

En el año 2005 el ex director del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), organismo de inteligencia del Estado, Jorge Noguera Cotes fue investigado por diferentes acusaciones, entre otras, las del ex jefe de informática del organismo, Rafael García, testigo clave del proceso en el que se sospechaba que el director del DAS había puesto este organismo de inteligencia al servicio de las autodefensas del norte del país. Posteriormente esto se comprobó y así lo expresa Velásquez (2007),

El DAS, a los paramilitares, les suministró información de inteligencia sobre sindicalistas, dirigentes de izquierda y líderes populares que fueron posteriormente asesinados, borró de sus bases de datos los prontuarios de narcotraficantes y paramilitares, les legalizó el porte de armas, les otorgó facilidades para el desplazamiento consistente en vehículos blindados y seguridad personal o escoltas. (p. 144)

⁴⁰ Velásquez, E. (2007). «Historia del paramilitarismo en Colombia» (HTML). *História* (São Paulo) 26 (1): 134-153. Consultado el 06/06/2018

⁴¹ El escándalo de la 'parapolítica' en Colombia, El País. https://elpais.com/internacional/2007/02/20/actualidad/1171926006_850215.html

El Centro Nacional de Memoria Histórica, por su parte, hizo su propio análisis refiriéndose a las alianzas entre el estado colombiano y el paramilitarismo en Antioquia:

...La derrota de las guerrillas no sólo dependió de su capacidad militar, sino de los vínculos de actores armados con instituciones gubernamentales. Así lo indican los resultados de la investigación realizada por el Instituto Popular de Investigación y la corporación jurídica Libertad sobre la impunidad en Antioquia y en Medellín se hizo posible gracias a la cooptación de la fiscalía seccional, durante el periodo de Luis Camilo Osorio como fiscal general de la nación -2001-2005. (CNMH, 2017, p. 152).

Los paramilitares, aparentemente formados para combatir a las guerrillas presentes en el territorio colombiano, derivaron también su accionar de guerra y terror hacia la población civil, especialmente hacia líderes políticos de izquierda, líderes sociales, sindicales y estudiantiles, poblaciones campesinas, indígenas y afrocolombianas, generando desplazamiento forzado en inmensas proporciones producto en su mayoría del terror como estrategia de guerra, evidenciada en masacres, asesinatos, torturas, desapariciones forzadas, etc. (GMH, 2013). El listado de hechos victimizantes, no sólo es desconocido por buena parte de la población colombiana, sino que además existe una confusión sobre los actores que provocaron los hechos, en gran medida debido al papel de los medios masivos de comunicación que se han encargado de construir al enemigo (Mesa, 2016), de tal manera que quienes disienten del estado y las instituciones son vistos como “colaboradores del terrorismo”

Los medios de comunicación pueden interpretar el conflicto suscribiendo la lógica de alguno de los actores armados, en cuyo caso les resulta muy fácil identificar quién es el enemigo: basta con escuchar las declaraciones de guerra de aquel al que apoyan. Cuando esto sucede, los enemigos reales de los actores armados y las imágenes del enemigo que discurren por la prensa coinciden (p. 60).

El *desvío de la opinión pública* ha sido evidente en lo que al fenómeno paramilitar refiere, esto dijo el jefe máximo del Estado, Álvaro Uribe Vélez el 7 de diciembre del 2006: “No hay que confundir paramilitares con criminales” (Camargo, 2007 p. 206). Esta expresión, proveniente del presidente de la república es más que preocupante, puesto que evidencia una especie de pacto sellado entre grupos armados de extrema derecha y la clase política tradicionalmente a cargo del Estado y las instituciones. Los ejemplos son claros y abundantes, “El Jefe de Estado señala a sus

opositores como “terroristas vestidos de civil” y a periodistas independientes como “voceros de la guerrilla”, es decir, su paradigma es similar al de los paramilitares” (Velásquez, 2007, p. 144).

Siguiendo con la línea propuesta por Velásquez, se puede notar como el autor sugiere que las fuerzas paramilitares llevaron a Colombia a un claro retroceso en materia de política social, materializando las intenciones de una clase gobernante apática de los reclamos sociales y de reformas profundas que tuvieran una incidencia positiva en la vida económica y social de las personas:

El paramilitarismo en Colombia, transformó a este país. Borró de un plumazo los múltiples intentos de reforma agraria. Incidió en la configuración de nuevas características demográficas y con ellas la agudización de problemas ligados a las necesidades básicas insatisfechas, fenómeno determinante en la pauperización de la mayoría de la población. Estimuló la degradación de la guerra. En el ámbito social, familiar e individual afianzó valores como el lucro fácil, el consumismo, la intolerancia, la agresividad, la justificación de cualquier medio para alcanzar un fin, el despilfarro y la ostentación. Coadyudó en la polarización de la sociedad. Contribuyó a la consolidación de una ética política basada en el señalamiento, la estigmatización, la exclusión, la corrupción, el clientelismo armado y la violencia (Velásquez, 2007, p. 150).

El paramilitarismo entonces parecía ser una amalgama de grupos armados que no tenía un objetivo político más allá de derrotar militarmente a las guerrillas, pero, coincidió siempre con la visión propuesta por los dirigentes históricos, la clase dominante y se alió con ellos de manera sistemática. Coincidió también con valores tradicionales y con ello, sumó apoyos entre la población más conservadora movida por el miedo al cambio, miedo inyectado y acrecentado por los medios de comunicación.

En una entrevista en marzo de 2017, Susana Noguera le preguntó a Daniel Kovalik, -abogado experto en derechos humanos y profesor de la universidad de Pittsburg- sobre la desaparición forzada:

-Según cifras del Centro Nacional de Memoria Histórica, los paramilitares son responsables de más del 45 % de las desapariciones forzadas, a las guerrillas se les atribuye el 20% ¿Cómo explicar esta diferencia?

-“Eso pasó porque la guerra del Ejército y los paramilitares terminó siendo contra el sector social. Después de un tiempo se desdibujó tanto que se enfocó en líderes sindicales, campesinos e indígenas...”⁴²

Hubo entonces, como se ha intentado mostrar, un trabajo conjunto entre los paramilitares, la clase política y los grandes gremios económicos y las fuerzas armadas del Estado, para instaurar un régimen de terror que permitiese ralentizar o eliminar la escalada de movimientos sociales y por consiguiente, de reformas profundas al orden económico y político de Colombia.

En la investigación de Behar & Ardila (2013), queda expuesto también el orden moral que intentaron imponer a las poblaciones. Cuenta Yair Klein que en una de las reuniones que sostuvo con el alcalde de Puerto Boyacá y otros funcionarios del Estado, cuando se bajaba de su carro, se disponía a cerrarlo porque ahí tenía su maleta; en ese momento, el alcalde le dijo: “No lo cierres, nadie te va a quitar nada. En esta ciudad no hay ladrones, no hay homosexuales, acá todo camina derecho. Esta es la Colombia que queremos”. (p.44)

¿Cómo estuvieron formados moral y militarmente los ejércitos paramilitares para que pudieran llevar a cabo su labor mercenaria? ¿Cómo pudieron haber hecho lo que hicieron?

Cuando le pregunté al profesor Francisco Lopera, -que en su momento impartió clases a combatientes desmovilizados- cómo pensaban aquellas personas me dijo:

Ellos son una fuerza instrumental de reproducción social, de desclasamiento. En este sentido, no tienen una conciencia de arraigo ideológico, sino una implantación e imposición de la idea del poder y la obediencia patronista como dicta la moral económica e históricamente feudal.

Seguidamente pregunté, -aseverando primero que así era básicamente cómo funcionaban los ejércitos, por órdenes y por imposición- ¿Entonces cuál es la particularidad con los paramilitares de Colombia?

La particularidad que considero de base para entender el paramilitarismo en Colombia, es que es la máquina de guerra que representa la protección de los medios de producción, que fueron creados por las élites de forma paralela de ahí se deriva su nombre:

⁴²Entrevista a Daniel Kovalik, El Espectador. <https://colombia2020.elespectador.com/justicia/en-el-estado-colombiano-hay-mucha-negacion-sobre-los-paramilitares>

paramilitares; porque eso es una máquina de guerra paralela a las máquinas de guerra legalmente establecidas. La brecha económica y social en Colombia es tan grande que el paramilitarismo surge como una respuesta de blindaje a los medios de producción para que el proletariado, o las clases bajas, o en última instancia las guerrillas, tuvieran una especie de confrontación o de trampas para acceder a los medios de producción. Entonces el paramilitarismo es la respuesta de las élites a los procesos revolucionarios de base en Colombia. La segunda particularidad, es que el paramilitarismo es la respuesta líquida al conflicto. Las máquinas de guerra que alimentan el paramilitarismo han ido de un lugar a otro, son como multidimensionales, multifacéticas, nosotros tenemos guerrilleros que fueron paramilitares, paramilitares que fueron guerrilleros... Entonces esa liquidez lo que nos permite entender es que el conflicto social y armado en Colombia tiene particularidades muy interesantes frente a la fluctuación identitaria del conflicto, que eso es algo muy curioso, uno ver cómo un paramilitar dentro de su estructura de vida o historia de vida primero fue guerrillero, luego fue policía... Y terminan acomodándose.

Estuve pensando un momento sobre lo que él me decía, y justo cuando me disponía a preguntar cómo se podía llevar a tantas personas a ese punto de cooperación bajo el engaño y el aprovechamiento, él prosiguió:

Las máquinas de guerra del paramilitarismo, no eran sólo formas para defender una moral elitista, y un modelo económico más feudal que capitalista, sino también para entender o pretender entender que lo que se saliera de esas lógicas morales o de pensamiento era para atacar o dar de baja. Entonces, por eso todo aquello que representara una vulneración a los medios de producción de riqueza y a las élites, eran considerados elementos fuera del orden y los elementos fuera del orden había que eliminarlos. El paramilitarismo es quizá, la máxima estética de desclasamiento que han tenido las bases populares en Colombia.

El profesor continuó su argumento sin apenas tiempo para permitirme pensar en una pregunta, que además sobraba en la conversación, porque su discurso no sólo no se interrumpía, sino que era cada vez más contundente.

Lo que pasa es que ellos obedecen a una verticalización de las relaciones de poder. Había un caso muy gracioso, por ejemplo. En el 2006 nos llegan los pelaos' del Cacique

Nutibara y del Bloque Norte, comuna 1 y comuna 3 de Medellín. Nos llegan a las instituciones educativas del barrio Bello Oriente y del Barrio La Cruz. Cuando te digo que lo curioso es la verticalización de las relaciones de poder, cómo es que funciona una conciencia de obediencia; es decir, en su estructura tenían un comandante al cual tenía que obedecer, en el colegio éramos nosotros, lo que demuestra una falta de empoderamiento y una labor de obediencia y eso también se da porque ellos no habían desarrollado una estructura crítica ni un proceso lógico de por qué pertenecían a esa estructura. Nosotros los colombianos hemos sido formados precisamente para responder a esas verticalidades. Estamos formados para responder a órdenes: en la casa le obedecemos al papá, en la finca al capataz, en la fábrica al patrón. Delegamos la responsabilidad sobre la estructura productiva de la conciencia. (Conversación personal, 2019).

Puede afirmarse que existió entonces, como se acaba de mostrar, una estrategia internacional de contención del comunismo amparado en la Doctrina de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, que en la realidad aplicó para cualquier tipo de gobierno alternativo y cualquier forma de pensamiento disidente, que posteriormente fue adoptada por el Estado colombiano y sus fuerzas armadas, así como por las élites económicas que vieron sus emporios amenazados por la escalada de insurrecciones populares. El paramilitarismo fue el instrumento usado por la clase gobernante de Colombia, y por la clase que posee y monopoliza los medios de producción, que lo usó básicamente para impedir el acceso al poder de la población de base en Colombia. Según Iván Cepeda Castro, en un documento publicado en el Equipo Nizkor (2003),

Este auge -del paramilitarismo- se produjo cuando se pusieron en marcha dinámicas de transformación política en el país que afectaron las hegemonías tradicionales, trátase de procesos de paz, de descentralización o de apertura política. Así ocurrió, por ejemplo, con las modificaciones que introdujo a nivel local la elección popular de alcaldes y gobernadores, o con las reformas políticas de la Constitución de 1991, que ampliaron la participación social. Otros estudios señalan que en varias regiones del país los empresarios y terratenientes procedieron, con la ayuda de las fuerzas militares, a la conformación de "grupos privados de seguridad", bien fuera para protegerse de la acción extorsiva de la guerrilla o para defender sus propiedades de los reclamos de campesinos

desplazados, y para resolver por las vías de hecho los conflictos con organizaciones sindicales (p. 2)

La obediencia, la estructura cerrada del grupo armado donde ninguno cuestionaba, la construcción del adversario político como enemigo que debe ser asesinado, la estrategia de “romper por la fuerza” la unidad de los movimientos sociales y las tácticas de violencia desmedida fueron las condiciones básicas que permitieron que el accionar paramilitar fuera sumamente violento y que pretendiera imponer un orden social, político y moral, que no se podía por medios legales. Para esa imposición, buscaron generar un control social por medio del miedo y del terror, y esos son precisamente los temas que competen a los apartados que siguen a este.

3.2 El control social de las poblaciones: pedir permiso para poder vivir.

“Cuidado con el hombre que habla de poner las cosas en orden. Poner las cosas en orden siempre significa poner las cosas bajo su control.”

Denis Diderot

Los paramilitares en Colombia impusieron varias formas de control social, todas ellas encaminadas a expulsar a las poblaciones para la apropiación de tierras, o bien, confinar a las poblaciones o dirigir sus acciones y conductas, de manera que los paramilitares tuvieran conocimiento absoluto de lo que estaba pasando en el ámbito económico, político y social. El confinamiento no se aplicaba siempre, puesto que en muchas ocasiones los paramilitares desplazaron forzosamente a cientos de miles de personas. Desplazar a las poblaciones o no hacerlo, respondía a estrategias en medio de la guerra y a la acumulación de tierras o el “despeje”

de zonas que luego serían megaproyectos de infraestructura, otra de las formas de alianza entre la clase política y económica dominante y los paramilitares.⁴³

Las formas de control social más comunes, que se repitieron por todo el territorio nacional, fueron básicamente los toques de queda y la “presentación” con el comandante o también llamada empadronamiento. De la misma forma, los paramilitares hacían gala de su poderío militar estableciendo retenes en diferentes puntos del país y controlando así la movilidad de las personas, pero también obteniendo información que les permitiera el control, como la cantidad de alimentos que compraban, la recurrencia con la que se desplazaban entre zonas rurales y urbanas, las personas que vivían en un hogar, entre otras. Se trataba de confinar o restringir la movilidad de la gente mediante retenes para realizar acciones armadas o demostrar fuerza; por su parte, el empadronamiento era una especie de presentación con el comandante de la zona para informarle todo lo relacionado con la propia existencia y la de los demás: movimientos rutinarios, forma de sustento, número de familiares, lugar de residencia, y por supuesto, afiliación política. Las extorsiones comúnmente conocidas como vacunas también fueron un fenómeno nacional.⁴⁴

El control social se puede entender como las formas de adecuación de conducta que se pretenden plasmar en una población, o que planean imponer o mantener un orden establecido. Ese orden establecido o que se pretende implantar es el *orden social*, que según Pegoraro (2013) “es una forma de dominación con sus jerarquías y desigualdades, siempre es inestable y donde se producen conflictos y acciones violentas” (p. 24). Se trata entonces de impedir que las personas realicen ciertos actos que no se consideran permitidos en el orden social o evocarlos a que actúen en consonancia con ese orden. La ley es una forma de control social con la que suele mantenerse el orden social, el cual no es necesariamente la visión mayoritaria de lo que la sociedad debería ser. Por eso las expresiones contrarias al orden social, son rápidamente reprimidas bien sea desde la legislación, o desde desaprobación de los otros que muchas veces se torna violenta.

⁴³ El caso más representativo en Antioquia se encuentra en los municipios de Urabá. Así mismo, el CNMH ha denominado a este proceso como *tierra arrasada*.

⁴⁴ Las extorsiones no fueron un fenómeno exclusivamente paramilitar. Las guerrillas también cobraban extorsiones. Sin embargo, existió una diferencia, puesto que las guerrillas tenían un “impuesto al gramaje” donde cobraban a los narcotraficantes que tenían laboratorios en los territorios que ellos dominaban y también obligaban a pagar a grandes hacendados y empresas asentadas allí. Por otro lado, los paramilitares exigían una “colaboración” a los pequeños comerciantes de los pueblos donde ejercían su soberanía y en ocasiones a los mismos pobladores.

El control social, visto como una forma impositiva paramilitar, difiere de las formas disuasivas y de las leyes en tanto pretende ordenar al mundo con un código ajeno a lo propuesto desde la legalidad, y a través de normas arbitrarias que suelen ser excluyentes y que propone como objetivo militar a los sujetos que contempla ajenos a su código. Esto quiere decir que las personas que no entran en el orden social paramilitar pueden ser violentadas, hasta el punto de ser asesinadas.

En las disputas armadas, sobre todo en las de índole interna, existen otros intereses además de los estrictamente militares, haciendo énfasis en lo que concierne a la población civil; esto es, ganarse su apoyo, tener informantes, acceder a circuitos económicos, etc., que se logran por medio de la violencia o la intimidación. Stathis Kalyvas explica que una considerable cantidad de violencia en las guerras civiles (y conflictos internos) carece de utilidad militar convencional y no tiene lugar en el campo de batalla:

El paramilitarismo fue un movimiento ultraconservador. Pugnaba por preservar un “orden” natural de la sociedad colombiana en el que los valores tradicionales eran fundamentales. Es así como la supresión de la diferencia se volvió fundamental para controlar e intentar “ordenar”. Así fue como se dieron fenómenos como las “limpiezas sociales” en donde asesinaban sujetos que se encontraban “por fuera del orden” (2010, p. 40).

Esa inclusión de los civiles en la contienda, bien sea como población a controlar o como segmento a ser atacado, terminan generando procesos de violencia y de control social. La idea era y sigue siendo ordenar, y ese orden consiste en la normalidad. Lo normal es lo común, lo corriente, lo que no rompa los esquemas ni se sale de la estadística. Lo anormal o el desorden es entonces todo aquello que trasgreda los estándares de esa sociedad normalizada. Así también lo considera Eric Lair, en su texto *Reflexiones acerca del terror en escenarios de guerra interna* (2003),

Tan es así que la guerra se libra, en muchas zonas, “contra los civiles” para parafrasear una expresión extraída de la literatura sobre los conflictos armados contemporáneos. Por controvertible que sea, la idea de “guerra contra los civiles”, trata de poner de manifiesto la sistematización de los ataques a la población, a veces sin considerar la edad ni el género. (p. 96).

Se trató en general de la lógica absurda de no levantar la cabeza, de parecer del montón, de no ser una amenaza, es decir, de no ser. En otras palabras, “si no estás conmigo, estás contra mí.” En este punto se hace necesario plantear una distinción entre el control social y los medios para ejercer violencia. A pesar de ser complementarios, se deben distinguir porque generalmente el control social es producto de los repertorios de violencia ejercidos por un grupo armado o por la reputación de ese grupo armado con la violencia.

El profesor Bladimir Ramírez, quien ha trabajado durante muchos años con estos temas de conflicto armado en el Oriente antioqueño, hizo la distinción en una de las conversaciones que tuvimos:

Una cosa...una cosa son los mecanismos de regulación y de control de la población, lo otro son los repertorios de violencia. El Bloque Metro –estructura paramilitar que operó en el Oriente y en Guarne- es una estructura que rompe territorio, por eso es que hoy por hoy no vamos a conocer mucho la verdad del paramilitarismo, porque es que el Bloque Metro no se desmoviliza y el Bloque Metro fue el que cometió más repertorios de violencia. Los repertorios de violencia son diez según el criterio internacional: homicidio selectivo, asesinato múltiple, masacre, desplazamiento forzado, desaparición forzada, lesiones personales, violencia sexual, amenaza, tortura, despojo y abandono de tierras. Luego esos territorios del Bloque Metro van a ser ocupados por el bloque Héroes de Granada. El Bloque Héroes de Granada era más de consolidación, o sea, implementa más...implementa más eh...

El profesor sabía que lo que estaba diciendo era muy importante para este trabajo, puesto que él conocía el tema y los objetivos, por eso interrumpió su propio discurso y mirando la grabadora de voz me dijo:

“¿Eso sí está grabando?”

Yo aseveré con la cabeza y él continuó:

Implementa más mecanismos de control y regulación de las poblaciones, -refiriéndose al Bloque Héroes de Granada- ¿Cómo qué? bloqueos alimentarios, toques de queda, sanción y limpieza social, allanamientos ilegales, confinamiento, empadronamiento, ¿sabe qué es el empadronamiento? El empadronamiento es que usted,

es que usted llega a un pueblo y usted tenía que presentarse donde el comandante paramilitar y ellos se quedaban con su cédula, usted tenía que pedirles permiso a ellos. Entonces es eso, hay que separar mecanismos de control y regulación poblacional de los repertorios de violencia. Ese es el asunto (Conversación personal, 2019).

En todo el territorio colombiano, donde los paramilitares tuvieron incidencia, se vivió alguna forma de control social: toques de queda, fronteras invisibles, extorsiones, “limpiezas sociales”, patrullajes, empadronamientos, amedrentamientos, amenazas, etc. De todas ellas, la más común y la más usada fue la amenaza cotidiana de violencia desmedida. Las personas sabían que no debían desobedecer ni mucho menos contradecir la voluntad del grupo armado por temor a las represalias. Además, es posible incluir dentro de la lista, una forma de control que surge dentro de la población y es consecuencia directa de la estrategia paramilitar que buscaba informantes y asesinaba informantes del enemigo. Así, los mismos pobladores usaron la difamación y la sospecha para saldar cuentas con vecinos y rivales, creando un ambiente de desconfianza y de zozobra que empujaba a las personas a refugiarse en el poderío militar de los paramilitares, cosa que no les confería sólo legitimidad, sino también, la capacidad de controlar aún más los destinos de las personas.

Por supuesto, se propone aquí un análisis sobre el control social que el paramilitarismo produjo en el municipio de Guarne a partir de los mecanismos del terror y del miedo, como estrategias de guerra o como producto de un exceso de violencia o de reputación de violencia y que permitieron en gran medida, instaurar un régimen moral, político y militar, en el cual la población era objeto de control, pero sobre todo, de sospecha.

En el municipio de Guarne se aplicaron todas esas formas de control social, amparadas sobre todo en la omnipotencia de los hombres armados, puesto que éstos eran los “dueños de la zona” y nunca se presentaban las fuerzas del Estado. En cierta ocasión conversaba con una señora que había trabajado con las brigadas de salud del hospital municipal y debía visitar las veredas del municipio en esa época. Cuando le pregunté si ellos –en referencia a la población- conocían o permutaban con los paramilitares, ella respondió inmediatamente, contándome además su propia experiencia:

Sí, normal. Hasta hablamos con algunos de ellos. Había, pero no recuerdo nombres, un comandante, muy amable por cierto, yo no puedo decir que nos trató mal. En varias

ocasiones que yo me llegué a encontrar con ellos, me preguntaban qué estaba haciendo, como en un par de ocasiones pidieron documentos, pero uno siempre tenía que andar uniformado, entonces ya ellos como que con eso les bastaba, pero, en esa ocasión sí lo recuerdo mucho, porque siempre estuvimos hablando un rato con ellos, el comandante nos preguntó de dónde éramos, de qué se trataba el trabajo que estábamos haciendo... como íbamos hacer una brigada de vacunación en el parque, que también le diera información sobre eso... inclusive nos pidió unas dosis de vacunas para ellos y con los datos de nosotros, nos dijo que él se encargaba de tramitar las vacunas por el hospital y que nosotros subiéramos aplicarlas pero eso menos mal nunca se dio.

Evidentemente ellos “pedían” amparados en una relación asimétrica de poder, donde la población amedrentada por las armas, debía obedecer. La señora continuó su relato, brindando ejemplos de sus encuentros con los paramilitares:

En alguna ocasión que nos estaba cogiendo la tarde para que fuera el carro recogerlos, un día que estuvimos hablando con el señor de ahí de la tienda, -En la vereda la Enea- entonces nos dijo -el comandante paramilitar-, “los está cogiendo la tarde para que venga el carro a recogerlas y fuera de eso yo no tengo con qué bajar. Yo me voy a llevar ese carro al campamento y ahora más tarde que las recoja a ustedes, pero si se pasa el carro de las cinco de la tarde para ir por ustedes, ya acá no puede entrar”. Entonces uno era cruzando los dedos, rezando que sí nos fueran a recoger rápido. Da la casualidad que en ese momento bajaba una camioneta con un señor, una camioneta blanca y éste que decía ser el comandante, le dijo que para que se fuera a llevarlo al campamento, el señor le dijo que no, que él venía pa' Yolombal y luego regresaba. Luego llegó un chiverito y él se fue para el campamento. Al ratico llegó el carro del hospital por nosotros. Cuando nosotros veníamos bajando por Mejía -vereda La Mejía-, subía la camioneta blanca con el señor que había dicho que venía pa' Yolombal y luego al otro día que nosotros volvimos a seguir trabajando, estaba la camioneta ahí en las partidas para la Enea y El Palmar, estaba la camioneta sola, sin llantas y del señor nunca se supo nada más (Conversación personal, 2019).

Así como lo refería la señora en su historia, -que pidió no usar su nombre por seguridad- son muchos los ejemplos de ese tipo de amedrentamientos a la población, pero sobre todo, del

despliegue permanente de poderío bélico que imposibilitaba la resistencia o la desobediencia. Todo esto, como ya se dijo, con el interés de adecuar la conducta de la población para que los respetara, obedeciera y sobre todo, para que los temiera y no dudara en colaborar. Finalmente se trataba de generar patrones de comportamiento inofensivos para quienes dirigían esta estrategia, es decir, los paramilitares y sus aliados de las clases políticas y económicas.

El municipio de Guarne no fue la excepción. El rumor entre la población guarneña de aquellos primeros años de la presencia paramilitar en el municipio (1997-2000), era que existía un pacto entre las instituciones y los paramilitares. ¿Cómo entonces podría haber pensado la población en algún tipo de protesta o de rechazo a sus dirigentes? ¿Cómo podría la población manifestarse frente a lo que estaba sucediendo con los paramilitares si creían o sabían que existía una alianza entre ellos y la alcaldía? En el mejor de los casos, si la alcaldía y sus funcionarios también estaban sometidos a la amenaza paramilitar, ¿cómo saberlo siquiera? Las preguntas también eran peligrosas.

Doña R me explicaba que “hasta hablar con los vecinos era peligroso, era motivo de sospecha”. Eso ocurría en las veredas próximas a la autopista Medellín-Bogotá, cercanas al municipio de Rionegro, como Chaparral o Berracal; mientras que en las veredas al otro lado, en dirección a Medellín como el Alto de la Virgen, Batea Seca y Romeral, la situación no era muy distinta. “Pues yo salía y a uno lo paraban por ahí y que pa’ dónde iba o que qué hacía uno”. Esa fue la respuesta de Don Ariel, un habitante del sector El Romeral, cuando le pregunté si los paramilitares les impedían hacer algo o les decían qué hacer. Así describía un día normal de camino a su trabajo cerca de su lugar de residencia. Don Ariel también tenía un carro tipo campero, en el que hacía viajes a otras veredas. En otras conversaciones, me refirieron en varias ocasiones, que los transportadores habían tenido muchos problemas en aquella época, con este señor no fue la excepción: “Uff, por allá lo paraban a uno -En Yolombal-, que, ¿para dónde iba?,

¿que quién era uno? que tal cosa...

Don Ariel miraba al suelo mientras me contaba la historia y hacía pausas largas como esperando otra pregunta.

-¿Y era gente armada?

- Claro

-¿Con uniformes también?

: ¡No!, eran así de civil.

¿Y ellos cómo se hacían llamar o quiénes eran?

Las AUC. No, por ejemplo a uno lo paraban, cuando subía el pavimentado ahí mismo salía un man y le ponía la mano así a uno que parara, entonces ya uno paraba, ¿qué hubo, pa´ dónde va?, entonces ya uno le explicaba pa´ donde iba, qué llevaba (conversación personal, 2019).

Así confluyen testimonios de varias personas en diferentes momentos y lugares dentro del municipio de Guarne por la época que se aborda en este trabajo, 1997-2006. Estas normas no escritas, y sobre todo esas formas de impedirles a las personas que hicieran ciertas cosas o de obligarlos a hacer ciertas otras, es lo que se considera control social. En conversaciones mucho más cortas la gente que habitaba diferentes zonas del municipio me decía “uno ya sabía que se tenía que entrar”, o “a las siete de la noche ya todo el mundo estaba encerrado”, o “Si uno escuchaba algún vecino gritando, uno no se asomaba, así supiera habían ido por alguno”. Este tipo de frases eran repetitivas en los testimonios, por lo que anoté algunas en el diario de campo para poder pensar más detenidamente sobre ellas.

Para Mathieu Deflem, el control social trata de integrar a los individuos al grupo social haciendo que se autocorrijan (2015, p. 31), esto es, haciendo que los individuos respondan en concordancia con quienes imponen su manera de pensar. Entonces, cuando los paramilitares trataban de establecer una serie de normas encaminadas a adecuar las conductas de los individuos, el punto culmen era que aquellos individuos supieran qué era lo que no podían hacer y actuaran en consecuencia, reflejándose en el comportamiento “tranquilo y no problemático” del colectivo. En otras palabras, la finalidad del control social era que los individuos se autorregularan y obraran como vigilantes de sus propios conocidos, esparciendo el rumor del miedo o simplemente pensando en la normalización como única forma de supervivencia.

Como ya se ha mencionado, el miedo y el terror fueron fundamentales para imponer y mantener este orden, para controlar a la población y hacerles sentir una amenaza tan latente que ni siquiera tuvieran que estar vigilándola. A continuación, se abordan ambos conceptos desde la perspectiva

de la violencia y los conflictos armados, con la finalidad de afianzar la comprensión de los hechos que marcaron la memoria histórica del municipio de Guarne que aquí se intentan narrar.

3.3 Miedo y terror, los mecanismos de parálisis

“Es mucho más seguro ser temido que amado porque el amor es preservado por el vínculo de obligación que, debido a la bajeza de los hombres, se rompe en cada oportunidad para su ventaja; pero el miedo te preserva por un temor de castigo que nunca falla”

Nicolás Maquiavelo.

El terror es una de las tantas nociones en ciencias sociales que parecen tener un significado directo y explícito, pero que se resiste a una definición rígida. Sin embargo, esta investigación se valdrá del concepto empleado por Eric Lair que conduce también al control social: “...el terror instituye una forma de miedo con efectos de control, parálisis y fragmentación social.” (2003, p. 95). No debe ser confundido con terrorismo, puesto que este hace referencia a las tácticas para emplear el terror. Resumiendo entonces, el terror que reviste intencionalidad, puede ser considerado una estrategia de guerra usada para desarticular la compostura psicológica del “enemigo” y generarle una parálisis que va más allá del miedo. Dice también Lair, que el terror se conforma a partir de acciones violentas o su amenaza y que se nutre de la incertidumbre o la sorpresa (p. 97); y más importante que eso, necesita testigos, un público que observe y difunda el sentido, porque se trata de una estrategia comunicativa.

Claramente lo expresa Elsa Blair en su trabajo *Muertes violentas, la teatralización del exceso*: “Algo se ha dicho sobre esta modalidad de ejecución de muerte, respecto de su dimensión simbólica y la puesta en escena de rituales de muerte, que cumplen eficazmente con la producción de terror en las poblaciones” (2005, p. 21).

El status de una persona asesinada con sevicia, no cambia a menos que esta sea vista o escuchada por otros y esos otros interpreten el signo de violencia desmedida, como amenaza de lo que los perpetradores pueden hacer. Las marcas de sevicia sobre los cuerpos constituyen un mensaje, información que debe ser entregada a un receptor que experimenta su propia fragilidad y la omnipotencia del perpetrador, que por demás, en este contexto particular siempre estaba acompañado de impunidad.

Así también lo expresa Lair,

Considerando su valor estratégico -económico, político, moral, militar y logístico- ya destacado, las poblaciones se han vuelto los principales “centros de gravedad” de las confrontaciones y los blancos de las mediaciones violentas entre actores armados. Asaltar a los pueblos no es únicamente una estratagema de guerra para debilitar al adversario y acumular fuerzas difundiendo terror sino también una señal enviada al entorno. Por un lado, se trata de romper, prevenir e impedir las afinidades entre la población y el enemigo

-terror represivo o disuasivo-. Por otra parte, es cuestión de mostrarle al rival que es costoso seguir luchando e impensable ganar la guerra -terror intimidante y desmoralizante- (2003, p. 26).

Por su parte, el miedo al que hace referencia este trabajo es el miedo cultural (Delomeau, 2012), fundamentalmente porque es un miedo aprendido. El miedo se diferencia del terror en tanto es una sensación constante y se hace consciente una impresión de peligro a la que está o estará expuesto un individuo. El miedo tiene un objeto preciso al cual se puede enfrentar ya que está bien identificado (Delomeau, 2002, p. 2); el terror por el contrario, tiene un efecto paralizante, y esta es la diferencia fundamental entre los dos conceptos. Ambos son vitales para este trabajo, porque tienen un proceso distinto y presentan unas consecuencias diferentes en las poblaciones que los padecen en el marco de un conflicto armado.

Teniendo claros entonces ambos conceptos, se debe pensar sobre el objetivo de ambos medios estratégicos, es decir, ¿para qué generar terror y para qué inducir miedo?

Los diversos grupos paramilitares, entraron a la contienda en una situación de desventaja territorial; aunque contaban con muchas alianzas con sectores políticos, militares, hacendados y narcotraficantes, eran las guerrillas las que ejercían el control territorial en un principio. Por

tanto, la táctica era romper el territorio, hacer retroceder a las guerrillas a sus zonas de retaguardia y ejercer control territorial sobre el resto del espacio geográfico que tenía y tiene un valor estratégico importante. En palabras más simples, hacer retroceder a las guerrillas al monte y dominar las zonas productivas y las ciudades.

Esa estrategia de “destierro”, que en realidad correspondió en un principio con la táctica de “tierra arrasada”⁴⁵ no fue sólo contra las guerrillas alzadas en armas, sino también, contra los campesinos de esas zonas.

Cuando el terror se enlaza con planes de parálisis del tejido social o de dominación, reviste intencionalidad, es decir, dimensiones estratégicas, y se convierte en una herramienta de guerra. Se acentúan las funciones de teatralización y comunicación en la violencia, y finalmente su carga simbólica y comunicativa. La guerra y el terror confluyen para transmitir mensajes donde el reparto espacial de los cuerpos cumple con una clara labor de información en la violencia. Los cuerpos son así mutilados, desmembrados y deformados antes de ser exhibidos -Angola, Colombia, Liberia, Sierra Leona- para tener un gran impacto en el tejido social. (Lair, 2003, p. 100)

Lo que ocurrió en Colombia con la aplicación de estos métodos por parte de los paramilitares fue una contrarreforma agraria, puesto que las tierras de las que fueron desplazadas forzosamente millones de personas, terminaron en manos de terratenientes y grandes hacendados, que hoy día son denominados como “terceros de buena fe” por quienes se oponen a los programas de restitución de tierras. El desplazamiento forzado se basó en el miedo y en el terror. El terror llevó a las personas a abandonar sus hogares producto de una masacre o de la amenaza directa de muerte que los empujó a salir de sus tierras. El miedo, por otro lado, llevó a las personas a abandonar sus hogares, sabiendo que aquellos hombres armados con una reputación de violencia excesiva en cualquier momento iban a atacar en su contra, iban a llevarse a sus hijos o iban a imponerles una forma de vida contraria a sus principios.

⁴⁵ La política de tierra quemada o de tierra arrasada es una táctica militar que consiste en destruir absolutamente todo lo que pueda ser de utilidad al enemigo cuando una fuerza avanza a través de un territorio o se retira de él. En Colombia se usó para desplazar a los campesinos y dejar sin aparente utilidad económica las tierras o para cambiar su vocación productiva, como en muchas zonas de la geografía nacional donde la ganadería o la palma africana se instauraron como protagonistas del campo.

El municipio de Guarne no fue ajeno a estas prácticas que infundían miedo y terror. Las “limpiezas sociales” y los asesinatos selectivos fueron la presentación de los paramilitares en esta población. Particularmente, uno de los primeros hechos violentos pasó a ser muy reconocido, el homicidio del personero municipal, que además era muy querido entre la comunidad y venía denunciando la presencia de estos grupos y su relación con el alcalde de la época. Los paramilitares cortaron uno de los canales de comunicación entre la población y las instituciones y enviaron un mensaje claro a sus detractores. De la misma manera, empezaron a circular rumores de una “limpieza social” que iba a ocurrir en el municipio. Empezaron a aparecer los muertos, todos ellos “reconocidos marihuaneros”, como me contaba Francisco, habitante del municipio, pero también llegaron amenazas para reconocidos personajes por su orientación sexual. Ello, nuevamente, evidencia cómo se pretendía instaurar un control social amparado en el mantenimiento de un status quo, dado precisamente por eliminar aquello que se saliera de “lo normal”.

Las amenazas fueron la primera y la forma más constante de infundir miedo. La zozobra producida impidió que la vida cotidiana se desarrollara de manera común. Las personas no se sentían seguras, máxime cuando se hacía parte de un grupo “susceptible” de violencia, como ocurrió con los consumidores de drogas, por ejemplo. Las reacciones más comunes fueron el confinamiento por miedo a salir y encontrar la muerte, huir del municipio o simplemente y bastante común, hacerse conocido de los paramilitares. Esta última situación derivó en disputas al interior de la población que terminaron resolviendo los mismos paramilitares. Así fue como además de toda la capacidad bélica y de las alianzas que habían recabado, recibieron el apoyo de distintos pobladores.

Los asesinatos selectivos, cumplieron también la función de esparcir el miedo entre los habitantes, porque además, en una población reducida, la noticia de un asesinato se difunde rápidamente. También, la exposición de los cuerpos con signos de tortura era una forma de llevar el terror a todos los rincones del municipio. No fueron hechos aislados ni arbitrarios, estas acciones respondían a una estrategia que se repitió por todo el territorio nacional y que en Guarne se hizo evidente cuando los paramilitares arrojaban los cadáveres en vías públicas, como la autopista Medellín-Bogotá.

En la conversación que tuve con Don Ariel, me contaba que por su casa no mataban casi, que por ese lado era “más tranquilo”, que cuando iban a trabajar los paraban y los interrogaban, pero nada más. Estuve sorprendido, porque otras personas que habitaron esa zona en esa época, enunciaban esos años como “horribles”. Entonces le pregunté, para aclarar las dudas:

-¿O sea que este sector de La Pastorcita, Batea Seca no fue tan bravo? ¿Era más que todo por allá en Yolombal?

-Jum sí, porque de la gente que mataban y los tiraban por aquí en la autopista, esa gente no eran conocidos sino que eran de esas veredas por allá arriba.

Claro. Don Ariel no percibía la violencia como si fuera en contra su vereda porque los muertos no eran de allá.

-¿Los tiraban por aquí en la autopista?

-Sí. A mí me toco recoger dos, ahí empezando a bajar el alto –Alto de la Virgen-.

Yo no sabía cómo preguntar lo que quería o más bien, necesitaba, pero me aventuré y le dije:

-Y bueno, yo sé que esta pregunta es muy maluca Don Ariel, pero ¿esos cuerpos que usted recogió tenían signos de violencia marcados?

-Balín –agujeros de bala-. De pronto sí porque esa gente como que los amarraba con ese alambre de luz, demás que para ver qué información les sacaban y los torturaban, porque esa gente hacía como mucha fuerza y se marcaban las muñecas como de alambre.

Él ya me había referido que salía a trabajar a las cuatro de la mañana, entonces creí que a esa hora encontraban los cadáveres y por eso le pregunté que si los encontraban en la madrugada.

-No, eso por ahí a las nueve o diez de la mañana los tiraban, y al rato largo llegaba la policía. (Conversación personal, 2019)

La intención era exponer los cuerpos en un horario concurrido, donde los habitantes y los conductores que por allí transitaran pudieran ver, es decir, recibir el mensaje y posteriormente, transmitirlo.

Esas formas de miedo y terror, encaminadas a destruir la moral de las poblaciones para hacer más sencillo su control, son las que se explorarán en el siguiente capítulo, en el que se hace un abordaje de lo que fue el control social paramilitar en el municipio de Guarne entre 1991-2006.

Capítulo IV

Violencia paramilitar en el municipio Guarne

*“Es el trabajo de la gente pensante no estar
en el lado de los ejecutores”*

Albert Camus

El municipio de Guarne tiene 34 veredas que rodean su centro urbano. Las veredas que se encuentran más alejadas del casco urbano, limitan con Copacabana, Girardota y San Vicente, y se encuentran bastante pobladas. Se trata de Yolombal, La Enea, El Palmar, Guapante y La Mejía. Estas veredas, como muchas en Colombia, están conectadas internamente por carreteras y caminos, y sus límites son irrelevantes para las personas que las habitan. Esa zona del municipio es conocida como “las veredas de arriba”, en relación a la ubicación de estas respecto al casco urbano de Guarne. La carretera principal que comunica el pueblo con estas veredas pasa primero por La Mejía, la vereda más cercana, donde existe un acopio. De ese punto, parten los caminos para las demás veredas. Sin embargo, el grueso de las veredas de este municipio se encuentran a ambos lados de la autopista Medellín-Bogotá, unas sobre la porción de la autopista que comunica a Guarne con el resto del Oriente antioqueño como Chaparral, Berracal, Juan XXIII, El Colorado; y otras, en dirección diametralmente opuesta, sobre la porción que comunica a Guarne con Medellín, como El Zango, El Romeral, La Pastorcita, Batea Seca y El Alto de la Virgen.

En el plan de contingencia final de la alcaldía de Guarne para finales de los años noventa, época en la que se centra este trabajo, se describe así la situación de la “veredas de arriba” y las veredas sobre la autopista con dirección a los otros municipios del Oriente:

Las veredas, de Yolombal, Guapante La Enea y El Palmar fueron lugar de asentamiento de grupos armados, las veredas de Juan XXIII, El Colorado y Chaparral eran utilizadas como corredores para dirigir y llevar a cabo varios delitos en todo el territorio del Municipio de Guarne. (Municipio de Guarne 2018, p.14)

En ese mismo documento, la problemática de violencia que aquí se intenta escudriñar, es

decir, la relacionada con el conflicto armado, aparece como el tercer ítem bajo el título de “Histórico de hechos victimizantes ocurridos en el municipio de Guarne” y consta de una descripción que no sobrepasa media página. En media página, la alcaldía del municipio de Guarne intentó consignar una problemática que según cifras oficiales, dejó más de dos mil quinientas víctimas en esta localidad. En Colombia ha sido habitual que la violencia produzca no sólo silencio, sino también, ocultamiento y hasta una mesura temerosa de las posibles represalias. Sin embargo, es bastante dicente que los entes gubernamentales produzcan documentos de este tipo, lo que los termina haciendo cómplices de la cotidianidad de la violencia en este país y dan una bofetada a la memoria de las víctimas. La indagación precaria que se ha hecho del conflicto armado en algunos municipios de Colombia, no sólo es una muestra clara de memoria selectiva, sino que además, genera un ocultamiento de las víctimas, o más bien, las pone en una situación jerárquica desfavorecedora; es decir, pareciera que no son víctimas del conflicto armado por no haber sido protagonistas de un hecho sobre-explotado por la opinión pública o por la prensa.

En el Registro Único de Víctimas (RUV), aparecen 2.832 víctimas del conflicto armado en el municipio de Guarne⁴⁶, muchas de ellas por homicidio, conocido también como asesinato selectivo, una de las formas más cruentas de conseguir control sobre la población a través de la amenaza cotidiana de la muerte. Pero también existen víctimas de masacres, la exposición más desmedida de sevicia y terror, desplazamientos forzados, violencia sexual y tortura, consideradas como violencias no letales⁴⁷, pero que, por su cualidad de eventos traumáticos, marcan la vida de quienes las padecen y cambian para siempre las relaciones entre las personas.

Según un artículo de Verdad Abierta, Wilson Herrera Montoya, desmovilizado del bloque Héroes de Granada, confesó en versión libre, que una finca en la vereda La Enea de Guarne,

⁴⁶ Registro único de víctimas <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>
Consultado el 12/08/2018

⁴⁷ Término usado en “Medellín: memorias de una guerra urbana”; en referencia a las violencias que no ocasionan la muerte y que no están destinadas a tal fin; sino que por el contrario, se convierten en una carga en la memoria de quienes fueron víctimas de esta forma de violencia. Entre las modalidades descritas por la publicación del CNMH se encuentran: el secuestro, las agresiones sexuales, la tortura, el reclutamiento forzado, el daño a bienes civiles y el desplazamiento forzado. (p. 242-243)

[...] sirvió como base de operaciones del Bloque Metro de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU). A este lugar fueron llevadas decenas de personas sospechosas de tener nexos con las guerrillas. De los “ajusticiamientos” también fueron víctimas personas que de manera arbitraria fueron considerados ‘viciosos’ y ladrones. Muchos fueron torturados, otros asesinados y enterrados en esta zona rural.⁴⁸

Pero éste no fue el único centro de operaciones que tuvieron bajo su disposición los paramilitares del Bloque Metro. El trabajo de campo en que se ampara esta monografía, permitió establecer que en las veredas La Enea, La Pastorcita y Yolombal, de Guarne, funcionaron fincas que a la postre terminaron convertidas en “centros del terror”. En cada una de ellas permanecía un contingente de 15 a 30 hombres armados. En inmediaciones de La Enea, Yolombal y El Palmar, se llegaron a divisar contingentes de 80 hombres armados y uniformados. En una de las conversaciones que tuve en el trabajo de campo, me detallaron cómo fue el encuentro con uno de estos campamentos:

Muchos muchachos jóvenes entre unos 16 y 30 años pues no se veían personas como más adultas, muchos uniformes camuflados en carpas, muchas carpas. ... Había como... Uff, habían más de 80 muchachos, habían muchos. Inclusive un grupo de ellos por ahí unos 20 muchachos, como por ahí pasa una quebradita, eso nos llamó mucho la atención porque nosotras muy metidas y muy asustadas también, cuando vimos todos los muchachos ahí jugando y luego miramos al lado y ya están las carpas encima, ya estábamos ahí y al lado estaban todos los otros uniformados. (Conversación personal, 2019)

Desde cada uno de estos predios, alias ‘Rodrigo Doblejero’ lanzó su ofensiva contra las bases de las guerrillas asentadas en el Oriente antioqueño y todas ellas encierran historias y denuncias sobre asesinatos, desapariciones y la existencia de fosas comunes. En una visita a una de estas fincas, se pudo constatar de primera mano, la existencia de zanjas de tierra removida que han sido señaladas durante años como el lugar de reposo de los cuerpos. En una finca del sector Los Naranjos, en la vereda Yolombal, vive actualmente la señora M. E. quien la compró sin

⁴⁸ (Verdad Abierta. <https://verdadabierta.com/las-casas-del-terror-de-las-auc-en-antioquia/> Consultado el 12/08/2018)

conocimiento de lo que había sucedido en esas tierras. La que es actualmente su casa, funcionó años atrás como uno de los centros de tortura. Además, desde su finca se divisan otras dos, conocidas en la vereda como “El Hospital” y “La Oficina” por el rol que cumplían en la época de dominio del Bloque Metro entre 1997 y el 2003.

En el municipio de Guarne se sucedieron y relevaron varios grupos paramilitares; primero, una violencia sicarial proveniente del paramilitarismo del Magdalena Medio, después la presencia efectiva del Bloque Metro y posteriormente, los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada.



Figura 7. Finca de la señora M. E. otrora centro de tortura. En la esquina superior izquierda se alcanza a divisar una construcción perteneciente a otra finca que se conoce como “El Hospital”. Elaboración propia (2019)



Figura 8. Las zanjas en la tierra que evidencian su remoción artificial y donde según doña M. E. están enterrados los cuerpos de las víctimas que primero fueron torturadas en ese predio. Elaboración propia (2019)



Figura 9. “El Hospital”, finca que funcionó como lugar de reclusión de los heridos paramilitares del Bloque Metro. Elaboración propia (2019).

Para finales de los años noventa, el Oriente antioqueño vivía un escalamiento de la violencia sin precedentes. En medio del fuego cruzado caían cientos de personas. Entre asesinatos selectivos, masacres, “limpiezas sociales”⁴⁹ y secuestros, transcurrían los hechos noticiosos de la época. El municipio de Guarne tenía presencia subversiva desde mediados de los años noventa, el ELN se movía por “las veredas de arriba”, en un corredor que conectaba con el municipio de San Vicente y Concepción. Los “Elenos” venían de la zona de embalses y su intención siempre fue tener el control de los recursos hídricos del Oriente Antioqueño, que es, en términos geográficos, una enorme despensa de agua dulce y por consiguiente, de recursos naturales.

⁴⁹ Se denominaron limpiezas sociales, a los asesinatos selectivos que llevaban a cabo los paramilitares, en los que atacaban a sujetos que eran acusados de una amplia gama de “comportamientos reprochables”; es decir, comportamientos rechazados por la moral o la tradición, como la drogadicción, la prostitución, la orientación sexual diversa, etc.

Además, alrededor de los recursos naturales se emprendieron y se siguen llevando a cabo proyectos extractivos y productivos, en su mayoría con capital extranjero, asunto que nunca ha calado bien dentro de las dirigencias guerrilleras. La lucha armada subversiva en el Oriente antioqueño fue entonces por impedir la utilización de los recursos naturales y el negocio del agua a costa de los pobladores; mientras que del otro bando, los paramilitares tenían de fondo la intención de salvaguardar intereses privados y de inversión extranjera, que conllevaban por supuesto, el despojo de tierras, la “pacificación” de los inconformes y el ocultamiento del problema estructural de inequidad en la distribución y acceso a la tierra, a los recursos naturales y sociales.

En la memoria colectiva de la población guarneña, sobre todo entre los adultos, que fueron testigos directos de la violencia paramilitar a finales de los años 90 y principios del nuevo siglo, están presentes muchos eventos y, sobre todo, la “omnipotencia” de esos hombres armados que asolaron a la población e instauraron un régimen a través del miedo. Abundan memorias sobre las prohibiciones, el acoso constante a mujeres y niñas, los hombres de armas que disponían de los medios de transporte públicos o privados y de los “permisos” que debían tramitar con los “los de arriba”, en referencia a la base de operaciones desde la que se divisaba y controlaba el casco urbano del municipio. Precisamente de esas memorias se trata este capítulo. En él aparecerán las voces de víctimas y testigos de la violencia paramilitar en Guarne.

asesinatos por los que las autoridades no ofrecían explicaciones satisfactorias.

Es de recordar que aquí, las primeras muertes en el municipio de Guarne fueron en el año mil novecientos noventa y seis (1996) por causas políticas. Fue asesinado el periodista Oscar Herrera, una persona muy reconocida en el municipio porque trabajaba con temas de cultura, de periodismo...tenía un liderazgo. Posteriormente asesinaron a un amigo que se llamaba Rubén Darío Hoyos, que fue asesinado aquí en las afueras de la bomba de Terpel, aquí en la salida para Rionegro. También fue asesinado un señor Gabriel Rivera y fue asesinada una niña que se llamaba María José; los cuales fueron asesinados inicialmente por estos grupos –paramilitares- y esos hechos fueron reconocidos y confesados por el señor Ricardo López Lora. Eso fue en el noventa y seis. (Conversación personal, Guarne 2019).

En 1996, a pesar de los asesinatos efectuados en el municipio, no existían grupos paramilitares asentados en Guarne, sino que operaban en este y otros municipios a través del sicariato. Sin embargo, los asesinatos selectivos dirigidos a personajes que ejercían un liderazgo político o a miembros del otrora Movimiento Cívico del Oriente, no hacían más que anunciar un cambio de postura en la violencia paramilitar que ahora pasaba a la ofensiva y su intención era ocupar nuevos territorios.

Corría el mes de septiembre de 1997 y en medio de rumores de limpieza social y de arremetidas paramilitares contra los grupos guerrilleros y sus supuestos colaboradores, caía asesinado el personero municipal Giovanni Guacci. El Colombiano que circuló el primero de octubre de 1997 tituló la noticia que reseñaba el asesinato de Giovanni de la siguiente manera: “Rechazan crimen de personero en Guarne”.⁵⁰ Cuatro días después, el 5 de octubre de 1997, la portada de El Colombiano titulaba así: “El miedo se apodera del Oriente”. La noticia anunciaba la renuncia de los aspirantes a alcaldías y concejos del Oriente antioqueño, y particularmente, la renuncia de todos los candidatos a la alcaldía de Guarne por el asesinato del personero. Sobre los hechos, el jefe de debate del movimiento político Guarne Unido, Octavio Agudelo comentó:

⁵⁰ Artículo del periódico El colombiano: “Rechazan crimen de personero en Guarne” Estudiantes de posgrado de especialización en instituciones jurídico-políticas, rechazan el asesinato de su compañero Giovanni Guacci baleado en Guarne. El Colombiano, 1 de octubre, 1997.

“es el enemigo más abstracto que me ha tocado enfrentar”.⁵¹

En una de las entrevistas del trabajo de campo para esta investigación, Juan Carlos Llano, quien fuera concejal en la época en que fue asesinado el personero municipal, refería lo que era la situación para Guarne en 1997:

Es una época muy dura en esos años cuando mataron a Giovanni, quedaron siempre unos aires de sospecha de que el alcalde había sido como gestor de eso. Hasta donde yo sé, fueron los paramilitares –los que lo mataron-. Para nosotros que fuimos concejales en esa época que fuimos opositores al gobierno de Alfredo Naranjo, quedamos con esa sospecha, en el aire quedó que él tenía algún grado de responsabilidad con ese hecho. Uno no tiene pruebas ni la justicia lo juzgó, pero la actuación de él no fue honesta o para decir uno que él estuvo libre de esa culpa.

-¿De pronto sabe o se acuerda qué estaba haciendo el personero en esa época? ¿En qué estaba trabajando exactamente?

Usted sabe que el personero es un defensor de los derechos, y que yo me acuerde él estaba trabajando con unas familias que reclamaban derechos sobre unas minas de oro por los lados de Yolombal, pero también hacía como el control político a la alcaldía. Inclusive Giovanni, días antes de que lo mataran le decía a un amigo muy personal de él, el papá de los Grisales, que lo iban a matar y que el responsable era alcalde. (Conversación personal, 2019).

Estos relatos tienen peso en la memoria de los habitantes del municipio e ilustran las formas de control social que iban constituyéndose con la puesta en marcha de distintas modalidades de victimización. A continuación, recojo otras memorias del municipio que describen las formas de accionar de los paramilitares en el periodo de estudio de este trabajo de grado.

⁵¹ Artículo del periódico El Colombiano: “El miedo se apodera del Oriente” Renuncian candidatos luego del asesinato del personero Giovanni Guacci. El Colombiano, 5 de octubre, 1997.

4.1 “Y entonces llegó esa gente”

“Miré, y vi un caballo bayo. El que lo montaba tenía por nombre Muerte y el Hades lo seguía: y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra”

Apocalipsis 6,7-8

En la casa de doña Ubaldina, minutos antes de salir para Yolombal, -la vereda que todos referencian al hablar de paramilitarismo en Guarne- y escuchando primero sus indicaciones sobre los puntos y los caminos para llegar a “Casa Verde”, accedió ella por fin a contarme su historia. Doña Ubaldina es abuela de mi mejor amigo. Me encontraba en su casa esperándolo para subir a Yolombal, a visitar los lugares del terror de la violencia paramilitar y a escuchar, que como decía Alfredo Molano, es una forma olvidada de mirar. Ella siempre sintió curiosidad por este trabajo, me preguntaba cosas y me recomendaba personas, pero nunca quiso contarme su versión. Mientras preguntaba por rutas, nombres de fincas, carreteras y referentes topográficos, me dijo: “Aproveche pues que le voy a contar”. Inmediatamente me dijo, “yo viví por allá en Yolombal toda la vida...” En ese instante saqué la grabadora de voz, que ella miró sabiéndose comprometida; la interrumpí para que me repitiera lo que estaba diciendo, entonces pregunté:

¿Usted me dice que vivió por allá hasta hace veintitrés años?

Sí, desde 1945 que nací, una comparación. Y viví por allá hasta ahora veintitrés años, hasta el noventa y seis. Y pues que uno se levantó con el papá y la mamá que le enseñaron a trabajar. Que a uno le enseñaron que el papá se levantaba, prendía el fogón, montaba la aguapanela y ahí nos levantaba; hijos vamos a rezar el Santo Rosario. Cuando terminábamos de rezar el Santo Rosario él ya tenía los tragos hechos y nos repartía a trabajar. Hijo hace esta cosa, usted hijo les echa comida a los animales, usted pila, usted muele, usted se va a trabajar conmigo. Y vivimos pues muy buena la vida, como pobres,

pero muy bien, hasta que llegó la violencia. Creció uno por allá, tuvo su novio, su amigo, tuve mi hija... eduqué mi hija por allá en la escuela, que no la iba a entrar a estudiar porque no tenía el papá, pero como ella se levantó con el abuelo, ese era el papá de ella. Y ya, trabajamos, conseguimos, porque con tanto sudor y cosas así, nuestro padre era un señor egoísta de los que decían que él había trabajado y él había conseguido y que nosotros trabajábamos y conseguíamos para que algún día pudiéramos decir yo vivo en lo que es mío, porque lo conseguí con el sudor de la frente. ¿Qué cuál es el sudor de la frente? El que en los ojos arde y que en la boca sabe a sal. Bueno, trabajamos, vivimos sabroso, ya faltó él y quedamos con mamá, Arnolda y yo. Ya seguimos con ellos 5 años, siempre ahí en Yolombal, allá donde nací. De allá no nos movimos, de la finquita que todavía está... y ya falleció la mamá hace 25 años, me dejó con una hermana mía y el día del novenario ya se apareció esa gente, la guerrilla. Eso fue un miércoles, mamá murió el 14 de junio, eso fue por ahí el 20 de julio. Aparecieron como once señores...

Me encontraba absorto por la calidad y la minucia del relato, al darme cuenta que la historia había llegado al punto al que debía llegar inexorablemente, aprovechando la pausa y la mirada de complicidad, lancé una pregunta: ¿Y eso fue más o menos qué año? ¿De pronto se acuerda?

Eso fue en el noventa y cinco... Bueno, ya llegó esa gente y como uno vivía sino con una hermanita, ellos dijeron que nos iban colaborar, que nos iban a ayudar. Pues fue muy bueno los primeros días, ellos venían, tocaban, uno no podía decir que no, había que abrir la puerta. Ellos entraban, había frijoles hacían comida, había gallina, mataban y comían, nos hacían levantar de la cama para ellos acostarse y cada que les provocaba ellos iban pero como uno les tenía temor o no podía decir nada... esos eran del ELN. Bueno, vivimos con ellos 4 años. A los 4 años *entonces llegó esa gente*. Ya aparecieron fue los paracos. Ya esos llegaron fue matando a toda la gente donde estábamos, donde ellos iban; pero, uno... ¿Cómo le digo yo? ¿Por qué los mataron o por qué mataron tanta gente viendo que uno, pues, cómo le dijera yo? Estábamos obligados y llegaron a matar gente, gente que mataron, gente inocente porque les abríamos la puerta, si se la teníamos que abrir. Entonces no era como por voluntad de uno sino por la voluntad de los otros. Y estos llegaron matando, matando. Eso llegó una cosa tan dura, que eso llegaron matando la gente de noche en las casas, hasta niños especiales que se escondían debajo de la cama también les daban

y mataron gente con los molinos de la máquina, los cortaban... Una familia, una mamá y dos hijos, los trozaron cómo con sierras y los dejaban ahí para que los vieran...

El relato estaba en un punto oscuro y denso, se notaba que hacía mucho tiempo ella quería contar eso que ahora yo tenía el privilegio de escuchar. El tono de la voz había cambiado y la mirada también era distinta. Las voces se vuelven delgadas cuando estos secretos encuentran el viento y van a parar a los oídos de otras personas. Yo escuchaba y preguntaba en silencio, pero sabía que algunas pausas eran parte del relato y otras pausas parecían buscar ayuda en una pregunta o en un comentario breve. En esa pausa pregunté: ¿Los dejaban ahí dónde? ¿En los caminos?

Sí, sí. O en la casa donde los mataban. Claro que los sacaban y donde los mataban ahí los dejaban para que todo el mundo viera, el que fuera a ver pues, porque a uno le dan como nervios, uno no se asomaba. El caso mío fue, que como ellos llegaban a mi casa, entonces unos vecinos les dijeron a ellos (paramilitares) que yo era guerrillera, que porque ellos (guerrilleros) llegaban allá. Hubo un paraco que era conocido de acá y andaba con ellos ese señor (...) no puedo decir el nombre, era conocido de Mauricio, el papá de Álvaro (nieto de la señora), y él sabía dónde vivía yo. Entonces él me dijo: vea, vamos a tener una fiesta, allá vamos a estar bailando toda la noche, así es pues que usted se me pierde, que a las cinco de la mañana que yo venga aquí, aquí no está usted. Así que salí, me llevé a la hermanita mía a Girardota, andé siempre de noche y al final volví al pueblo como a las tres de la mañana, dejando todo, la vaquita, los cerdos, las gallinas... todo, todo. Estuve por San Rafael tres años de huida de la violencia. (Conversación personal, Guarne 2019).

No era la primera vez que me dirigía a Yolombal y las veredas aledañas, pero esa vez era especial; sabía un poco más y sabía que me dirigía a los espacios donde había ocurrido lo que doña Ubaldina me contaba. La carretera que comunica el casco urbano con “las veredas de arriba” se encuentra a cinco cuadras del parque. Se pueden ver los buses de escalera al inicio de la vía esperando la gente. La carretera se encuentra actualmente pavimentada, al menos gran parte del trayecto. Son muchos kilómetros de loma, así se le llama porque la carretera posee una pendiente considerable. La primera parada es en “el acopio” de La Mejía. De ahí parten las vías que dividen las veredas. Es un punto bastante alto respecto al casco Urbano y desde donde se puede

divisar el municipio. Además, “el acopio” es un sitio despejado de árboles y punto de tránsito obligatorio para las personas. Un punto estratégico para intentar controlar el tránsito, no sólo de La Mejía, sino también de las veredas que se encuentran después: Guapante, Yolombal, La Enea y El palmar.

Al comienzo del trabajo de campo, la idea era recabar información concerniente a todo el municipio en general, buscando las versiones de las personas, esperando siempre que tuvieran la libertad de hablar generalidades de la época de violencia que aquí nos corresponde, pero casi todas las conversaciones se dirigían a esa zona, de La mejía para arriba. Don Ignacio fue uno de los primeros en insistir en esa zona de la municipalidad, mientras él hacía una suerte de línea temporal de los grupos armados que operaron en Guarne, empezó a mencionar la vereda La Mejía:

(...) posteriormente en el noventa y ocho, cuando ingresa el Bloque Metro aquí en el municipio de Guarne, se instala en la vereda La Mejía. Eh...allí en una finca ellos colocan su base y desde allí empiezan a operar...no solamente a nivel urbano sino a nivel de todas las veredas y de ahí también se desplazaban en operativos a otros municipios de la región. Porque esa zona...porque esa zona comunica muy fácilmente y como así se manifestó por varios postulados, ellos iban a San Vicente muy fácil, a Concepción, a Santo Domingo desde Mejía y también tenían una en la vereda la Enea lo que se llamó “Casa Verde”, Una finca que fue un centro de operación también del Bloque Metro. Esas fincas inicialmente, eh...supuestamente eran abandonadas pero la investigación hasta ahora ha dado que muchas de esas fincas y esos inmuebles que fueron prestados a estos grupos ilegales, eran de gente que simpatizaba con sus políticas de extrema derecha. (Conversación personal, Guarne 2019).



Figura 11. “El acopio”, vereda La Mejía. Elaboración propia (2019).

Asombrado por lo que escuchaba y al mismo tiempo queriendo saber más, le pregunté: “¿había varias bases paramilitares en esa época?”.

Con toda seguridad empezó Don Ignacio a responder:

Sí, sí. Aquí había una en Mejía, otra base en lo que yo te digo que es Casa Verde y en el sector de Piedras Blancas; por el sector de La Laguna también había una base pero esa base era del Bloque Metro, eh...tenía zona de influencia en Santo Domingo y toda esa zona de Medellín, todo ese sector popular de Medellín entonces de ahí tenían una finca, y como ellos lo han dicho en diferentes versiones, de ahí operaban, y fuera de eso, que llevaban gente a torturarla, matarla o lo que fuera, de ahí también se desplazaban ellos y tenían manejo del sector de Santa Elena y del sector de Medellín (Conversación personal, Guarne 2019).

La forma en la que Don Ignacio hablaba de esas bases, como si en su momento fuera un asunto de conocimiento público, lo corroboraría después, cuando otras personas me contaron que

esas bases eran no sólo conocidas, es decir, la gente sabía su ubicación; sino también que allí se dirimían conflictos al interior de las poblaciones.



Figura 12. Finca “Casa Verde”, base de operaciones del Bloque Metro. Límites entre las veredas La Enea, Yolombal y El palmar. La carretera que se aprecia en la imagen comunica estas veredas con el municipio de Girardota. Elaboración propia (2020).

La llegada del paramilitarismo marcó un antes y un después entre los habitantes del municipio y todos los habitantes recuerdan esa época, cuando llegaron. La irrupción paramilitar en Guarne fue brutal, como lo ha sido en muchos puntos de Colombia. El ímpetu con el que estos hombres armados entraban a disputar territorios se veía luego materializado en acciones macabras. Doña Ofelia me lo relató de esta manera:

¿Por qué le digo que se marcó más con el paramilitarismo? por lo cruel de las modalidades que ellos utilizaron y la gente cuenta que cuando estaba la guerrilla pues no se sentía eso de masacres, de tantos muertos, de tantas injusticias; fue ya cuando entraron ellos a sacarlos y así ha pasado en muchos municipios del oriente. No es que la guerrilla no haya hecho daño porque ellos hicieron daño en muchos lugares, pero sobre todo cuando entró el paramilitarismo y la población civil fue la que llevó la peor parte. La población civil sentía aterrorizada porque ellos eran los que mandaban. (Conversación personal, 2019).

Esas modalidades de violencia que relata doña Ofelia, estaban encaminadas a minar la

moral de la población, a generarles miedo y por supuesto, a paralizar sus vidas en torno a la amenaza cotidiana para conseguir así un control irrestricto del cuerpo social. Lo que siguió después de la llegada fue precisamente el posicionamiento, el asentamiento y el control social que impusieron.

4.2 “Esa gente mandaba aquí”

“Es el orden, en efecto, la cotidiana humillación de las mayorías, pero orden al fin: la tranquilidad de que la injusticia siga siendo injusta y el hambre hambrienta.”

Eduardo Galeano

En Guarne, como en muchas poblaciones del país, los que mandaban en diferentes momentos fueron los grupos armados. En este caso, como en la mayoría, fueron los grupos paramilitares. Fue una política suya imponer un dominio armado y un control social sobre las poblaciones donde se asentaron.

(...) Ellos eran los que dictaban casi que la justicia en Guarne. En Guarne en ese tiempo se conoció ese sector de La Mejía como "El Juzgado Segundo". Allá ellos citaban a los ciudadanos a resolver asuntos, sucesiones, procesos ejecutivos, moramientos; es decir, ellos eran los que dictaban en esa época casi que la justicia en este municipio. Procesos que habían en trámite a varios abogados se los quitaron, les decían: "Vea, presente el desestimiento que nosotros ya solucionamos este proceso"...entonces a raíz de esa situación, la población no solamente en Guarne, sino en el Oriente, en Antioquia y en el país vivió durante esa época, una época de terror y lo peor, la gente venía a denunciar a la policía o a la fiscalía, y más se demoraban los ciudadanos en denunciar, que estos actores armados en saber quién había denunciado, inmediatamente eran asesinados. En ese tiempo la población no tenía a quien recurrir, si venían donde el señor alcalde, el señor alcalde jamás, jamás en esos tiempos nunca uno vio que los alcaldes de estos municipios y de

Guarne asumieran una defensa de la población, ellos también sea por temor o por connivencia con estos grupos; entonces por eso estos grupos tuvieron la potestad de actuar libremente en el municipio de Guarne y en todo el Oriente. Entonces la población civil se vio gravemente sometida, fuera que tenían que pagar vacuna, (o porque) se les restringía la movilidad, la gente casi que, que no se podía expresar...una cantidad de líderes sociales que eran líderes de acciones comunales, de organizaciones y por temas de liderazgo fueron amenazados o fueron asesinados. (Conversación personal, 2019)

Carlos Medina y Astrid Mireya Téllez en *La violencia parainstitucional, paramilitar y parapolicial en Colombia* (1994) ofrecen una mirada sobre el paramilitarismo en relación con el Estado, evidenciando no sólo tolerancia, sino también cooperación mutua. El estudio mencionado permite comprender no sólo las relaciones estatales con grupos al margen de la ley, sino también la soberanía que ejercieron los grupos paramilitares. De otra manera no se podría entender el absoluto dominio que tuvieron los paramilitares en los territorios que ocuparon. El concepto de soberanía se refiere a la capacidad del grupo armado de ejercer su autoridad en determinado espacio geográfico. Según Gloria García, “la soberanía es una práctica relacional y no un atributo categórico y natural del Estado” (1997, p. 49). En el municipio de Guarne no sólo fue el dominio sobre las personas que habitaban espacios comunes con hombres armados, sino también sobre la movilidad de la gente, sobre las actividades comerciales y hasta sobre las maneras de ser y hacer.

Don Ignacio también revelaba que el sometimiento de la población a estos actores armados era total, así describe la situación,

La población del campo estaba sometida al terror de estos grupos armados, ¿por qué? porque ellos dictaban...dictaban normas de cómo se desplazaban, que días salían, cómo se podían mover, en qué horarios, le revisaban el tema de los mercados. Eh... si los veían en cualquier zona, los estaban hostigando porque estaban en esa zona. Los señalaban de, de estarles haciendo seguimiento pasándole información a organismos del Estado o a las guerrillas. Entonces la población tenía un miedo, fuera de eso, que ellos, que ellos periódicamente reunían a la población a través de las acciones comunales les exigían que tenían que hacer labores, por ejemplo, de organizar las vías veredales por donde ellos se transportaban (Conversación personal, Guarne, 2019)

En las conversaciones con las personas que me brindaron su testimonio, siempre salía a

flote el tema del dominio paramilitar, el control social que éstos ejercían y la “ley” que imponían. En una ocasión, hablando con doña R, quien fuera la principal fuente de conocimiento para este trabajo, y por cómo se estaba desarrollando la conversación, le pregunté: “¿O sea que ellos hacían como de policía también, pues, ellos dirimían los conflictos de la gente si tenían algún encontrón por animales, o por linderos...?”

Sí. Es más, le voy a decir, ahí había policía y había ejército que les pasaba información. Eso no se lo sostengo a nadie, -risas- porque yo tenía conocidos en la policía y tenía conocidos en el ejército y yo me daba cuenta que ellos pasaban información, porque en algún momento una sobrina charlaba con un sargento y varias veces él nos llevó en el carro a hablar con ellos o se encontraban ahí mismo en el parque o se encontraban ahí en esta bomba a la entrada al pueblo -bomba de gasolina, plaza de mercado- a hablar con ellos. No sé de qué hablarían porque nosotras nos quedábamos retiradas, pero sí se encontraban con ellos. Cuando yo subía a trabajar a las veredas de la Enea, Yolombal, las mismas caras que yo veía allá de esas personas uniformadas, los veía hablando con ellos aquí ya de civil; entonces por eso digo que ellos pasaban información. También sé que por ejemplo, la primera vez que subieron a Berracal, se llevaron tres jóvenes y a ellos los cogieron a las tres de la tarde en una tiendecita de la vereda. Yo ese día venía de una capacitación en Medellín y de casualidad entré a tomarme una gaseosa en esa tienda y a mí me tocó que habían unos muchachos que estaban jugando en la parte de atrás de la tienda, ahí había una canchita, ellos se reunían allá a jugar y a ellos los cogieron, los entraron todos al salón de la tienda que era un salón de billares grande y los hicieron tirar al piso y les pidieron documentos a todos de listado en mano, e iban separando a los que se iban a llevar. Ese día se llevaron tres muchachos, a esos se los llevaron, los torturaron... eso fue un viernes... los torturaron, los volvieron una nada y los dejaron tirados por la carretera antigua para Medellín.

yo estaba pensando en lo que me estaba contando, pero también en la cantidad de detalles que acompañaban el relato, no me atreví a preguntar nada, a pesar de su silencio, porque era posible que interrumpiera algo importante con una pregunta que más bien pudiese desorientar su historia. Al cabo de unos instantes, prosiguió:

Se dice que por allá había una casa, creo haberla visto también alguna vez, a la que

llevaban los que ellos cogían y allá los torturaban, en límites de La Pastorcita y lo que se llamó el kilómetro veintiuno para Medellín, o sea el límite entre la pastorcita y San Isidro la parte que llaman La Porra, pero eso pertenece a San Isidro. Recuerdo que allá pues que por accidente, me tocó ver los que andan en esa camioneta luego en el velorio, los que se llevaron a los muchachos los vi uniformados, a los señores esos los vi uniformados de policía. Por eso es que me atrevo a decir que la misma policía pasaba información y también por otras fuentes que le contaban a uno. Eso fue un tiempo muy duro, muy duro porque a la gente le daba miedo salir a la calle. Por ejemplo en mi Vereda a las seis y media de la tarde ya no había absolutamente nadie, ni en las tiendas ni los caminos porque todos nos encerrábamos temprano por el susto. Así no debíamos nada pero por prevención. (Conversación personal, Guarne, 2019).

En otra ocasión, hablando con una pareja de vecinos que han vivido siempre en Guarne, por lo menos Cristina ha vivido siempre en la zona urbana, pensando en los años que llevaba habitando el territorio, pregunté: “¿vos que viviste acá toda la vida, cómo te diste cuenta de que esa gente hacía como de justicia?”

Sí, sí. Ellos se convirtieron en algún momento en la justicia. Eran la ley y la justicia. Ellos parecían el juzgado de Guarne, en cuanto a que había familias que iban a arreglar sus problemas allá. *Esa gente mandaba aquí*. Hubo sucesiones que se realizaron, que se resolvieron fue allá. Digamos el uno acusaba al otro y había que resolver eso allá

Como noté la naturalidad con que ella se refería al asunto y sobre todo al sitio que estaba poniendo en palabras, inmediatamente pregunté, aunque ya sabía, pero para generar claridad: “¿Y allá es dónde?”

Yolombal. Específicamente en qué parte no sé, pero era Yolombal, La Enea, era en ese alto y era lo que se decía, era lo que estaba en boca de todo el mundo. Que los hubiera visto alguna vez en la vida no, pero la gente sí era pues como de lo que más hablaba. La mayor parte de la población, a esa zona, le tenía el temor más grande.

Me miró y me vio asintiendo al escuchar su respuesta, ambos supimos que esa era la respuesta que estaba esperando, entonces conectó su idea:

En las elecciones por allá antes del 2000 -elecciones de 1998-, como un amigo de

nosotros era candidato (al concejo), y le tocó subir por allá, a todos los candidatos les mandaron decir que tenían que subir por allá cómo a dar su versión libre, ¿por qué se lanzó? ¿Con quién va? ¿De qué partido? ¿Cómo va con nosotros?” (Conversación personal, Guarne, 2019).

La intimidación a los comerciantes también fue una constante a finales de los años noventa y principios del nuevo milenio. Según varias personas, la “vacuna” era ley en el pueblo y todos debían dar un “aporte a la causa”. El aporte no era ni mucho menos voluntario, se trataba de una extorsión que se cobraba a los comerciantes y que la gente pagaba por miedo.

Dialogando con Pablo y Cristina, sin preguntar directamente por las extorsiones, ellos llevaron la conversación a ese punto:

-Pero si había una cosa, la vacuna, comentó Cristina.

-Ah sí, la vacuna estaba, dijo Pablo.

Hubo un breve silencio y Cristina comenzó a explicar:

En todo el pueblo. Ellos vacunaban. De hecho, una de las anécdotas más duras que yo creo que el pueblo la recuerda con mucho, mucho dolor, no sé si alguien te la habrá contado, alguien esa anécdota... y fue la muerte de “Coqui”. “Coqui” fue un personaje muy querido en Guarne porque él tenía mucho que ver con toda el área del deporte. “Coqui” era entrenador de voleibol, era hijo de un señor, ¡Ay, yo no me acuerdo de la familia! el hermano de la amiga de “Neco”, de los que viven allí, de los que una vez nos guardaron el carro, ¿Juan Carlos? Ay se me olvidó. Ah sí, ¡Llano!

¡Llano! De los Llano. Es una familia Llano, una familia pues como muy conocida en Guarne los Llanos, eeh, y ¿cómo es que es? Ellos tienen, han tenido toda la vida por ahí por la calle de la notaría tiene la cosa de la... de los cuidados. El negocio de toda la vida del papá y una vez fueron como a cobrar la vacuna y yo no sé cómo exactamente fueron las cosas, creo que la gente contó que como que él se negó a pagar y lo mataron ahí en el negocio. Esa muerte le dolió al pueblo, le digo que ese entierro es de los que yo recuerdo una cosa muy, muy impresionante. Y lo que cuentan fue que después, ese mismo día a medianoche apareció un muerto cerca donde quedaba el matadero en ese entonces, y decían que el muerto era el asesino de “Coqui”, que los mismos paras lo habían mandado a matar

que porque ellos no habían dado la orden de matar sino simplemente de cobrar. Esa es la historia que se cuenta de él, es una de las muertes más dolorosas porque él, era como les digo, él era un personaje que todo el mundo lo quería, él tenía que ver con el deporte era una persona líder en el pueblo. Esa es una de las anécdotas que yo me acuerdo pues así como con dolor. (Conversación personal, Guarne, 2019).

Días después de entrevistar a esa pareja, tuve la oportunidad de conversar con el hermano de “Coqui”, quién me contó entre otras cosas, hasta qué punto llegaba el dominio paramilitar:

Inclusive había uno que manejaba dizque la educación, no sé si ha escuchado hablar de él, Elkin Adarve, era un contratista. Por ejemplo él manejaba este colegio Antonio Nariño. Él era amigo o muy cercano a ellos o a lo mejor hasta también era paraco, porque con ellos se mantenía, uno lo veía en los cafés tomando gaseosa con ellos lo más de tranquilo.

-¿Entonces todo el mundo sabía quiénes eran, dónde estaban y no pasaba nada? ¿La policía...?

¿La policía? La policía pasó de agache y muchos de ellos permitieron los abusos de los paras, hasta coordinaron actividades con ellos, eso sí está demostrado. No solamente pasó aquí sino en todo el país obviamente no faltaba el militar, el policía que no estaba de acuerdo con eso pero eso fue muy recurrente, una política de estado. Por ejemplo aquí en Guarne, yo le puedo decir con toda claridad, que otro puesto importante que ocupó esa gente, era la empresa de transporte, ese muchacho que fue el gerente como por el año dos mil, dos mil uno, era un paraco. El Subgerente del hospital, también era un paraco. (Conversación personal, 2019)

Control social paramilitar no era percibido solamente por las personas que habitaban “las veredas de arriba”, sino también por los habitantes del casco urbano como Pablo y Cristina, y por supuesto, por los campesinos de las otras veredas del municipio. Por ejemplo, la zona que engloba las veredas del Alto de la virgen, El Romeral, La Pastorcita, El Zango y Batea Seca que son veredas que colindan con la autopista Medellín-Bogotá al occidente de la zona urbana, también se vieron envueltas en una zozobra constante por cuenta de las acciones violentas de los paramilitares.

En la búsqueda de personas que estuvieran dispuestas a retroalimentar este trabajo con sus testimonios, tuve la fortuna de conocer a Doña Celina, quién ha habitado toda su vida las veredas de La pastorcita y el Alto de la Virgen. Doña Celina había sido referenciada por otra señora, Doña Ofelia, que me recomendó hablar con ella cuando le mencioné el interés por esa zona. Estas mujeres se habían conocido en la Asociación de Víctimas y ambas se mostraron más que dispuestas a ayudarme con la investigación. Yo supuse que Doña Celina tenía en su historia de vida, algún hecho relacionado con la violencia paramilitar, pero no imaginaba qué. Quedamos de vernos en un café del parque y tras saludarnos, presentarnos y contarle un poco de qué iba todo este trabajo, le pregunté, ¿Usted hace cuánto vive aquí en Guarne o ha vivido toda la vida aquí?

-Toda la vida, pero en La Pastorcita llevo 20 años, antes en el Alto de la Virgen parte baja.

-¿Doña Celina conoció de este tema de violencia paramilitar?

-Claro, a mí me mataron al esposo, en el 2003 a media cuadrita de mi casa.

Ante semejante respuesta, no se me ocurrió más que preguntar por el nombre de su esposo fallecido.

-Saúl Arturo Atehortúa Yepes, a él lo mataron en la cocina de la casa de la mamá.

De inmediato pensé en lo automático de su respuesta a la pregunta por el nombre, el hecho de incluir el lugar del homicidio. En ese pensamiento se fueron unos segundos, mientras ella me miraba con una firmeza rutinaria.

-¿Esa zona donde vivían, donde mataron a su esposo, era muy frecuentada por lo paramilitares?

-Sí, porque ahí donde nosotros vivíamos, lindaba con una finca donde operaba el Bloque Metro, ahí se reunían mucho y vivía uno de ellos

-¿Y ellos qué hacían, qué decían, amenazaban la gente, les pasaban panfletos, patrullaban por ahí...?

No, ellos decían diferentes cosas, por ejemplo a un primo de mi esposo que por sapo, uno a veces queda por sapo sin querer, al que mató al esposo mío sólo le dieron como ocho años de cárcel, eso es injusto porque él no mató una sola persona, él mató a muchos

pa' pagar tan poquito, que porque con las versiones libres entonces le rebajaban la pena, yo le pregunté que por qué me lo había matado, entonces él me dijo que tenía que cumplir órdenes, me dijo que lo perdonara porque él tenía un hijo de cuatro años, entonces yo le dije que yo por qué lo tenía que perdonar, si usted le quitó la vida a mí esposo y él sabía que yo quedaba con un hijo de dos años, otro de seis años y otro de diez años, entonces le dije que él no le había perdonado la vida a mí esposo y yo no lo iba a perdonar, que lo perdone Dios, no me parece justo.

Esa no era la intención de mí pregunta, yo no estaba preguntando las “razones” que tenían los paramilitares para asesinar; sin embargo, Doña Celina estaba respondiendo sus propias preguntas, sus propios dilemas. Ella suspiró como reuniendo fuerzas para continuar el relato y continuó:

No, es que no hay justicia verdadera, el día que lo mataron, eso fue a las siete y cuarto de la noche, llamamos a la policía y dijeron que ya iban y no fueron, ni siquiera me preguntaron dirección ni nada, entonces yo bajé al rato y volví a llamar a la policía y les dije: Oiga a tal hora me mataron a mi esposo, y estoy yo aquí con él, ¿ustedes no van a subir nada? Como eso era de los paramilitares, sacaban la gente por la noche a la calle y los mataban y la policía iba al otro día por ahí a medio día a hacer el levantamiento. Una vez llegamos a ver cuatro motos con dos personas cada una, dos chiveros llenos, iban con un pantalón azul oscuro y una camisa azul clara y tenían escarapela y armas largas y cortas. Muchas personas no sabíamos que ahí había paramilitares, nos dimos cuenta cuando mataron a un tío y a un primo de mi esposo y a otro muchacho y eso porque en una de las casas los vieron, vieron a uno de los que operaban ahí. (Conversación personal, 2019).

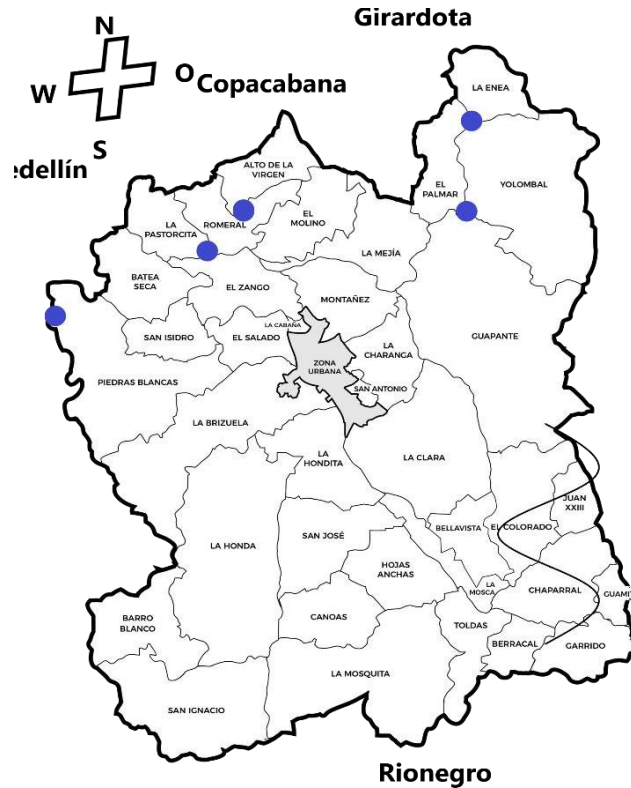


Figura 13. Mapa de Guarne. En azul, los puntos referenciados como bases militares del Bloque Metro. La curva negra en la base a la derecha del mapa, representa la zona identificada como de tránsito de los grupos paramilitares. Elaboración propia (2020).

Para este momento, me enteraba que el Bloque Metro contó desde 1997 hasta el 2003 con varias zonas de influencia directa en el municipio de Guarne y sus bases militares, que podían contar con contingentes permanentes de 15 a 20 hombres armados en las veredas de Yolombal, La Enea, El Palmar, La Pastorcita y Piedras Blancas. Usaban las veredas de Chaparral, Berracal y Juan XXIII como corredor constante, pernoctaban en el casco urbano con normalidad y además, dirigían su accionar al resto de las veredas del municipio.

4.3 “Eso era un tendal de muertos”

“Hombres armipotentes, concedan un hilo de mutismo, para que Dios recoja sus muertos y se vaya”

Edwin Rendón.

El modus operandi del paramilitarismo –en todo el territorio colombiano- era el de penetrar por la fuerza regiones de influencia guerrillera y realizar masacres selectivas que aterrorizaran a la población, generando un desplazamiento forzoso (Rodríguez et al. 2016, p. 40). En general, el uso excesivo de la violencia era uno de los pilares del accionar paramilitar. Las masacres oficiaron como carta de presentación en los territorios donde penetraban y posteriormente, los asesinatos selectivos y demás formas de violencia no letal, hacían parte de un segundo momento, en el que pretendían afianzar su posicionamiento militar y su dominio sobre la población.

“Rodrigo Doblecer”, comandante paramilitar y excapitán del ejército, le contó al investigador italiano Aldo Cívico que, el primer momento de la incursión paramilitar era sumamente violento porque con ese ímpetu se pretendía desplazar a la guerrilla y a sus “colaboradores” y “preparar el terreno” (Cívico, 2009); y que posteriormente, el grupo armado entraba a ganarse a la población. La población que había sobrevivido, por supuesto, y que además, se encontraba en una situación de desamparo total ante el poderío indiscutible de los paramilitares. Ese mismo accionar se empleó en la mayor parte del Oriente antioqueño que además era una de las zonas de operaciones del Bloque Metro, dirigido por “Doblecer” quién tenía una de sus bases militares en zona rural del municipio de Guarne.

Doña R me contó, que una vez lo vio, pero que en ese momento no sabía quién era, para ella era “el comandante”. Formal y severo, de pocas palabras; siempre parecía estar observando o estar esperando. Ese macabro personaje se movía por la zona rural del municipio de Guarne, que colinda con los municipios de Copacabana y Girardota, una zona estratégica para el control del tránsito de pobladores y grupos armados, y de los municipios que rodean a la ciudad de Medellín, que comprende en el territorio de Guarne las veredas de La Enea, El Palmar y

Yolombal. El Bloque Metro, el de “Rodrigo Doblezero” operó en el municipio de Guarne desde 1997 hasta los años 2002-2003, puesto que no existe claridad respecto a las fechas, debido a que por aquella época se presentó una disputa al interior del paramilitarismo a nivel nacional, entre el Bloque Metro y el resto de las estructuras paramilitares y que tuvo al departamento de Antioquia como escenario protagónico de dicho enfrentamiento. A partir de entonces, el Bloque Cacique Nutibara y más tarde el Bloque Héroes de Granda, ambos bajo la comandancia de “Don Berna”, se tomarían los cascos urbanos y zonas rurales de los municipios del Oriente antioqueño, Cambiando así los actores, pero no los modos ni los medios.

El paramilitarismo en general, sin importar el bloque o los comandantes, recurría a los mismos métodos de terror. En el municipio de Guarne se presentó una continuidad respecto a los asesinatos selectivos y las desapariciones forzadas; es decir, las cifras no se vieron alteradas drásticamente durante los años de accionar paramilitar en la zona, entre 1997 y 2006. En la audiencia de formulación de cargos del 19 de octubre del 2015 sobre varios ex-integrantes del Bloque Héroes de Granada de las AUC, que operaron en Guarne en los últimos años de presencia paramilitar, se emitieron sentencias por homicidio en persona protegida, actos de barbarie (Ley 599 del 2000) como atacar a personas fuera de combate, rematar heridos, descuartizamientos o decapitaciones con machete. Así mismo, se imputaron actos de terrorismo (Art 144), la sentencia reza: “Los postulados de la agrupación paramilitar admitieron que dentro de las estrategias de control y dominio territorial, asesinaban a sus víctimas frente a la población civil, amenazaban a los pobladores, los desplazaban, los exhibían con posterioridad a su asesinato, realizaban ajusticiamientos, desaparecían personas de la población civil, mantenían presencia uniformada y armada, exhibiendo armas, realizaban masacres y descuartizaban cadáveres.” Específicamente sobre la vereda Bellavista, la sentencia explica que:

Durante los años 2002 a 2005 en desarrollo del conflicto armado, el postulado llevó a cabo ataques indiscriminados y excesivos contra la población civil, incluso amenazó de manera violenta a ciudadanos con la finalidad de atemorizar a los pobladores, en versión libre de agosto 12 de 2009 el desmovilizado reconoce que tenían la orden de matar a 5 personas diarias, el 13 del mismo mes y año reconoció que “tenía que matar de 15 a 20 personas semanales y que ello debía ser con sevicia y con presencia de otros ciudadanos

amenazándolos, desplazándolos, exponiendo cadáveres, efectuar ajusticiamientos, desaparecer personas, exhibir armas largas y cortas y realizar masacres.

Esas conductas violentas aparecen documentadas en las audiencias de Justicia y Paz y coinciden con la memoria de los pobladores. El Bloque Metro, al nunca haber pasado por un proceso de desmovilización, y porque en su mayoría sus combatientes fueron exterminados o reintegrados a otros bloques, no cuenta con un proceso esclarecimiento respecto a su accionar durante el conflicto armado; pero no dista mucho de las imputaciones a los bloques paramilitares que le sucedieron. Los pobladores de diversas veredas coinciden en que los asesinatos selectivos eran la principal forma de victimización y que la exposición de cadáveres en vía pública era recurrente y muchos tenían signos de tortura.

Ya Don Ariel me había contado cómo arrojaban cadáveres en la autopista Medellín-Bogotá, por la zona que comprende el Alto de la Virgen y La Pastorcita, así como también me explicaba que esos cadáveres no eran de por ahí, “porque de la gente que mataban y los tiraban por aquí en la autopista, esa gente no eran conocidos sino que eran de esas veredas por allá arriba -Yolombal, La Enea”. También Pablo, en otra conversación había referenciado haber visto cadáveres arrojados en la autopista en otras zonas a varios kilómetros del Alto de la Virgen, lo que nos permite concluir que además de ser una práctica común, era una práctica planeada, es decir, con intención. La exposición de cadáveres en vía pública tenía un mensaje que se descifraba al ver los signos de violencia en los cuerpos sin vida. Así lo expresa Eric Lair en su trabajo sobre el terror,

La exposición de los cuerpos en diferentes lugares públicos puede marcar a la vez el desprecio por la vida humana, la intensidad de las contiendas armadas, la rapidez en la ejecución de estas acciones que no permitieron llevarse y sepultar a los cadáveres o aún una estrategia que consiste en exhibir las víctimas a la sociedad -demostración de fuerza para intimidar-. (2003, p. 99).

Doña R me contó su propia experiencia relacionada con la exposición de los cuerpos. Su trabajo la obligaba a moverse entre los caminos veredales por cuenta de las brigadas de salud que ella presidía, y me contó que, en esos caminos profundos, alejados de las carreteras principales pero por donde transitaban permanentemente los campesinos que se dirigían a sus labores diarias, o inclusive los niños y niñas que tomaban atajos para las escuelas, tuvo que presenciar una

escena trágica:

Yo pienso que una de las tantas cosas que a uno le tocó ver... es que falta mucha gente que todavía está enterrada para el lado de Guapante, La Enea... cuando estábamos haciendo el censo por allá nos chocamos con un cementerio también, uno dice cementerio, porque no sabe cómo más explicar eso, pero era un sitio donde había no recuerdo bien si diez o doce tumbas sino que por el olor, como estaban recientes y no estaban bien cubiertos habían hecho como las tumbas, estaban como en pila y encima les habían echado cal y cáscara de pino entonces se sentía mucho, era muy fétido. Es que eso lo que era, *eso era un tendal de muertos*. Definitivamente yo pienso que si Dios le muestra a uno las cosas, es que uno es capaz de aguantar, porque eso es muy duro. (Conversación personal, 2019).

En otra ocasión, conversando con Pablo y Cristina, quienes habitaron en el casco urbano de Guarne por aquella época y pensando que en la zona urbana no era tan explícita la violencia paramilitar les pregunté:

-Bueno, y así como de escuchar, como de ustedes decir “es que mataron a fulano no sé dónde”, o “¿Te diste cuenta que aparecieron unos pelaos’ muertos?”

Cristina entendió inmediatamente por dónde iba la pregunta y contestó sin bacilar,

-Ah no, pues de escuchar cosas así, sí, muchas, muchas, muchas. Yo recuerdo una época donde tiraban los muertos en la autopista y eso sí me tocó verlo. Yo recuerdo que una vez bajaba yo para Medellín y en todo el rompoy donde hoy queda, pues, que hoy día queda el rompoy de la salida para el retén...

Yo la interrumpí para intentar clarificar el lugar

-¿Como por Los Yarumos?

-Exacto ahí, ahí. Había dos muertos tirados ahí. Esa imagen me impactó mucho toda la vida.

El sector de Los Yarumos es una de las entradas principales al municipio de Guarne. Cristina había tenido que presenciar esa escena, como muchas otras personas del municipio, porque esa era precisamente la intención de los paramilitares, que los muertos cumplieran ese

papel de mensajeros del miedo, de la zozobra.

Cuando Cristina terminó, Pablo balbuceó algo que no se entendió, mientras miraba como sin mirar, como buscando recuerdos en un intento de hilvanar de la mejor manera las palabras que quería decir, unos segundos después, empezó:

-Pero a mí también me tocó ver algo así en Chaparral. En Chaparral me tocó ver que había dos cadáveres. Yo daba clase en el Ferrini los sábados, entonces venía muy madrugado, salía y cogía un taxi en Rionegro a las 5:30 y llegaba acá a las 6:30 empezaba la jornada. Y entonces me tocó esa época en que ellos iniciaron -1997-1998- y una vez viniendo temprano como que habían matado por la madrugada del sábado y ahí estaban tirados los cadáveres. ¿Qué recuerdo? Mucha zozobra, mucha, la gente muy temerosa, emmm, lo que dice Cris, prácticamente nadie acudía ni a la policía, ni a los juzgados, ni a nada, sino que lo que había, se resolvía era allá, -con los paramilitares en Yolombal-
¿Cierto?

Asintió Cristina con la cabeza,

Y la gente como que interiorizó eso, aceptaron esa como una condición normal. Se perdieron algunos muchachos "y ¿qué pasó con esos muchachos?: "ah no, que se los llevaron pa' arriba." algunos a las malas, otros voluntariamente se metían allá. Entonces sí recuerdo es ese, ese ambiente de temor, ese ser conscientes de lo que estaba pasando y asumirlo como una realidad y aunque realmente no es que uno viera un desfile de gente con fusiles por el pueblo, uno sabía que la presencia estaba ahí y sabía que entre tanta gente que había en el parque habían vigilantes de ellos. (Conversación personal, 2019).

¿Por qué en Guarne aparecían tendales de muertos? ¿Por qué exhibían los cuerpos de manera deliberada? ¿Por qué si las personas habían sido asesinadas en sus casas o al frente de sus casas, sus cuerpos eran trasladados varios kilómetros para arrojarlos en otro sitio?

Evidentemente se trató de una estrategia pensada y dirigida como mensaje a la población. Las imágenes que encarnan violencia sobre los cuerpos y acontecimientos de crueldad revelan que el espectáculo de la muerte y la exhibición del cadáver son un suceso social" (Cardona, 2014, p. 144). El mensaje era claro: "esto es lo que les puede pasar" ¿Y por qué habría de pasarles eso a

quiénes veían el mensaje? Porque sus vidas no eran más valiosas que las de los cadáveres que estaban presenciando y porque en definitiva, la potestad sobre su vida estaba sometida al poder armado que decidía sobre las personas y sobre los cuerpos. Aquí de nuevo, me permito citar a Eric Lair:

Cabe resaltar que las agresiones contra los cuerpos son a menudo la huella de estrategias de posesión y de demostración de fuerza. Se trata de destruir, dejando huellas y emitiendo un mensaje en el entorno. Las prácticas de tortura, por ejemplo, le quitan y niegan su identidad a la víctima con la brutalidad y el terror procedentes de la degradación psicológica y física del cuerpo. Los métodos de tortura pueden ser asimilados a procesos de sujeción y deconstrucción del otro (2003, p.103)

La puesta en escena de los cadáveres, la diseminación de mensajes que evidenciaban capacidad ilimitada de ejercer violencia y sobre todo la impunidad que rodeaba todo el fenómeno paramilitar en Guarne, eran otro mensaje, uno que iba descubriendo la población y que es el tema del siguiente apartado.

4.4 “Nosotros por allá no subimos”

“Donde hay poca justicia es un peligro tener razón”

Francisco de Quevedo

Otro fenómeno recurrente que las autoridades civiles y militares en su momento no podían explicar, era la facilidad que tenían los grupos paramilitares para operar y sobre todo su nivel de impunidad. Más adelante el país se enteraría que existieron vínculos en todos los niveles entre paramilitares y funcionarios públicos, así como con altos mandos militares que posibilitaron sus acciones en la impunidad. También se pudo demostrar, que en algunos casos no hubo solamente “tolerancia” de parte del Estado sino también connivencia. El director de Acuerdos por la Verdad del Centro Nacional de Memoria Histórica, se refirió al fenómeno en el año 2018 en un evento

de exposición de resultados de investigación donde dijo que “el paramilitarismo goza de “impunidad generalizada”. Dicho evento fue cubierto por la Agencia de Prensa Rural y según su redacción el director de Acuerdos de la Verdad mencionó que:

No ha habido justicia, ha habido impunidad generalizada. No es una excepción esta región, es un lamentable hecho que se registra a nivel nacional. Y la misma memoria histórica pone de presente que la justicia no se ha ejercido frente a las víctimas de graves violaciones, frente a las responsabilidades que comprometen al Estado, a grupos paramilitares, a otros actores en el contexto del conflicto. (APR, 27 de julio de 2018)⁵²

Para el contexto específico de esta investigación, evidentemente tampoco fue la excepción. Los diferentes grupos paramilitares en sus diversos momentos y reconfiguraciones internas gozaron no sólo de impunidad sino también de ciertas facilidades. En el Oriente antioqueño dominaron militar y socialmente varios municipios sin ningún atisbo interpelación estatal. En el caso de Guarne se presentaron dos fenómenos que evidencian por igual la complicidad de servidores públicos y agentes del estado. Por un lado, reconocidos paramilitares fueron vistos por los pobladores pernoctando con integrantes de la policía y el ejército; y, también sucedió que cuando la población necesitaba la presencia de las autoridades éstas no aparecían.

Al respecto, Don Ignacio me comenta que,

Antioquia y en el país vivió durante esa época, una época de terror y lo peor era que la gente venía a denunciar a la policía o a la fiscalía, y más se demoraban los ciudadanos en denunciar, que estos actores armados en saber quién había denunciado, inmediatamente eran asesinados. En ese tiempo la población no tenía a quien recurrir, si venían donde el señor alcalde, el señor alcalde jamás, jamás en esos tiempos nunca uno vio que los alcaldes de estos municipios y de Guarne asumieran una defensa de la población, ellos también sea por temor o por connivencia con estos grupos porque ellos estuvieron sometidos también por estos grupos, entonces por eso estos grupos tuvieron, tuvieron la potestad de actuar libremente en el municipio de Guarne y en todo el Oriente. (Conversación personal, 2019)

⁵² Agencia de Prensa Rural, Red de Medios Alternativos y Populares REMAP. Publicado el 27/06/2018 <https://www.prensarural.org/spip/spip.php?article23339> Recuperado el 29/04/2020

El testimonio de Don Ignacio, abogado adscrito a la Defensoría del Pueblo, da pistas sobre la situación que se presentaba en aquella época en el municipio de Guarne, no sólo la población se sabía desprotegida, sino que, además, se enteró que no podía confiar en las autoridades y que la denuncia o la oposición a los paramilitares era más que peligrosa.

En la otra orilla, están los relatos de los habitantes de Guarne, que refieren la indiferencia de parte de las autoridades ante los asesinatos y los cuerpos. Ya en apartados anteriores se mencionó por medio de otras conversaciones que los cuerpos que eran arrojados en vía pública en la madrugada, eran recogidos por la policía después de mediodía, aun teniendo conocimiento de los hechos. En esta ocasión, me remito al caso específico de Doña Celina, que nos sirve perfectamente para ilustrar esta situación.

Cuando conversaba con ella acerca del asesinato de su esposo inevitablemente empezó a describir ese día nefasto en su vida. Su relato me impactó mucho, porque generalmente la muerte es un asunto no sólo lejano, sino que también se piensa el duelo y el luto como un trámite de varios días que siguen al día del fallecimiento, y no como un shock de varias horas el día del asesinato para quienes han sido víctimas de la violencia y luego son víctimas de la indiferencia de las autoridades. Entre la rabia, la confusión y el dolor que producen ver a un ser querido asesinado, pasan las horas y no hay claridades, no hay ayuda, no hay esperanza.

El día que lo mataron, eso fue a las siete y cuarto de la noche, llamamos a la policía y dijeron que ya iban y no fueron, ni siquiera me preguntaron dirección ni nada, entonces yo bajé al rato y volví a llamar a la policía y les dije: "Oiga, a tal hora me mataron a mi esposo, y estoy yo aquí con él, ¿ustedes no van a subir nada?" Me preguntaron que eso dónde era, entonces les dije que por la pastorcita y me dijeron que no, me dijeron "*nosotros por allá no subimos*". Que ellos por allá no podían subir que porque esa zona por allá está caliente, entonces yo me enojé y les dije que como así, que qué clase de policías son ustedes. Llamé a mi familia y mi hermano fue al comando y le dijeron lo mismo, entonces él les dijo que hicieran valer ese uniforme y fueran a hacer su deber o lo tenía que hacer él, entonces le dijeron que si era muy verraquito cogiera esos guantes y esa bolsa y en un chivero lo recogiera y lo bajara que ellos lo pagaban, mi hermano subió y nos tocó hacer el levantamiento a dos hermanos, una sobrina y yo, lo que sí creo que mi hermano y yo hicimos mal fue que cuando salíamos del entierro nos llamó la policía que entráramos

al comando a dar información y nosotros tan bobos que entramos y la dimos, en vez de dejarlos que subieran a la casa por información pero ellos nunca subieron. (Conversación personal, 2019)

“Nosotros por allá no subimos”, representa la eterna dicotomía entre el centro y las periferias. Si el control social ejercido por los paramilitares y la amenaza constante de su capacidad de ejercer violencia se sentía con fuerza en el caso urbano del municipio, en las veredas, sobre todo en las “veredas de arriba” donde los paramilitares tenían sus bases, la historia era completamente diferente, el dominio era absoluto.

En la conversación que tuve con Pablo y Cristina, quedó este tema en evidencia cuando Pablo dijo respondiendo a la pregunta por las “veredas de arriba”: “Siete kilómetros de loma y una historia diferente”. ¿Y cómo era la situación en algunas veredas para que las autoridades no subieran, para que los alcaldes no las visitaran?

Yo tenía esa duda, fundamentalmente porque en la entrevista con el exalcalde del municipio que gobernó entre 1998 y el año 2000, reconoció que durante sus años de gobierno nunca visitó esas veredas.

Don Óscar, transportador del municipio y amigo de mi padre, accedió a contarme sus historias, sus encuentros con esos “hijuepuercas” como él los denominó en varias ocasiones. Él me estaba contando varias cosas, entre ellas que le tocó transportar varias veces a los paramilitares, no quise interrumpirlo pero guardé esa pregunta para más adelante y cuando se presentó la oportunidad le dije,

-Don Óscar, como usted ahorita me estaba diciendo que le tocaba llevar obligado a esa gente...

Él sí me interrumpió inmediatamente con un atisbo de rabia, y dijo en un tono que expresaba impaciencia:

-¡Aquí todos! ¡Todos! que vamos para arriba, quién dice que no. Vea, Una vez en la mañana resultaron dos viajes pa' arriba -Yolombal-, yo le dije al compañero mío vámonos, y como yo me fui adelante tenía que esperar que él reversara, entonces le dije yo de aquí para allá si hay gente abajo en la capilla usted recoge y si hay más arriba me la

deja a mí. Cuando me salen de la capilla ocho malparidos, cargados de plomo por todas partes, que vamos para abajo. Uniformados, cargados con granadas, de todo. El compañero mío vio por el espejo, qué dijo él, van a matar a este guevón. Y vamos para abajo hasta Guamito. Por allá vi matar una señora que a mí me dio fue una tristeza, por eso no volví a manejar Daihatsu -vehículo campero-, me retiré porque no podía dormir de la maldad de esos hijueputas. A las cinco y media de la tarde, el carro ya estaba sin gasolina ellos miraban y esa aguja en rojo; me largaron en Yolombal a esa hora y yo haciendo fuerza para que me alcanzara la gasolina al menos para ir hasta el morro que de ahí para acá ya baja eso solo. Yo volví pálido no sé si del hambre o de todo lo que hicieron esos perros. Nosotros nos reunimos -los transportadores-, porque estaban era abusando, la gente lo veía a uno con ellos sin saber que uno estaba obligado. Pensaban que uno era un trabajador de ellos. Yo una vez le pregunté a uno de esos, que por qué hacían eso, que lo obligaban a uno y lo metían a uno en problemas con los otros -La guerrilla- y con la gente, ¿y sabés que me dijo? Así es la vida mijo, el que manda, manda. Eso fue una época muy brava del 99 al 2000 y pico con esa gente por allá, pero brava era brava.

En vista de lo que me estaba diciendo y sabiendo que la pregunta era un poco tonta le dije

-¿Entonces ustedes como población se sentían desamparados? Porque según lo que me cuenta no había apoyo de la policía, de la alcaldía, de las instituciones, pues...?

Me volvió a interrumpir, y sentenció.

-¿De quién hombre? de nadie. Y seguimos solos, las víctimas seguimos solos. A ver pues que lo ayuden a uno, que lo guíen. Sobre todo de mi hijo, a mí no importa que plata, que casa... vea yo abriendo hueco allá, yo creo que yo descanso así no encuentre nada. (Conversación personal, 2019).

Precisamente sobre los avatares de la memoria, sobre los duelos, las resistencias, los olvidos y abandonos es que trata el siguiente capítulo. ¿Qué pasó después? ¿Cómo se logra vivir después del horror paramilitar?

Capítulo V

Memoria y dignidad

“Cuando está de veras viva, la memoria no contempla la historia, sino que nos invita a hacerla. Es contradictoria, como nosotros. Nunca está quieta: como nosotros, cambia. La memoria viva no nació para ancla. Quiere ser puerto de partida, no de llegada”

Eduardo Galeano.

Históricamente en cualquier tipo de conflicto bélico, se han producido además de las víctimas humanas, otras dos víctimas fundamentales: la dignidad y la memoria. La dignidad hace referencia al valor inherente al ser humano por el simple hecho de serlo, en cuanto ser racional, dotado de libertad. No se trata de una cualidad otorgada por nadie, sino que es consustancial al ser humano (Castilla, 2015). Es la víctima directa de la violencia, porque se deshumaniza al adversario para despojarlo de su vida, y cuando la violencia se produce por motivos políticos se recurre al exterminio del individuo y de su ideología por considerarlos indignos y peligrosos. La dignidad humana es una idea de larga tradición y había sido sugerida desde el humanismo; sin embargo, el reconocimiento jurídico de la dignidad de los seres humanos no se produjo hasta terminada la Segunda Guerra Mundial, con la Declaración Universal de Derechos Humanos aprobada en 1948. Precisamente, su declaración fue a la vez el reconocimiento del horror infligido y soportado por los seres humanos en este y otros conflictos bélicos. De esta manera, según Antonio Pelé (2005),

La dignidad humana no sólo tiene un alcance vertical -la superioridad de los seres humanos sobre los animales- sino también un alcance horizontal -la igualdad de los seres humanos entre ellos sea cual sea el rango que cada uno pueda desempeñar en la sociedad. (p. 10).

El paramilitarismo partía del desconocimiento de la dignidad humana, al convertir al adversario político en un enemigo que se debía destruir, un enemigo sin rostros de personas. De ahí que las prácticas de terror que no sólo acababan con la vida, sino que en muchas ocasiones los sujetos eran sometidos a torturas o desmembramientos, tratando de negarles la identidad y la dignidad, intentando destruirlas. El paramilitarismo recurrió sistemáticamente a formas de violencia denigrantes y pretendió formar a sus combatientes de tal manera que fueran incapaces de reconocer en el otro a un ser humano digno. También apelaron a la desaparición forzada como método que le negaba no sólo la dignidad al desaparecido, sino también a sus familiares al torpedear el proceso de duelo.

La memoria, por su parte, es la reafirmación de la dignidad humana, es la entereza que se ofrece a los embates de la violencia y es sobre todo, la resistencia a la implantación de una versión hegemónica de los hechos. Es lógico entonces –decía Eduardo Galeano– que haya determinadas personas que se inquieten, carraspeen y se incomoden cuando uno hace el simple ademán de ponerse a recordar.⁵³ Es por eso que la memoria es a la vez una víctima, porque se intenta eliminar la versión de aquellos que eran el objeto de la violencia y en la mayoría de los casos, también se les carga con connotaciones perversas, impidiendo así la posibilidad de acceder a la disputa por la verdad de lo que sucedió. También, porque el proceso de memoria es difícil y doloroso para quienes han padecido la violencia y porque el miedo nunca termina para quienes mucho saben o mucho recuerdan.

Pero resistir y recordar, son gestas inseparables de la condición humana. Resistir por y para otros y recordar a los propios es lo que ha hecho posible la multiplicidad de voces que hoy sobreviven a la homogenización de la historia y que intentan narrar el mundo desde diversos puntos. En Colombia, la memoria de las poblaciones vulneradas y sistemáticamente atacadas durante décadas de conflicto armado, como los campesinos, los indígenas, los dirigentes sindicales y líderes políticos y sociales también ha pasado por un ocultamiento por parte de sus victimarios y en muchas ocasiones, de parte del Estado que ha sido victimario y cómplice. Los sectores más reaccionarios del país han intentado descalificar la memoria de unas víctimas del conflicto armado y han tratado de darles voz a otras víctimas de acuerdo a sus propios intereses políticos.

⁵³ “La memoria según Galeano” Periódico La Voz Digital. Recuperado el 11/05/2020 <https://www.lavozdigital.es/cadiz/20080507/cultura/memoria-segun-galeano-20080507.html>

Es así como el flagelo del secuestro al ser una práctica mayoritariamente guerrillera ha sido usada como estrategia de posicionamiento político en los últimos gobiernos, mientras que las memorias de otro tipo de modalidades de violencia en las que el Estado colombiano ha sido cómplice o directamente responsable son acalladas y atacadas, como es el caso del paramilitarismo y las ejecuciones extrajudiciales, mejor conocidas como falsos positivos.

El municipio de Guarne ha tenido su propio proceso de memoria, sumamente truncado por las particularidades de esta población. Como se mencionó en capítulos anteriores, es difícil hablar de estos temas, cuando se sabe que “muchos de esa gente está todavía por ahí”, como me mencionaba doña R, cuando me dijo que iba a contarme pero que se negaba a decirme quiénes eran los implicados. La enunciación de la memoria es compleja porque al evidenciar conflictos pasados, se puede poner de manifiesto situaciones que sobrevivieron al paso del tiempo, como lo explica Elizabeth Jelin, “No se vive la distancia con el pasado, que reaparece y se mete, como un intruso, en el presente. (2002, p. 14). Así pues, es comprensible que las personas quieran evitar problemas comunitarios al revelar –desde su perspectiva- amistades, alianzas o complicidades de sus vecinos con los grupos armados que les ocasionaron daños irreparables; o que prefieran guardar secretos que pongan en riesgo su seguridad o tranquilidad, sobre todo cuando los procesos de desmovilización han sido incompletos o existen intereses que se lucran de la falta de memoria histórica. Este trabajo de campo permitió constatar que en varias veredas del municipio de Guarne, hubo señalamientos entre vecinos, conflictos de tierras y rencillas “resueltas” por los paramilitares, lo que dificulta aún más el recuerdo colectivo de lo que pasó.

Una de las particularidades generadas por el terror y el miedo impuestos por los paramilitares en sus métodos, es precisamente la dificultad para el reclamo, para la pregunta, para levantar la voz. Las comunidades sometidas estuvieron paralizadas y aún hoy, la memoria del miedo, el recuerdo de la indefensión absoluta condiciona la búsqueda de verdad y sobre todo, la búsqueda de justicia. La violencia no sólo rompe el tejido social, sino que también destruye la capacidad de las personas de auto-reconocerse como sujetos de derechos. De eso es que se trata la resistencia, de reafirmarse a pesar de todo, como una persona con dignidad.

Las víctimas que sobrevivieron al horror paramilitar, son en su mayoría mujeres, a las que la violencia les arrebató sus esposos o sus hijos, sus hogares, sus formas de vida y sus medios y modos de sustento. Las organizaciones de víctimas en todo el territorio nacional están conformadas en su mayoría por mujeres. Mujeres que han decidido reunirse, preguntarse, contar qué les pasó

y sobre todo, ofrecer los oídos y el abrazo para otras mujeres que como ellas, han sido víctimas de la barbarie en este país.

5.1 Resistencias y duelos.

“—No —dijo por fin—. Es lo único que no pueden hacer. Pueden obligarte a decir cualquier cosa, lo que sea, pero no obligarte a que lo creas. No se pueden meter en tu cabeza. —No —respondió él un poco más esperanzado—, no; tienes razón. No se pueden meter en tu cabeza. Si seguimos sintiendo que vale la pena seguir siendo humanos, incluso aunque no sirva de nada, les habremos derrotado.”

George Orwell, “1984”.

La violencia paramilitar en Guarne con todas sus expresiones, pudo haber desarticulado – y en efecto lo hizo- movimientos sociales, grupos comunitarios, asociaciones campesinas y barriales de muchos tipos, pero no pudo acabar con la memoria, porque recordar es inherente al ser humano. La memoria es además importante, en relación a la identidad, porque genera los lazos que permiten la cohesión social de las personas que tienen historias y espacios en común:

Hay un plano en que la relación entre memoria e identidad es casi banal, y sin embargo importante como punto de partida para la reflexión: el núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia -de ser uno mismo, de mismidad- a lo largo del tiempo y del espacio. Poder recordar y rememorar algo del propio pasado es lo que sostiene la identidad (Gillis, en Jelín, 2002, p. 25).

Además, la memoria es una forma de resistencia importante, porque de ella parten todas las acciones emprendidas contra la guerra y contra los grupos armados. En Colombia, la resistencia ha tenido y tiene rostros de mujeres, que se han reunido bajo la premisa de la búsqueda de verdad y de justicia, para sus hijos y sus esposos. Por ejemplo, en la ciudad de Medellín se fundó en 1999 la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria, como respuesta a la desaparición forzada de miles de jóvenes en el marco del conflicto armado y que está conformada en su mayoría por mujeres.⁵⁴

Para el caso guarneño, decenas de mujeres empezaron a reunirse buscando vías para acceder a la verdad de lo que pasó con sus seres queridos, aún en medio del dominio paramilitar. Yo había tenido la oportunidad de asistir a algunos encuentros y siempre eran mujeres en su mayoría las que concurrían en ese tipo de espacios. Cuando tuve la oportunidad de conversar con una de esas mujeres, doña Ofelia, que fue formada en atención psicosocial por el Programa Para la Paz de Conciudadanía y del Centro de Investigación y Educación Popular –CINEP-, empecé preguntando algo que parecía obvio, pero que tenía una segunda intención que era ampliar el panorama que tenía en ese momento. Entonces después de una mínima conversación en donde intercambiamos saludos y nos presentamos brevemente, le pregunté,

-¿Ustedes son en su mayoría mujeres?

-Sí. Es que la junta directiva de Aproviaci –Asociación Provincial de Víctimas a Ciudadanos-⁵⁵ se conformó con 10 mujeres. Y los grupos de formación también. El primero fueron setenta mujeres y en el segundo entraron veinte hombres y sólo se graduaron 10. Es como más duro para los hombres tanto entrar a elaborar los duelos como a formarse. Igualmente pasa en Guarne, aquí somos casi todas mujeres.

La Asociación de Víctimas de Guarne –Asovigu-, empezó a reunirse, sobre todo como un grupo de acompañamiento, de solidaridad entre personas que habían estado sometidas y situaciones victimizantes y también a años de dolor y silencio. Yo le pregunté a Doña Ofelia por este espacio en Guarne y cómo había sido su experiencia con el grupo y me contestó:

⁵⁴ Página Web Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria. “Sobre Nosotros” <https://redesmadresdelacande.wixsite.com/madresdelacandelaria/sobre-nosotros> Consultado el 27/05/2020

⁵⁵ APROVIACI es una entidad de carácter colectivo, sin ánimo de lucro, constituida por las diferentes organizaciones de hecho y de derecho que aglutine a las víctimas del conflicto armado interno que vive Colombia, residentes en la región del Oriente Antioqueño.

Ya haciendo pues la práctica en Guarne empiezo a enterarme de todas las historias, de lo duro que vivió la gente el rigor del conflicto. Recuerdo que llegó gente de La Clara, de San Isidro... tuve dos compañeras que venían hasta acá a recibir el apoyo psicosocial y varias mujeres de acá de la vereda (Sector de Toldas y Hojas Anchas). Empecé a enterarme de muchas mujeres que recibieron violencia sexual por los paramilitares o que entraban a la casa y abusan de sus hijas, varias mujeres que les asesinaron sus hijos o se los desaparecieron, algunas todavía no saben qué pasó con sus familiares.

Yo iba pensando en cómo lograban estas mujeres luchar contra el horror, contra el trauma individual y colectivo producto de la guerra, y solamente atiné a preguntar:

-¿Qué hacen ustedes además de brindar apoyo psicosocial?

-La idea es hacer resistencia no violenta, manifestarnos frente a todo esto que ha pasado, no quedarnos ahí en ese rincón donde nos dejó la guerra paralizadas, sino salir a hacer incidencia, eso es lo que hemos hecho con las comunidades, que puedan elaborar sus duelos, reconocer y recuperar sus derechos políticos y hacer incidencia porque lo que hace la guerra es quitarles los derechos y dejarlos en un estado de postración. Al salir de todos los efectos que les han causado la guerra, el dolor, la rabia, el aislamiento y hasta la venganza, cuando ya salen de todo eso se empoderan y salen a hacer memoria y a trabajar con la gente que es lo más importante. Es muy importante que se construya memoria para dignificar a los seres queridos y a las familias pero sobre todo con el fin de que no se repita lo sucedido.

-Doña Ofelia, usted en su labor de apoyo psicosocial, ¿Qué testimonios de la violencia paramilitar escuchó que hayan sucedido en Guarne que la hayan impactado?

-Pues hubo un caso de una familia entera, trabajé con todos ellos y me impactó muchísimo porque una de las mujeres me contaba que su hermano mayor hacía el rol de papá y a él lo asesinaron los paramilitares en presencia del menorcito que tenía tres añitos. Él estaba cambiándole la pijama al niño en ese momento y lo asesinaron en presencia de él. La historia es muy fuerte porque el niño se quedó pegado de la reja y casi no lo quitan de ahí. Gloria cuenta esa historia muy triste, además porque él significaba mucho para ellas; entonces Gloria se bloqueó, no quería comer, no quería saber nada ni de sus hijos ni de su esposo y se abandonó totalmente.

Cuando yo la conocí ella estaba medicada y le habían hospitalizado muy seguido, el psiquiatra le había hecho internar. Nosotros le hablamos del proceso y ella se dio la oportunidad de entrar. Al final del proceso ella nos dijo que no estaba tomando medicamentos que no había vuelto donde él, me dijo que se sentía bien y ella luego empezó a liderar, fue una líder acá en el municipio y ahora está trabajando en el santuario en bienestar familiar y nos sigue acompañando.

Pensaba yo con cierto grado de admiración en la lucha que llevan miles de personas, hombres y mujeres por todo el territorio nacional, para no olvidar a sus seres queridos y para levantarse después de que el paramilitarismo los dejó postrados, y Doña Ofelia continuaba su relato:

-Hay una historia muy fuerte de una mujer, Enelba. Ella se vino de Medellín desplazada porque los paramilitares entraron al barrio, le ofrecieron a los muchachos que les iban a cambiar la vida y que les iban a pagar, que con eso le iban a poder dar la casa a la mamá y se llevaron cantidad de muchachos de los barrios populares de Medellín; entre ellos, el hijo de esta señora y ella nunca lo volvió a ver. Resulta que después de muchos años ella estando con nosotros, la llamó sobrino de montería diciendo que en una matazón de guerrilleros él había visto al primo, entonces empezó el proceso y resulta que efectivamente él estaba allá, pero había aparecido como un guerrillero muerto en combate y cuando reclamaron el cuerpo el uniforme y las botas eran nuevas.

Imagínese que ella llevaba mucho tiempo estando con nosotras pero la señora era muy callada y muy enferma, hasta había adquirido una enfermedad en el corazón y cuando le entregaron los huesitos, tiempo después que fue al médico resulta que se alivió, que ella ya no tenía nada.

Vea, nosotras entramos precisamente a eso, como a que los lazos se reconstruyan. Por ejemplo acá en Toldas, hay historias muy fuertes entre los vecinos. Porque le ponían quejas a los actores armados, se señalaban entre ellos y hubo varias muertes por esas quejas entonces hubo una ruptura muy fuerte de la confianza entre los vecinos y en versiones libres de los paramilitares ellos narraban esa historia, que les señalaban o que les decían...

Ella paró su relato, yo esperé porque creía que faltaba algo, como si hubiera algo más por decir, pero doña Ofelia solamente me miraba. Entonces yo pensé en la valentía y la fuerza que se necesita para seguir luchando después de tanta violencia, después de tanto sufrimiento y le pregunté:

-Precisamente le quería preguntar, ¿ustedes desde su labor han llegado a encarar a esos señores allá?

Yo personalmente no, pero acá hay unas mujeres que van a todas, –las audiencias judiciales- hasta para traerle las historias a las que no pueden ir, ellas dicen que no descansan hasta que no entreguen al último desaparecido. (Conversación personal, 2019).

La labor de memoria no es solamente un asunto de las víctimas, sino de la comunidad en general. En conjunto con varios colectivos artísticos y políticos del municipio, quisimos hacer un homenaje mínimo a las víctimas del conflicto armado en Guarne. Entre todos y todas, se resolvió pintar un mural con información y con elementos propios de la tradición guarneña que invitara al observador a sentirse identificado. Como parte de la dinámica y pensando en las víctimas como protagonistas no sólo de la imagen, sino también como agentes de ella, propuse extenderles la invitación a estos colectivos para que escribieran sus memorias y cada persona hiciera su propio homenaje.



Figura 14. Mural en Guarne, sector Casa de la Cultura. Elaboración propia (2020)

A ambos lados del mural se puede apreciar lo que las víctimas escribieron, en su mayoría, los nombres de sus seres queridos, pero también expresiones de rabia y resistencia.



Figura 15. Mural en Guarne, sector Casa de la Cultura. Elaboración propia (2020)

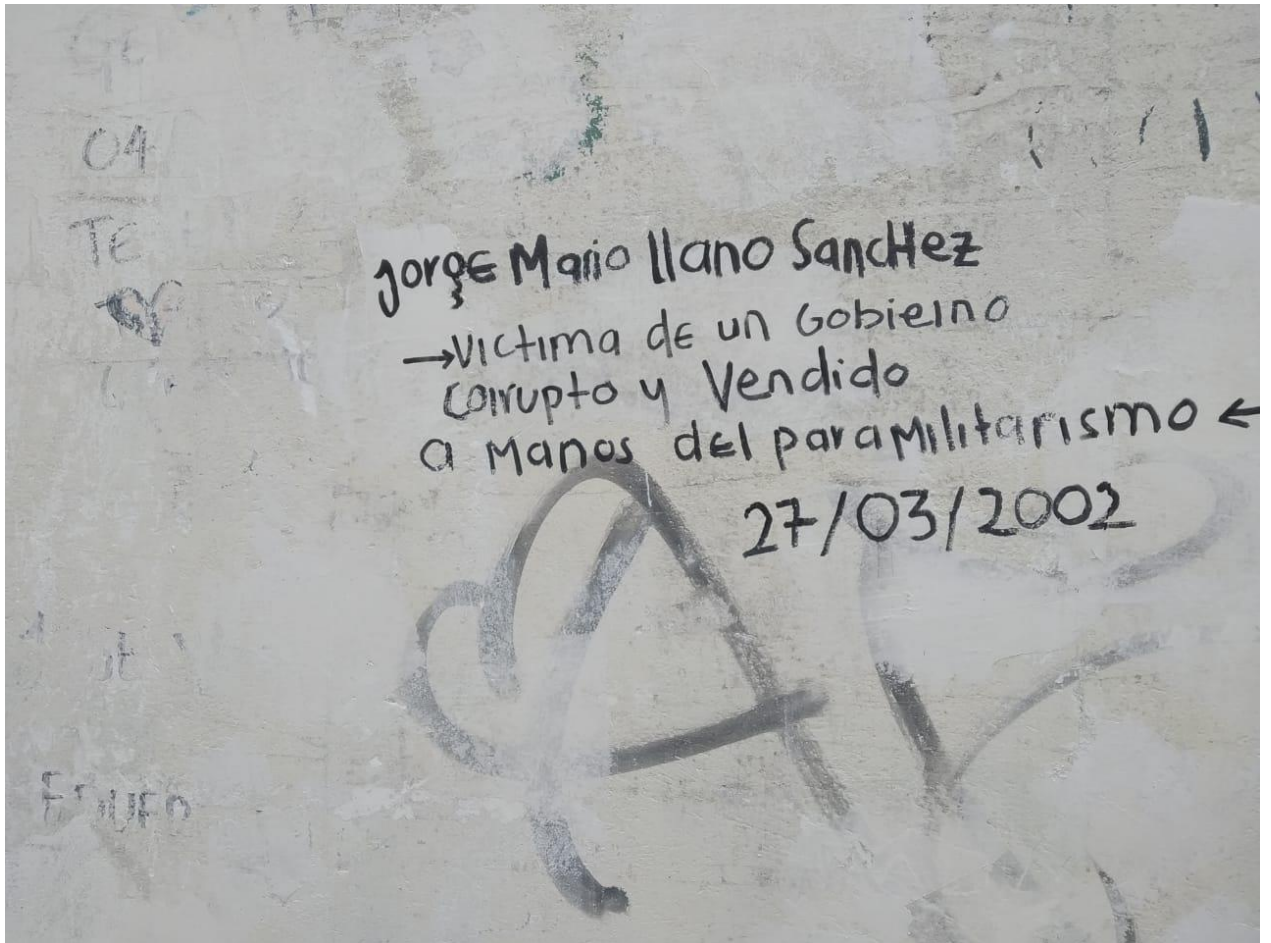


Figura 16. Mural en Guarne, sector Casa de la Cultura. Elaboración propia (2020)

La resistencia puede ser la elección de una vida al servicio de otros, la elección del rechazo rotundo a la guerra y a todas las formas de violencia; pero también puede ser, y es igualmente válido, escoger no perdonar.

Yo le pregunté que por qué me lo había matado, entonces él me dijo que tenía que cumplir órdenes, me dijo que lo perdonara porque él tenía un hijo de cuatro años, entonces yo le dije que yo por qué lo tenía que perdonar, si usted le quitó la vida a mí esposo y él sabía que yo quedaba con un hijo de dos años, otro de seis años y otro de diez años, entonces le dije que él no le había perdonado la vida a mí esposo y yo no lo iba a perdonar, que si no podía vivir con eso que no era mi problema, y que así se sintiera muy mal por el odio que tantas personas le teníamos, que ni con eso pagaba tanto daño que había hecho. (Conversación personal, 2019).

Después de esa conversación que había tenido con doña Celina sobre el asesinato de su esposo, me quedé pensando si en medio de tanto dolor y tanta rabia, todavía era posible un país en paz.

5.2 La posibilidad de una vida en paz.

“Yo creo en la vida, creo en los demás”

Jaime Garzón

“Los pueblos a quienes no se hace justicia se la toman por sí mismos más tarde o más pronto.”

Voltaire

Durante todo el tiempo que estuve haciendo este trabajo, bien fuera leyendo sobre el conflicto armado, nutriendo los conocimientos sobre el paramilitarismo, recabando información o hablando con la gente, una pregunta rondaba todo tipo de reflexiones: ¿Será posible que este país pueda por fin vivir en paz? Pensaba siempre, tratando de responder, en el final de *Elegía a Desquite*, el cuento de Gonzalo Arango que anuncia:

Yo pregunto sobre su tumba cavada en la montaña: ¿no habrá manera de que Colombia, en vez de matar a sus hijos, los haga dignos de vivir? Si Colombia no puede responder a esta pregunta, entonces profetizo una desgracia: Desquite resucitará, y la tierra se volverá a regar de sangre, dolor y lágrimas. (1993, pp 42-44)

La paz no se trata únicamente de la ausencia de conflicto, es también la posibilidad de una vida digna, donde los derechos estén garantizados y las oportunidades estén distribuidas de manera equitativa. Pero también, se trata de un escenario donde los duelos estén elaborados, donde la memoria haya dignificado a las víctimas y sobre todo, donde exista la garantía de no repetición. Como mi pregunta inicial no tiene respuesta, y muchos sectores políticos y sociales se hacen los mismos interrogantes sin una respuesta clara, quise conocer el panorama con las víctimas del

municipio de Guarne, saber qué piensan, qué sienten. Sólo las personas que han sufrido los horrores del conflicto y han conocido la calamidad de la guerra saben lo que esto significa; así como también creo que es su derecho mostrarnos el camino y nuestra responsabilidad transitarlo.

Varias lecciones se pueden aprender de un trabajo como este. Lo primero es que debe existir una cohesión social fuerte que exija claridad a las autoridades y que rechace el accionar de los grupos armados, esa fue la reflexión de Juan Carlos Llano, habitante del municipio que ejerció como concejal y fue opositor de la alcaldía que fue señalada en repetidas ocasiones de colaborar con los paramilitares, quién además sufrió el asesinato de su hermano que se negó a pagar una extorsión a miembros del Bloque Cacique Nutibara:

A nosotros nos dolió mucho saber que mucha gente del pueblo era quién daba dedo – señalaban-, o que fueran parte activa de los paramilitares. La lección queda para todos como una comunidad, tanto la iglesia, tanto nosotros como concejales, obviamente el mismo alcalde, no deberíamos haber permitido que los paramilitares hubieran estado acá en Guarne porque sufrimos demasiado la presencia de ellos, los horrores; porque recuerde que los paramilitares obraron aquí como jueces arreglando herencias y enredos de faldas, ellos manejaron eso como les dio la gana. Más de uno en sus celos que porque la novia se la quitó otro muchachito, daban dedo y lo hacían matar. Eso le tiene que quedar a las generaciones futuras, porque si no, no sirvió tanto sufrimiento.

También Juan Carlos, hacía otra reflexión, supremamente útil para pensar la violencia en este país, que se ha acostumbrado al asesinato, a las masacres, a las desapariciones forzadas.

De eso hay que recordar que muchos de nosotros fuimos estudiantes de universidades públicas y vivimos en carne propia la violencia. Yo no disfruté mi época en la universidad, uno llegar a la casa y ver cuántos muertos, cuántos atentados, cuántas bombas. Pero hay que recordar eso, porque cuando todo eso empieza, es suave, entonces uno se va acostumbrando y ya después se desborda la violencia, los muertos, pero ya la permitimos. (Conversación personal, 2019).

El pueblo colombiano parece estar en medio de una incapacidad para reconocerse en el otro, para sentir empatía y sobre todo, para solidarizarse con sus coterráneos. ¿Se ha vuelto tan cotidiana la violencia en Colombia que impide ser pensada realmente por la población? Al respecto Elsa Blair propone:

La muerte en Colombia es excesiva, no sólo por la cantidad de muertos producidos por esta sociedad, sino por lo excesivo de la carga simbólica inscrita en las maneras utilizadas para ejecutarla y de las formas simbólicas para contarla y narrarla. Y es, finalmente excesiva, en los ritos funerarios que utiliza para tramitarla, ritos que terminan por agotar la eficacia simbólica que los asiste al volverse cotidianos, esto es, al hacer de algo extraordinario una práctica rutinaria (2005, p.19)

Las guerras fratricidas han generado una desconfianza tal en el otro, que redirigen la experiencia de la muerte ajena a la especulación y la sospecha: “algo hizo”, “algo debía”. Como si el asesinato de miles de seres humanos fuese justificable. Nos hemos acostumbrado a pensar en los códigos del perpetrador. La misma Elsa Blair enuncia que “el exceso sobre lo real, tiene también la capacidad de negarlo” (p.29).

La segunda reflexión que creo que es fundamental es la necesidad del acompañamiento psicosocial de las víctimas y el deber que tenemos como sociedad de ofrecerles y ofrecernos respuestas, pero sobre todo, justicia. Cuando conversaba con don Óscar sobre la desaparición de su hijo me dijo: *“Hombre, yo no busco venganza, a mí que me digan dónde está, que yo pueda descansar y que mi señora se alivie”*. Este país necesita tramitar los rituales con sus muertos, las familias de los desaparecidos claman desde hace años por saber el paradero de sus seres queridos, las mujeres víctimas de todo tipo de violencia esperan que se les reconozcan sus derechos; pero sobre todo, este país necesita justicia.

Juan Carlos también opinaba en una discusión que tuvimos sobre la justicia y la venganza: “No es tanto de buscar nombres, sino de aprender colectivamente, porque si no, entonces no habrá servido de nada. Vea, nos ponemos a buscar nombres de colaboradores y entramos en otra guerra”.

Yo estoy parcialmente de acuerdo con Juan Carlos. Es cierto que buscar nombres e individualizar sujetos buscando culpables nos aleja del verdadero sentido de justicia. Los sujetos que sirvieron de eslabones dentro de la máquina de guerra paramilitar, fueron probamente, víctimas a su vez. Fueron víctimas de las mismas condiciones políticas, económicas y sociales que han sido el caldo de cultivo para las violencias en Colombia. Judicializar a los autores materiales de asesinatos y masacres nos impide ver que detrás de los hechos existe una estructura ideológica que permite que eso suceda. Y sobre todo, que existen sujetos que han creado esas condiciones y se han aprovechado de ello. Colombia no puede permitir que sus hijos sigan siendo educados en

la lógica del perpetrador. La solución no es buscar armaduras ni esquivar los tajos de la espada, sino prescindir del acero; pero sólo será posible en el momento en que Colombia, en lugar de matar a sus hijos, los haga dignos de vivir.

“Es el canto universal,

Cadena que hará triunfar

El derecho de vivir en paz

El derecho de vivir en paz”

El derecho de vivir en paz, Víctor Jara.

Bibliografía

- Alonso Espinal, M. A. (2014). *Ensamblajes institucionales y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX*. Co-Herencia, 11(21), 169-190. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.11.21.7>
- Aramburo, C. & García, C. (2011) *Geografías de la guerra el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*. Bogotá: Editorial Códice Ltda.
- Arango, G. (1993) *Obra negra*. Santa Fe de Bogotá, Plaza & Janés, p.p: 42 - 44.
- Barbosa, I. (2018) *Quebrar el cuerpo social. Prácticas del terror en Colombia: paramilitarismo, población civil y trauma cultural*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Behar, O. & Ardila, C. (2012) *El caso Klein. El origen del paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Kimpres Ltda.
- Blair, E. (2005) *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Bonilla, E. (1997) *Más allá del dilema de los métodos*. Bogotá: Norma.
- Camargo, S. (2008) *El narcotraficante número 82*. Madrid: Unilatino
- Canales, M. (2006) *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago: Lom Ediciones
- Castilla de Cortázar, B. (2015). *En torno a la fundamentación de la dignidad personal*. Foro, Nueva época 18 (1): 61-80. ISSN 1698-5583. Consultado el 09 de mayo de 2020.
- Cepeda, I. (2003) *Los paramilitares: dispositivo del modelo "democrático" de control social*. Equipo Nizkor. <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/doc/cepeda8.html>
- Cívico, A. (2009) *No divulgar hasta que los implicados estén muertos: las guerras de "Doblezero"*. Intermedio Editores Ltda.
- Comité territorial de justicia transicional. Subcomité integral "sistema integral de información" (2018). *Plan de contingencia, municipio de Guarne*.
- Deflem, Mathieu. (2015) *Deviance and Social Control*. Pp. 30-44 in *The Handbook of Deviance*, edited by Erich Goode. Malden, MA: Wiley-Blackwell.

- Escobar, J, C. (1990) *La violencia contemporánea en Colombia*. Gráficas Chemar C.A, Caracas.
- García, R. (septiembre de 1997). *El monopolio legítimo de la violencia*. Estudios Políticos. (16), 45-65.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Paidós Ibérica. Barcelona
- GMH. (2013) *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Jelín, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid, España: siglo XXI Editores.
- Kalyvas S. & Arjona, A. (2005), *Paramilitarismo: una perspectiva teórica*. En: Alfredo Rangel (ed.), *El poder paramilitar*, Bogotá, Fundación Seguridad y Democracia, Planeta.
- Kalyvas, S. (2010) *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid: Ediciones Akal S.A.
- Lair, E. (2003) *Reflexiones acerca del terror en escenarios de guerra interna*. Revista de Estudios Sociales 15 (Bogotá: Universidad de Los Andes, 2003), 100.
- Medina, C & Téllez, M (1994) *La violencia parainstitucional, paramilitar y parapolicial en Colombia*. Bogotá: Rodríguez Quito Ed.
- Melo, J. (1990) *Los paramilitares y sus impactos sobre la política*. En: Francisco Leal Buitrago y León Zamosc (1990) *Al filo del caos: crisis política en la Colombia de los años 80*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Michael, K & Kornbluh, P (1990). *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80's. El arte de la guerra de baja intensidad*. México D.F: Grijalbo
- Olaya, C. (2017). *El exterminio del Movimiento Cívico del Oriente de Antioquia*. Ágora USB, 17, p.p 128-144
- Pegoraro, J. (2013) *El control social como custodio del orden social: selectividad e impunidad de los poderosos*. (pp. 21-37) *Compilación Conflictos sociales, luchas sociales y políticas de seguridad ciudadana*, CLACSO: UAEM.
- Pelé, A. (2005) *Una aproximación al concepto de dignidad humana*. Universitas: revista de filosofía, derecho y política, N°. 1, 2004-2005, pp. 9-13.
- Reyes, A. (1991) *Paramilitares en Colombia: contexto, aliados y consecuencias*. Análisis político, 12. 40-49.

- Rodríguez, A. Valencia, G. & Marín, J (2016) *Elementos para una genealogía del paramilitarismo en Colombia: historia y contexto de la ruptura y continuidad del fenómeno (I)*. Medellín, Kavilando.
- Roldán, M. (2003) *A sangre y fuego: la violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Bogotá D.C: instituto colombiano de Antropología e Historia.
- Romero, M. (2003) *Paramilitares y autodefensas: 1982-2003*. Bogotá: Editorial Planeta
- Romero, M. Valencia, L. Archila, L. (2007) *Parapolítica: la ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Bogotá: Intermedio.
- Ronderos, M. (2014) *Guerras recicladas. Una historia periodística del paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Penguin Random House.
- Rueda, R. (2000). *El desplazamiento forzado y la pacificación del país*. Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Artículo publicado en “Enfoques y metodologías sobre el hábitat: memorias de una experiencia pedagógica”. Ensayos Forum No. 15 Disponible en bdigital.unal.edu.co. Consultado el 12 de abril de 2018.
- Sandoval, M (2014) *Investigación sociológica y conflicto armado en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia. Revista colombiana de sociología Vol 37 No 1. Enero-Junio 2014.
- Valencia, A & Espinal, M (2007) *Balance sobre el proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción (DDR) de los bloques Cacique Nutibara y Héroe de Granada en la ciudad de Medellín*. Estudios Políticos No. 33. (Jul-Dic 2008) pp 11-44. Medellín: IEP-UDEA, 2008.
- Valencia, A. (2010) *Los gobiernos de Rojas Pinilla y la junta militar. La invención de la desmemoria. El juicio político contra el general Gustavo Rojas Pinilla en el Congreso de Colombia (1958-1959)*. Revista Sociedad y Economía, núm. 18, Universidad del Valle, pp. 87- 90.
- Velásquez, Edgar de Jesús (2007). *Historia del paramilitarismo en Colombia*. 134-153. ISSN 1980-4369. Consultado el 15 de mayo de 2019.
- Weber, M. (1980) *El político y el científico. La política como vocación*. México, Premia.